

Centenario del nacimiento del poeta Guillermo Belmonte y Müller

El 16 de Octubre del año 1851, nació en la casa núm. 12 de la calle de la Candelaria de esta ciudad, Guillermo Belmonte y Müller, y esta Real Academia, atenta siempre a conmemorar las efemérides de los cordobeses ilustres, en esta ocasión más obligada que nunca, por tratarse de una personalidad poco conocida a causa de estar inéditas sus mejores obras y que ha de figurar entre los mejores poetas del siglo XIX, en conmemoración del centenario de su nacimiento, publica una relación de sus mejores obras poéticas inéditas y el pasaje más romántico, más interesante y de más sabor de época, entresacado de su libro de memorias íntimas que tituló: «Entre la Nochebuena y el Carnaval».

Dicho libro, fué publicado en una corta edición local, por lo que obtuvo escasa difusión, y el pasaje que reproducimos, junto con las cartas, retratos y poesías inéditas alusivas a esa romántica historia, enriquecen ese episodio dándole un extraordinario interés y demuestran con cuanta propiedad fué llamado este poeta «el último romántico».

Belmonte y Müller, pasó su primera juventud en Puerto Rico, cuando todavía era provincia española y allí fué por juveniles contrariedades amorosas, y de esos tiempos y clima fueron aquellos otros amores con la ideal boríqueña «Camelia», nombre que debió estar de moda entre las jóvenes románticas de entonces, por ser reciente el éxito de la traducción de la célebre novela de Dumas.

Entre las páginas de ese relato, intercalamos aquellas poesías alusivas al momento psicológico sentimental que narra. Esa novelesca historia amorosa que nos cuenta el poeta en sus memorias, dice así:

Al entrar una noche en mi alcoba, para acostarme, sentí fuertes ronquidos en la habitación contigua. Allí no dormía nadie, por lo cual me detuve sorprendido. Tomé la bujía para ver quién era el inesperado sochantre que me preparaba tan insoportable serenata, y me hallé en la cama, recién instalada, a un hombre enjuto, como un bacalao, con la cara de color de aceituna, el bigote canoso y áspero, como cerdas de jabalí, y el pelo, semejante a inculta selva, cayéndosele sobre los ojos, en largos y enmarañados mechones. Le contemplé con hosca mirada, sin poder adivinar

quién fuese, y me volví a mi cuarto, apagué la luz y procuré dormirme, no sin dificultad, porque la música de mi vecino era enemiga declarada del sueño.

A la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, supe que el huésped era un empleado, subalterno del Intendente, quien venía de un pueblo del interior, a asuntos del servicio, trayendo, además, el encargo de saludarme en nombre de una celebrada poetisa, hermana suya, y de pedirme algunos de mis versos. Mucho me halagó su mensaje, pues con frecuencia había oído hablar de esa mujer y de sus preciosas hijas, a quienes se atribuían historias y leyendas, que despertaban mi curiosidad por conocer a las heroínas. Lo empecé a mirar con benévolo ojos, fijándome bien en él, con objeto de descubrir en su semblante algunos de los rasgos de la fisonomía de sus sobrinas; pero no logró mi imaginación transformar ni un átomo de la fealdad que tenía a la vista; así es, que procuré borrar esta imagen, al escribir a su hermana la carta de reconocimiento y adhesión, que le llevó él mismo. La contestación que obtuve no pudo ser más grata para mí. Después de dirigirme algunas frases tan linsojeras, como inmerecidas, me anunciaba su próximo traslado a la capital, donde esperaba se convirtieran en estrecha amistad nuestras simpatías ¡Con qué impaciencia aguardaba su llegada! ¡Qué multitud de bosquejos trazaba mi fantasía para pintar los retratos de sus hijas, como yo pensaba que debían ser! ¡Cuántos proyectos de felicidad iban a realizarse a su lado! Por fin, una mañana recibí una tarjeta con las siguientes líneas: —«Hemos llegado hace poco. Yo y mis hijas, tendremos una verdadera satisfacción en saludarle, a la noche, en esta su casa.»— Pasó el día, que fué para mí de una duración desesperante, y cuando ya las estrellas habían despedido al sol, salí para visitarlas.

Enjuta de carnes, mostrando escasos vestigios de su hermosura, con los ojos garzos, brillando inquietos en el fondo de un cerco sombrío, pintado el rostro para disimular los estragos de la edad y de las pasiones, y vestida con traje claro de historiados adornos, se me presentó la madre, con el aspecto de una *Traviata* decadente. Iluminaba la sala una lámpara de cristal, de tres brazos, cuya intensa claridad, a la vez que daba mayor crudeza a los afeites con que pretendía rejuvenecerse la Safo portorriqueña, me dejaba ver, radiantes de esplendor, a sus incomparables hijas, balanceándose suavemente en mecedoras de rejilla, como dos palo-

mas en sus nidos. Jóvenes ambas, vestidas de blanco, dotadas de las mayores perfecciones, diferenciábanse, no obstante, en que la una tenía el color alabastrino, los ojos azules, la fisonomía apacible y angelical, el cabello rubio, levantado sobre la frente; y la otra era trigueña pálida, de ojos negros, de expresión melancólica, con una perezosa dejadez en su cuerpo, que podría atribuirse al malestar que le causaba una ligera inflamación de la garganta, sobre la cual llevaba anudado un pañolito de seda granate, y con una cabellera negra, como las plumas de un cuervo.

Me puse al lado de la madre y, en frente de ellas, para contemplarlas mejor, y así que nos comunicamos ideas e impresiones, la trigueña fué la primera que me habló de mis poesías, citándome, como más de su gusto, las que estaban inspiradas por algún doloroso desengaño. Con esto aumentó mis simpatías, me pareció más bella al mecerse indolentemente, apoyando la punta de su zapatito blanco, en el suelo, y causábame cada vez mayor encanto la postura de su graciosa cabeza, inclinada hacia un lado, y el brillo, un poco húmedo y, a veces relampagueante, de sus hermosos ojos, clavados en el espacio, con un desvanecimiento y una tristeza, como jamás he visto pintarse en ningunos ojos de mujer. Cuando, al despedirme los fijó en los míos, sentí clavarse su mirada como una saeta de fuego en el fondo de mi pecho.

Me fuí, dominado por una profunda inquietud. Aquella joven podía serme funesta. Se agolparon a mi memoria las intrigas y aventuras de su familia que se relataban en distinta forma: los galanteos en que fué la madre sabia maestra de las hijas; las artes empleadas por la menor de ellas, la rubia, para hacer que muriese loco uno de los talentos más claros de la Isla, y las redes en que la morena aprisionó á un militar, ocasionándole la ruina y el destierro. Así es, que me propuse visitar la casa como un buen amigo que sólo deseaba pasar el rato en compañía de dos lindas muchachas. Este era un excelente propósito, pero muy difícil de realizar. Cada noche encontraba más seductora a la que hice, sin quererlo, objeto de mi predilección. Había que percibir, a lo lejos, la música de sus pasos y los movimientos de su armonioso cuerpo: verla entrar en la sala, vestida de blanco, como rayo de luna envuelto en transparente nube: sentarse en la mecedora, con la gracia de la ninfa gentil que se entrega al balanceo de una ola, y colocar su cabeza en ese escorzo que le era característico, inclinándola con voluptuosa indolencia, como si tuviese necesidad

de apoyarla sobre un corazón, única almohada digna de recoger sus sueños.

Me sabía de memoria sus facciones, y sin embargo, cada vez que iba a verla, las estudiaba, una por una, sin cansarme nunca de contemplarlas. El óvalo de su cara, que parecía trazado por el pincel de Correggio, se estrechaba con una leve ondulación para modelar su barba reducida que, al levantarse, descubría una garganta torneada y flexible, como la de un cisne: su boca de labios purpúreos y dientes deslumbradores, se entreabría como una rosa cuajada de perlas y se arqueaba produciendo en sus comisuras un pliegue de imperceptible ironía, al mismo tiempo que se le formaban, al sonreírse, dos preciosos hoyuelos en las mejillas, capricho con que había señalado el Amor a una de sus preferidas: su nariz con la extremidad un poco levantada y las alas abiertas y palpitantes, como en la Venus de Milo, formaba un ángulo suave con su frente y estendía a ambos lados, como dos pinceladas, sus cejas negras y finísimas, bajo cuyos arcos y rodeados de una ligera tinta violácea, se veían brillar aquellos ojos grandes y extraños que nadie podía contemplar sin sentirse fascinado, ya mirasen de frente, con un fulgor irresistible, o ya se levantasen al cielo ensanchando sobre su globo, de un blanco azulado, las centelleantes pupilas, como si quisieran escaparse a otro mundo mejor, abrasadas por una explosión de sentimientos inefables y de éxtasis infinitos: sus espesos cabellos le sombreaban el rostro nacarado como el follaje que rodea el cáliz de una magnolia y adornándole con algunos rizos la frente, se levantaban en caprichosas ondas hasta la parte superior de la cabeza, para descender por su espalda y sus hombros, en forma de enredadera, que cuando ella la acariciaba, dejando asomar sus dedos, parecía salpicada de jazmines.

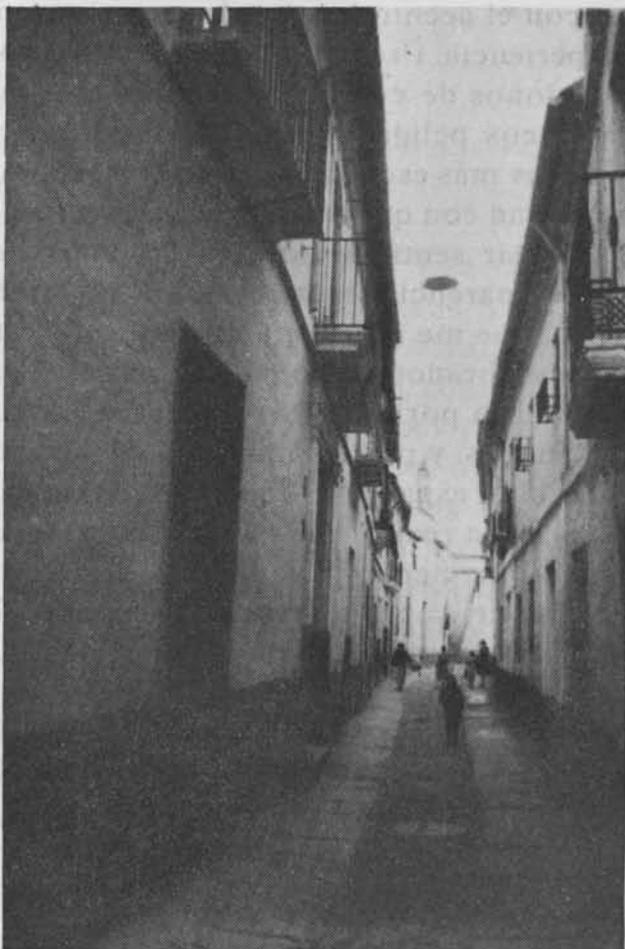
No era posible que permaneciese indiferente á su lado, ni tampoco la juzgase con imparcialidad, quien estuviera bajo la sugestión de sus encantos. Su artística y soñadora cabeza, su cuerpo vibrante y espiritual, lleno de esbeltez y elegancia, la palidez mate de su rostro cubierto de misteriosos enigmas, la gracia de su pronunciación y el timbre de su voz que prestaba nuevas cadencias al acento de su país, la desviación celeste de sus miradas, el silencio en que permanecía sumida muchas veces, como si temiera que con las palabras se escapase de su pecho algo que debía permanecer siempre oculto; todo esto la rodeaba á mis ojos de una magia inexplicable, y sintiéndome muy débil para resistir su influencia,

cuando le oía frases ingenuas, espirituales, que parecían ser el lenguaje del corazón, acababa por decirme, sin aclarar mi duda:— *O ésta no es ella, ó ésta no es aquella.*

Fiel á mi propósito, seguía visitándola, sin hablarle una palabra de amor; antes, al contrario, siempre que la conversación recaía sobre ese tema y me preguntaba por mi pasado, refería hechos y formulaba juicios, con el acento irónico á que ya me tenía habituado una dolorosa experiencia. Procuré que las veladas en su casa transcurrieran ocupándonos de cosas literarias y amenas, en vez de dedicarlas á galanteos peligrosos, y además, buscaba para recitárselas, mis poesías más escépticas y amargas, aunque la hicieran dudar de la sinceridad con que estaban escritas y juzgase impropio de mis años el abrigar sentimientos tan desconsoladores. Revisiéndome de una apariencia engañosa, me mostraba, allí, frío, cuando, era cierto, que me retiraba á dormir, convertido el pecho en un volcán, deslumbrados mis ojos por los reflejos de los suyos y combatido el cerebro por opuestas y tenaces ideas. Su imagen me perseguía en sueños, y por las mañanas, al levantarme, sentía dentro de la cabeza un espantoso caos, donde se mezclaban los elementos de una lucha real, á que me veía lanzado, con otros, de carácter fantástico, que perturbaban el giro de mis pensamientos. Mas yo quería resistir, á todo trance, y cuando llegaba tarde, mi corazón le decía á mis piés, con la severidad del padre que quiere reprimir la libre conducta de sus hijos:— Esta noche no saldréis;—pero ellos le contestaban por lo bajo:—Así que te aburras y te desesperes, por no tenerla á tu lado, ya verás cómo nos pides que te pongamos en la calle y en el camino que conduzca más derechamente á su casa.—Apelé al recurso de las cartas, escribiendo una y otra, para decirle, de la manera mas razonable y delicada posible, que era preciso dejar de vernos; y, claro es, ninguna fué á su destino, porque ninguna me parecía bien. Concluí por hacer mil juramentos de olvidarla, colocando su retrato, que tenía guardado, delante de mi vista, para figurarme que ella se encontraba allí y dar, de este modo, mayor solemnidad á mis palabras; pero tampoco conseguí mi objeto: apenas dejaba aquél en su sitio, volvía á sacarlo, con el pretexto de jurar de nuevo la misma cosa, cuando, en realidad, lo que yo deseaba era recrearme, viéndolo otra vez y besándolo apasionadamente. Quería engañarme á mí mismo, y mi engaño asemejábase al del pobre iluso que sentado á la orilla del mar y pensando en su amor ausente, se

pusiera á escribir á cada minuto la palabra *constancia* sobre la arena movediza de la playa.

Me había mandado su album para que le pusiera un dibujo y una poesía, y cumpliendo la primera parte de su encargo, se me ocurrió hacerle una pequeña copia del soberbio Luzbel, imponen-



Casa n.º 13 de la calle de Candelaria, donde nació Belmonte y Müller.

te en su trágica belleza, que puso Gustavo Doré entre las páginas del *Paraiso Perdido*, apoyado contra una roca, en el momento de apostrofar al sol. Solo añadí al dibujo un insignificante detalle, y fué el esculpir el nombre de ella en la superficie de la piedra saliente, a la que se agarra el Angel caído, como si quisiera también cogerlo y sujetarlo entre sus uñas, poseido de infernal envidia. Al llevárselo por la noche, lo contempló con enojo y sorpresa creyendo encontrar una alusión un poco viva a lo que yo imagina-

ba que pudiera encerrarse de maléfico en su naturaleza, pues aparecía claramente que yo estaba en poder del diablo. Su madre, sobre todo, abundó en esta idea, pero yo procuré convencer a una y otra de que no era esa mi intención: su nombre estaba muy cerca, pero no hallábase aún entre las garras del enemigo; y todo lo más que pudiera suponerse en éste, sería el deseo de aprisionarlo y retenerlo por toda la eternidad, cosa muy razonable, siendo el de una mujer hermosa, la cual despertaría sus aficiones mejor que una fea, cuya alma no merecía tomarse el trabajo de perderla, para ganar tan poca cosa. La verdad es, que me había acostumbrado a ver algo diabólico a través del rostro angelical de mi amiga, y me pareció que aquel dibujo simbolizaba mi idea. Un rasgo semejante dejé en la poesía que le escribí en el mismo album, motivando, como el dibujo, comentarios y aclaraciones.

TODO, MENOS ESO

*El amor podrá ser, te lo confieso,
esperanza ó recuerdo ó algo más;
¡suplicio horrible! pero dicha... eso...
¡no puede ser jamás!*

*Por él llevo en mi cuerpo el alma muerta
y busco un lecho eterno, un panteón:
pobre mujer, no llates a mi puerta:
no está mi corazón.*

*Dime que huelle el polvo de tu rastro;
que te contemple a un mágico trasluz;
que te busque en las noches como un astro
y duerma entre tu luz.*

*Que si me amas y olvidas te perdone;
que finja la pasión o el frenesí;
que los labios de besos te corone;
que crea en Dios y en tí.*

*Que mi sangre o mi hiel por tí derrame;
cuanto tú quieras, dímelo, mujer;
mas no me pidas, por favor, que te ame;
eso... ¡no puede ser!*

Algunas veces deseaba que entre esa mujer y yo se interpusiera un abismo capaz de separarnos para siempre. Pero ¿qué corazón impresionable puede sustraerse al poder de la belleza? Los planetas que cruzan el espacio, tienen que cerrar sus inmensas órbitas, volviéndose constantemente hacia el foco del sol, que los calienta con sus amorosos rayos; la barra de hierro se siente atraída por el imán que la abraza a su corazón magnético, embriagándola con el fluido que le trasmite; el mar se eleva suspirando hacia la luna, que riza las olas con sus plateados besos; y el hombre, el débil hombre que prefirió, en su origen, perder el Paraíso, a disgustar a su compañera, ¿va a librarse, mientras exista en el mundo, de las seducciones de las hijas de Eva?

Penetrado de este axioma, sentía en otros momentos verdadera ansia por recobrar la tranquilidad de mi espíritu, y estuve tentado por ofrecerle mi corazón a quien de tal modo me lo agitaba, a fin de recibir el suyo y poder averiguar qué nectar o qué ponzoña se encerraba en tan precioso frasco, para que así se trastornaran mis sentidos ¿A qué huir de su lado? ¿Qué lograría con dejar de verla, si a donde quiera que yo fuese, su imagen marcharía conmigo? Para alejarse de la mujer querida, es preciso borrarla del pensamiento, y mientras esto no se haya conseguido, real o fantástica, se hallará delante de nosotros, la luz y el aire dibujarán sus contornos, flotará en los sueños con todas las apariencias de la vida, y al cerrar los ojos del cuerpo para no verla, se abrirán los ojos del espíritu ante los cuales se alzarán constantemente. La planta que ha empezado a crecer en el corazón, sólo arrancándola de raíz, podrá impedirse que se cubra de flores. Así pensaba; pero el acariciar semejantes ideas era un indicio de debilidad, de la que me repuse instantáneamente. Mi única misión se reducía a luchar y a resistir. Empuñé de nuevo mis armas de combate y aunque sentía perder terreno a cada hora, no procuré la paz, sino que me impuse una tregua.

Busqué pretextos para no ver a aquella seductora beldad tan asiduamente como acostumbraba, y volví a frecuentar los círculos de recreo y mis relaciones medio olvidadas. Al presentarme a renovar una de éstas, me encontré a una linda criolla inglesa que estaba de visita con su madre. Sólo nos conocíamos de vista, pero las noticias que teníamos el uno del otro, nos hicieron entablar muy pronto animada conversación. Yo me hallaba en un es-

tado de inconsciencia y de aturdimiento incompatible con la noción exacta de la realidad: mi único objetivo era distraerme y borrar la imagen de la mujer que me tenía obsesionado; así es, que al verme junto a una rubia, de busto arrogante, de picaresca fisonomía, de labios provocativos, de morbideces en que triunfaba la línea curva de la belleza tropical, sobre la línea angulosa del modelo británico, y cuya exhuberancia de vida, por el contraste que formaba con la delicada figura de la otra, podía hacérmela olvidar, sin darme cuenta de mi audacia, le disparé, a las primeras de cambio, una declaración amorosa, con tanta fortuna que conseguí herirla en medio del corazón. En tan crítico momento era preciso transportarse a los tiempos mitológicos y creer en la fina puntería de Cupido lanzando de su arco la flecha más aguda que llevase en el carcaj.

PARA QUE LE PONGAS TITULO

*¿Quieres que un poco en verso desvaríe?
Haré un soneto y le pondrás tú el nombre,
La mujer es estopa, fuego el hombre;
llega el diablo despues, sopla, y se ríe.*

*No hay hombre ya que en la mujer contie,
de los tenorios se acabó el renombre,
si alguien hace el amor ¡ah!, no te asombre,
es para que la piel no se le enfrie.*

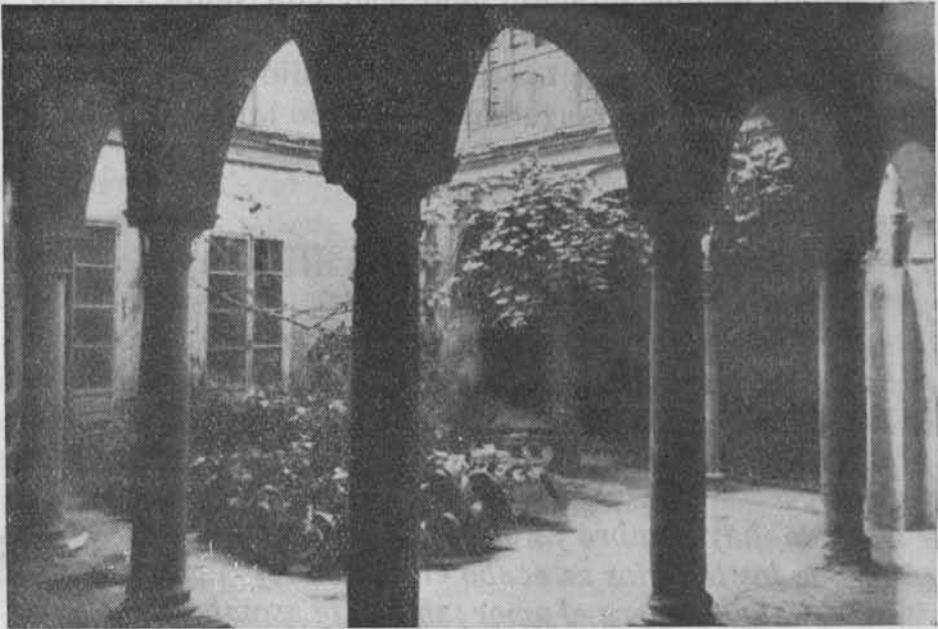
*Por eso aunque me muestre su halagüeño,
semblante una mujer, con aire bronco
la entrego al diablo su futuro dueño.*

*Y me quedo insensible como un tronco,
que el amor ideal solo es un sueño,
y con el terrenal me duermo... y ronco.*

Salimos, a un tiempo, de la casa, y la acompañé hasta la suya, que me ofreció cortésmente la madre. A la tarde siguiente estuve de visita y fui invitado a tomar el té por la noche. Un lazo de simpatía nos fué estrechando, cada vez más, y los atractivos y frivolidades de la juventud hacían más agradables nuestras entre-



vistas. Mis nuevas amigas estaban de temporada en Puerto Rico, por recreo y por conveniencias de salud, habiendo venido de una próxima isla danesa, donde habitaban con el padre, rico comerciante inglés que tenía casa de banca y figuraba entre los navieros mas acreditados: en el primer viaje que hizo éste, para ver a su familia, le hablé de los sentimientos que me inspiraba su hija, y tuve que darle palabra de matrimonio, para que autorizase nuestras relaciones. Cumplido este requisito, de una formalidad irrisoria, la madre procuró hacer gratas, a mi novia y a mí, las horas



Patio de la casa de la calle Candelaria, donde nació Belmonte y Müller

en que estábamos juntos, y nos concedió amplia libertad. Nosotros, por nuestra parte, nos procuramos la demás que nos hacía falta, y ya podíamos soñar cuanto quisiéramos, en la seguridad de que más tarde el sueño se convertiría en un trasporte amoroso. Cuando tocaba en el piano algún *Nocturno*, para entretenerme, me parecía que preludiaba la *Invitación al vals de los sentidos*. El río del amor se lanzaba caprichosamente por los fértiles campos del deseo, sin diques y sin orillas, y yo iba flotando sobre sus aguas, como la hoja desprendida del árbol, que se mece en delicioso arrullo, sin importarle el sitio a donde la arrastre la corriente.

¿Era esto ser feliz? Sí y no. La felicidad humana depende del punto de vista que elegimos y de la distancia a que nos colocamos para juzgar de las impresiones de la vida. Lo que sí puedo asegu-

rar, es que mi amante, modelada para el placer, llevando en sus venas el ardor insasiable del sol americano y en sus caricias la sensual embriaguez de su país, me dió a beber el olvido en la copa cálida y enervadora del deleite. Como las princesas de los palacios encantados, poseía una varita mágica para transformarlo todo, y en cada uno de sus besos echaba un grano de opio, con que adormecía el recuerdo de las demás mujeres. Joven, hermosa y rica, se entregó con la generosidad de una pródiga, pensando, sin duda, que el amor, la belleza y la fortuna que le había concedido Dios, era un tesoro magnífico destinado a favorecer al primero que lo necesitase.

A los dos meses de estar alejado de la mujer que me había propuesto olvidar, una mañana me desperté algo triste, a pesar de haber experimentado la noche anterior, junto a mi novia, alguna de las íntimas sorpresas que me reservaba, como inimitable artista que era, para renovar mis sensaciones y evitar la monotonía y el hastío, esos dos gusanos que roen el amor. Tal vez, empezaban a apoderarse de mí el desencanto y el disgusto, apenas se desvanecían sus transportes voluptuosos, como al caer el telón después de representarse una comedia de aparato. Aquella penosa situación de mi espíritu me predisponía a recibir alguna noticia o emoción desagradables, y en efecto, a las pocas horas me entregaron una carta de mi abandonada amiga. Estaba enferma, y como se agravaba su mal, el médico había dispuesto que la trasladasen al campo. Iba a partir al otro día, y me rogaba que fuese antes, a su casa, a recoger un album de versos y varios dibujos que tenía míos. Leí su carta con inmensa pena, impresionándome vivamente el laconismo con que me hablaba de su dolencia. Volvió a aparecer su imagen en mi pensamiento, bellísima y triste, como una Dolorosa, rodeada de la pálida aureola de la enfermedad, y me avergoncé de mi conducta durante el tiempo que había dejado de visitarla. Pensé acudir a su llamamiento, sin la menor tardanza, aunque no para recoger mis albums, como me decía, sino para recibir su adiós, para verla antes de marcharse y para obtener el perdón que demandaba la tranquilidad de mi conciencia. Más esto, ¿no equivalía a confesarme causante del mal que le aquejaba, y no era concederle derecho a reconvenirme por mi deserción y mi indiferencia? Además, al contemplar, de nuevo, sus adorables facciones, embellecidas por las lágrimas y el sufrimiento

¿no brotarían, a la vez, en mi alma, la compasión y el amor, y vendría a tierra, de improviso, el castillo que con tantos esfuerzos había levantado mi corazón para defenderse de sus seducciones?

Con tales inquietudes me presenté a verla. Nuestra entrevista fué breve y patética. Estaba más delgada; era más sombrío el azul de sus ojeras: fulguraban sus pupilas con los resplandores de la fiebre, y sobre la palidez intensa de su cara aparecían, en sus pómulos, dos manchas rojas, como dos llamitas, en las que parecía querer la vida reconcentrar su fuego. Me habló tranquila, casi sonriente, de la lesión incurable que tenía en el pecho, y ni se lamentó de mi ausencia, ni me dirigió ningún reproche por mi manera de proceder. Ella había sabido el motivo de mi alejamiento; envidió la fortuna de la mujer que pudo conseguir mi cariño en tan breve plazo, y lloró la muerte de la última de sus esperanzas. A nadie quiso descubrir el secreto de su pena, ni de nadie tampoco reclamó un consuelo que consideraba inútil. Así hacen las mujeres de temple superior; ahogan en silencio el pesar que les devora, como Cleopatra ahogaba contra su pecho el áspid que le introducía en sus venas la mortífera ponzoña.

A la mañana siguiente la despedí al pie del coche que iba a conducirla al pueblo, en busca de aires saludables para sus pulmones. Su estancia fué allí muy corta, por no encontrar alivio alguno. A su vuelta, la visité en las horas que me dejaba libre las exigencias de mi novia; pero algunas veces no me permitió verla, porque había pasado la noche muy fatigosa, o por el daño que le causaba mi presencia, o, también, porque no quería que me entristeciese observando los estragos de su enfermedad.

La primera tarde que fuí a saber de ella, después de un paréntesis de varios días, la encontré sentada en la plataforma del balcón de su sala, mirando al mar que se extendía a su frente. Sentíase mejor y respiraba con avidez las acres emanaciones de la brisa. Su bello rostro, de melancólica expresión, tenía la vaguedad de las últimas tintas del crepúsculo. La luna, dando de lleno en su cuerpo, echó un velo de luz sobre su blancura de diosa, y sus ojos, perdidos en el espacio, brillaron como las primeras estrellas de la noche. Me senté a su lado, poniendo mi mecedora muy cerca de la suya. Admiró conmigo la hermosura del cielo y lanzó un hondo suspiro, como si se apoderase de todo su ser la nostalgia de su divina patria: dejó caer su mano que estreché con efusión, notando el temblor y el fuego que la invandian; yo me puse a ju-

gar con sus cabellos que esparcían junto a mí sus ondas, como un raudal desbordado, ella, meciéndose, en actitud soñadora, revelaba las turgencias de su seno que se levantaba y descendía al compás de su agitada respiración: entonces, aproximando nuestras caras y dirigiéndonos una mirada profunda, se unieron nuestros labios en los que vibró largamente el más apasionado de los besos.

PREGUNTA SIN RESPUESTA

*Te amo y no amarte es para mí imposible;
mas ¿porqué te amo? El corazón lo ignora.
No sé lo que en tu cuerpo me enamora
ni donde está tu imán irresistible.*

*El amor es misterio incomprensible
que ningún sabio descifró hasta ahora,
y quien te ve, lo que ferviente adora
es el mundo que llevas invisible.*

*Déjame, pues, que enamorado siga
y llore o ría, goce o desespere,
no aguardes nunca que otra cosa diga.*

*El que hizo el corazón así lo quiere
cuando a pensar un poco se le obliga
no tiene tiempo de latir... y ¡muere!*

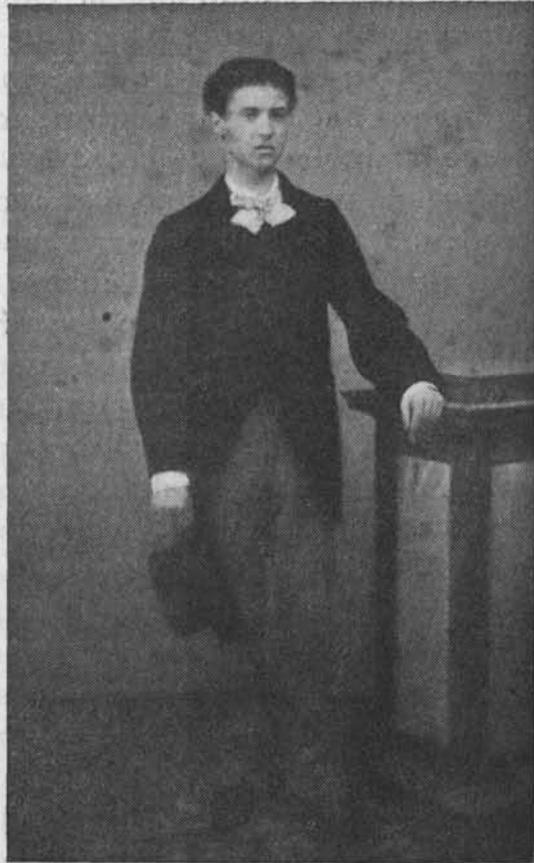
De este modo me rendí a aquella mujer, y así nos declaramos, a un tiempo, nuestro amor. Ninguno de los dos echó de menos la supresión del lenguaje hablado. Ni el disimulo, ni el cálculo, ni el sufrimiento, ni la ausencia, habían impedido que nos comunicáramos un secreto que a todas horas supimos decirnos con los ojos, con el corazón, con el pensamiento, en monólogos silenciosos y en diálogos que nadie hubiera comprendido. La seguí visitando diariamente, llevándole los consuelos que su estado reclamaba. Por la noche, después de verla, iba a cumplir con mis deberes de novio a casa de la inglesita. La una se quejaba de que me fuese temprano, la otra me reconvenía por ir tarde. Este doble visiteo me produjo vivos altercados con la madre de la última, a quien no podía convencer de que sólo un sentimiento de conmisera-

ción me llevaba al lado de mi amiga enferma, así como a ésta le aseguraba que el compromiso contraído con su rival era lo único que me obligaba a entrar en su casa y no el cariño que le tuviese.

De esta falsa situación sacóme mi presunta suegra, disponiendo, por habérsele exacerbado su padecimiento del corazón, un viaje a la América del Sur, en compañía de su hija. Entonces pude con toda libertad ofrecer a mi ídolo el culto apasionado del alma. Sólo robé a tan puro afecto el tiempo que invertía en la correspondencia con la ausente, quien me exigió que igual que ella, le escribiese un pliego diario, y le remitiera por cada vapor los que tuviese escritos hasta el día de la salida del mismo. Nunca cogí la pluma con tanta repugnancia como en aquella ocasión, (perdóname este rasgo de sinceridad, oh tú, inglesita, que llenaste de cursiva letra tantas resmas de papel rayado, si andas todavía por el mundo y llegas a leer las presentes líneas). Sobre todo, cuando la víspera de salir un vapor me sorprendía sin ninguna carta escrita, por falta de humor o de tiempo, mi apuro no tenía límites, pues no queriendo quedar por bajo de una mujer en el exacto cumplimiento de lo convenido, veíame forzado a escribir sendos pliegos, con las fechas consecutivas de los días transcurridos, amontonando sobre las carillas, más insaciables, cuanto más llenas, una porción de cosas que sacaba no sé de dónde, con un lujo de inventiva que ya quisieran para sus obras más de cuatro novelistas de folletín.

A Dios gracias, ví el término de mi enojosa tarea, con su regreso. Volvía un poco más delgada, pero esto le daba mayor esbeltez a su figura y una expresión más interesante a su fisonomía. El cambio de clima y las inquietudes de la ausencia sacudieron sus nervios, haciendo más delicada su sensibilidad, y las brisas del mar y de las montañas venezolanas le habían empañado algo su cutis sonrosado, que ahora tenía el blanco matiz de la bellísima flor *ilusión*, de la cual conservaba aún el perfume con que la cogió por primera vez en los verjeles mecidos por el soplo del Avila. Procuré recibirla con la misma satisfacción que ella demostró al verme, pero bien pronto se hizo cargo de que yo experimentaba solamente una impresión momentánea, y que mi pobre amiga enferma era dueña absoluta de mi albedrío. En vano para retenerme algunas noches, recurrió a sus habilidades y me buscó nuevas distracciones: me enseñaba sus bordados; los apuntes al lápiz y las acuarelas hechas durante su viaje con gran finura de

ejecución; hojeábamos libros y albums artísticos; quería que le repitiese las frases en inglés que me enseñó antes de su marcha; me hablaba de los magníficos panoramas que había contemplado, del luminoso velo que envuelve la ciudad de Bolívar, donde le parecía estar en las nubes y de las oleadas de perfumes que la anegaban en aquellos jardines cuajados de sus flores predilectas, las rosas, que allí crecen en variedad infinita, desde las blancas que son el símbolo de la inocencia hasta las negras con que quiere la Naturaleza compartir el luto de los corazones desolados. También se valía del piano para seducirme, interpretando con gran sentimiento varias *Polonesas* de Chopin y *Fantasías* de Goria y Ascher, sin olvidar el Nocturno *Las campanas del monasterio*, con el que otras veces consiguió conmoverme, por ser una pieza que está íntimamente ligada a los recuerdos de mi hogar y de mi niñez. Penetrada de la causa de mi preocupación y mi frialdad, quiso alegar derechos que yo no estaba dispuesto a reconocerle, y le dije, sin vacilaciones, que no podía privar a una mujer de un cariño que era el único hilo del cual estaba pendiente su vida, ni negarle las piadosas atenciones que servían de bálsamo a sus sufrimientos. Hubo riñas y amenazas que contuve con alusiones a su pasado; le regateé las visitas, que ya empezaban a serme molestas, y sus cartas las contesté en forma lacónica, desabrida y casi desdeñosa.



Belmonte Müller a los 18 años de edad

Entre tanto, mi adorada enferma agravábase día por día. La fiebre iba en aumento; no comía apenas; la tos no la dejaba dormir y los esputos y vómitos de sangre eran mas frecuentes. En algunos intervalos de plácida tranquilidad se hacía ilusiones con

mi cariño y trazaba cuadros risueños para el porvenir; pero pronto veníase abajo el alcázar de sus quimeras, miraba con inquietud hacia un ángulo de su alcoba, como si temiera la aparición de un espectro, y volviéndose hacia mí, me decía con la voz alterada: —¡Ven, y acerca tus labios a los míos, antes que acuda la Muerte y se lleve los pocos besos que me quedan para tí!—

A fin de proporcionarle algún alivio se pensó en llevarla a un puerto menos cálido que la capital. Consintió en el viaje, para complacer a su familia, pero no por que cifrara en él ninguna esperanza. Yo le prometí que si no se mejoraba, iría a verla. En esta confianza partió. Por el primer correo recibí carta suya refiriéndome las molestias de la travesía y el decaimiento de sus fuerzas. Entregada por completo a su recuerdo, eran sus noticias mi única preocupación, y en la correspondencia que servía de lazo a nuestras almas ausentes, cruzábanse las cartas, trayendo lágrimas, las unas, y las otras llevando confortaciones. La traidora enfermedad siguió minando su preciosa existencia y desde aquel puerto la llevaron a una aldea inmediata, situada en una pintoresca colina para ver si el aire de las alturas podía restaurar su pecho. Las mejoras que experimentaba, eran breves, como relámpagos, y luego se exacerbaba su mal, haciendo más sombrío el cuadro de sus tristezas. Sus cartas venían más de tarde en tarde. Algunas de ellas las empezó y no pudo continuarlas, porque la tos y la fatiga no le permitían tan grandes esfuerzos. Sentíase morir, y el único deseo de su alma era tenerme a su lado. Se expresaba con irónica amargura sobre lo costoso que me sería abandonar mis distracciones para acudir junto a un lecho de dolor, del sacrificio que me exigía, de las protestas de fidelidad que me obligaría a desmentir; pero se encontraba muy mala y quería verme antes de abandonar el mundo. Su hermana me participó a los pocos días, su gravedad, y me pedía, por compasión, que fuese a consolarla.

Dominado por una angustiosa pena, me decidí a romper, de una vez, el compromiso que tan molesto se me iba ya haciendo. La inglesa, al conocer mi resolución, se dispuso a regresar a su Isla, pero antes quiso despedirse de mí para lo cual me rogó que fuera a su casa. Aun esperaba reconquistarme y su marcha dependía del resultado de nuestra entrevista. Se arregló coquetamente y dió a su cara una expresión muy triste. Se opuso con energía a devolverme la palabra que le empeñé y a romper nuestros vínculos de doble naturaleza; evocó las horas de deleite que

habíamos pasado juntos, lloró, suplicó, se arrastró a mis plantas, mesándose los cabellos, me tuvo oprimido contra su seno palpitante, sufrió un largo síncope... y esta escena, en que apeló a todos los recursos del lenguaje, de la voz, del ademán, conforme los emplea en las situaciones dramáticas una gran actriz, no consiguió conmoverme lo más mínimo. Ni sus razonamientos, ni sus evocaciones, ni sus ruegos, ni sus ternuras, ni sus desmayos, lograron reavivar la llama de un amor debilitado durante la ausencia y extinguido por completo, como lámpara mortecina, por el soplo de una moribunda; sólo sirvieron para hacerme abandonar con el más humillante desdén a una señorita, de quien no me atrevo a sospechar que intentase representar una comedia; pero sí que se había despojado de la dignidad de su sexo, como el más vulgar de los histriones.

Marchóse en el primer vapor, y todavía tuvo ánimos para añadir un epílogo a la obra que acababa de representar, escribiéndome una carta a su llegada. Figuraba, hecha a pluma, en la parte superior, una tumba cuadrangular, de estilo romano, sombreada por llorosos sauces, y en cuyo frente se leía este epitafio:—*«Aquí yace el cadáver de mi corazón»*.—Por bajo había trazado su mano, casi yerta, una serie interminable de ayes con muchos signos de admiración, imprecaciones a la suerte, gritos arrancados al dolor eterno, adioses fúnebres a la esperanza y a la felicidad, y sobre este mar luctuoso, flotaba la acusación tremenda de que yo le había arrancado, herido, hecho trizas y enterrado aquella viscera indispensable para la existencia. No sé si Jesús descendió de nuevo, a la tierra, para resucitar a la hija de Jairo; lo cierto es que a los pocos meses de realizado mi feroz asesinato, el corazón abandonó su sepultura, se metió en el pecho de su dueña, volvió a latir con tanta violencia como en sus mejores tiempos y se escapó del hogar paterno en la antigua compañía de su cuerpo pecador, al que esperaban los brazos de un marino que se proponía, sin duda, averiguar cuántos viajes pueden hacerse en el barco del amor, sin que una mujer lo eche a pique.

MI PROMETIDA

*En casa de una amiga la vi una tarde,
me encantaron las gracias de que hizo alarde
y el garbo y la elegancia de su figura
que en una costa inglesa recibió hechura
á la par que algún hada festiva y loca
la sal de andalucía vertió en su boca.
Vis-à-vis de su madre, mujer lozana,
de la cual parecía pequeña hermana,
modelando sus formas llevaba un traje
gris y verde con peto de tul y encaje.
Me despedí cuando ellas se despidieron
las llevé hasta su casa; me la ofrecieron,
y yo mientras la joven iba ligera
subiendo los peldaños de la escalera,
con los ojos seguía, desde la calle,
el ritmo que marcaban su pié y su talle.
Desde que estuve á verlas al otro día
me inspiró la criolla tal simpatía
que ya ni un solo instante pude olvidarla
y fui todos los días á visitarla.
Junto á un balcón, sentados en mecedoras,
por la tarde charlábamos dos ó tres horas;
me enseñaba los albums y las revistas
ó de un estereoscopio las nuevas vistas:
por la noche tomábamos el té á las doce
y apurando tranquilos con lento goce
en tazas japonesas el néctar chino
y luego una copita de Chartreux fino,
obtuve de ella pronto, por mi fortuna,
un sí claro y redondo como la luna.
Llegadas, hija y madre de agreste playa
que el ecuador calcina con su ignea raya,
en un piso anidaron, cual golondrinas
que de un clima templado se hacen vecinas
entre tanto que el padre, rey del guarismo,
en ardor competía con el sol mismo
y allí, entregado á vastas combinaciones,*

reemplazaba las citras por los millones.
Las costumbres inglesas que aun á los bravos
indios de las colonias tornan esclavos,
exigían que fuera mi compromiso
del padre sancionado con el permiso,
y en la ocasión primera que venir pudo,
demandéselo.....: oyóme perplejo y mudo
mas poniéndome el rostro menos huraño
al oír que pensaba casarme al año,
encontró que mis pasos eran correctos,
nobles mis intenciones y mis proyectos
y con breves palabras cortés y ufano
me concedió su venia, dióme la mano
y partió, sin escrúpulo que su alma aflija,
dejando oficialmente novio á su hija.
Desde entonces tuvimos libertad franca,
pude estrechar á solas, su mano blanca,
me dejaba enredarle, frente al espejo,
su caballera mate, como oro viejo,
salía á despedirme triste, aunque cierta,
de recibir mil besos junto á la puerta,
me dió luego una llave que me condujo
á su alcoba adornada con todo lujo,
y allí bajo el peligro de atroz reproche
en coloquio estuvimos más de una noche,
anticipando loco nuestro deseo
los triunfos reservados al himeneo
¿Quién hubiera pensado nunca, en la vida,
que una joven que estaba ya prometida
no me quisiera al menos, del mismo modo
que yo, que en ella tuve mi hechizo todo?
Pues a otro, a algún imbecil de los que hay tantos,
le dió también la llave de sus encantos.

Después de algunos viajes que hizo a disgusto,
cruzando el mar salobre llena de susto,
viajes en los que alivio fué de la ausencia
nuestra larga y amante correspondencia,
regresó cuando estaba casi extinguida
la llama que en mi pecho dejó encendida.

*Comparó mis frialdades y mis desvíos
con las pasadas noches de desvaríos,
me habló de nuestras largas dichas futuras,
y así que sus perfidias y sus locuras
le eché en cara y le dije, también, cual era
el ídolo que amaba, celosa y fiera
me llenó de invectivas e imprecaciones
y afirmó que en mis falsas imputaciones
sólo buscaba excusas al cumplimiento
de mi vana palabra de casamiento.
Me defendí y estuve más que agresivo
hiriendo su honor frágil en lo más vivo,
y con tono tan firme, como sincero,
para acabar, le dije:—¡No, no te quiero!—
Regresar a su patria pensó resuelta,
y todo lo dispuso para la vuelta.
Su último adiós me quiso dar la taimada
y me llamó tres veces a su morada,
rogándome ir a verla breves instantes
aunque no la quisiera lo mismo que antes.
Fuí al cabo, a su casa, no sin recelo.
En curva mecedora, tendido el pelo,
y las formas envueltas en blanca bata,
la encontré con el aire de una Traviatta.
Veloz, como ágil corza, saltó a mi cuello,
anegábase en llanto su rostro bello,
quiso ahogar en caricias nuestros agravios
y su boca de fuego pegó a mis labios.
Yo luché por salvarme de su violencia
y al ver que por mi débil condescendencia
me tendió esa celada, sentí coraje,
respondí a sus protestas con el ultraje,
y a sus ruegos con frases duras y secas;
le retorcí los brazos y las muñecas,
y a mis plantas cayendo, ronca, anhelante,
se abrazó a mis rodillas, suplicó amante,
arrastró sus cabellos alborotados
como una red espesa de hilos dorados,
y miré, aunque más fuerte, la viva escena
en que imploraba a Cristo la Magdalena.*

*Y aquella hermosa joven, puesta de hinojos,
 me juraba clavándome sus tiernos ojos,
 que mi amor a su vida le era preciso
 que ninguna, cual ella, jamás me quiso,
 que su alma era gemela del alma mía,
 y que si no la amaba se moriría.
 Pero su voz me hallaba sordo, impasible,
 y me mostré con ella juez inflexible.
 Se agitó desolada, sin conmoverme
 tendida sobre el suelo quedóse inerme,
 y yo triunfante y libre de tanta lucha
 me retiré diciéndole: — ¡Tu infamia es mucha!
 ¡Oh pérfida querida, yo te abandono!
 ¡Vete ya! ¡Ni te quiero, ni te perdono!
 ¿Quién no hubiera pensado que aquella hermosa
 que a mis pies suplicaba triste y llorosa
 me tenía un cariño grande, profundo,
 y que sin mí no hallara dicha en el mundo?
 Pues a poco fugóse con un marino.
 ¡Que las olas te traguen, angel divino!*

Partí con ansiedad infinita. La impaciencia me devoraba y hubiese querido dar alas al vapor para que atravesase el mar con la rapidez de una gaviota. En el puerto donde arribé, se hallaba un simpático periodista, que me condujo a su casa y me dió a conocer a su esposa, la tierna poetisa que gozaba de más aura popular en la pequeña Antilla, (1). Como amiga de mi amante, me comunicó las últimas noticias recibidas por la mañana acerca de su estado, cada vez más grave, y al manifestarle mi deseo de marchar a verla, sin dilación, me hizo saber la dificultad con que se tropezaba por haber salido ya la calesa que hacía el servicio de viajeros, pasando por el pueblo donde aquella se encontraba, y ser preciso aguardar hasta el día siguiente. Apenas notó mi contrariedad por esta detención, me introdujo en su escritorio, alegre pieza que, entre los objetos pertenecientes a la labor de la literata, contenía caprichosos juguetes propios de la frivolidad femenina, y cuyo

(1) Lola R. de Tió, célebre poetisa portorriqueña y esposa del escritor y periodista Bonocio Tió.

mobiliario de nogal lucía sus mejores tallados en dos estantes de libros y dos pequeños pupitres de ochavas semicirculares, parecidos a tribunas: me señaló uno de ellos, en el que me había escrito mi amante varias veces, y lo ocupé para redactar un telegrama anunciándole mi llegada, y luego una larga carta, rebosando cariño, en la que le expresaba mi sentimiento por no poder marcharme en seguida. Llevó ésta un propio, y mis galantes amigos, en compañía de los cuales descansé un rato, me enseñaron su linda casa, verdadero nido consagrado al arte y al amor, donde jugaba una graciosa niña, regocijo, entonces, de sus padres, y más tarde, orgullo de su sexo. Hallábase situado el edificio en el centro de una espaciosa calle, orlada de árboles, que por uno de sus extremos coronaba ondulante loma y por el otro se perdía en las frondosidades de un oscuro bosque. El interior de las habitaciones revelaba en todos sus detalles la mano de una mujer espiritual. La sala, vestida de blanco, como una novia, adornábase de dorados junquillos que formaban recuadros en las paredes. En ella había tíbores, jardineras y lámparas de flores, de las que colgaban guirnaldas esmeraldinas: un canario y un sinsonte rivalizaban cantando en caprichosas jaulas; y espejos biselados, bustos de músicos y poetas, sobre ménsulas talladas en figura de acanto, y acuarelas al estilo de Fortuny, alternando con *panneaux* bordados en raso y con abanicos japoneses llenos de retratos, cubrían de tonos alegres la clara superficie de los muros. En el centro, un velador de marmol sostenía alegórico grupo de bronce, y a su alrededor, mezclados con libros de lujosa encuadernación, como las *Mujeres de la Biblia*, veíanse los *Recuerdos de Italia*, de Castelar, las *Poesías* de Teófilo Gautier y *La Madre*, de Pelletan. En un ángulo, se hallaba el piano, con el teclado abierto, y puesta en el atril la elegía de Gotschalk titulada *La última esperanza*.

Después me entró en la alcoba que había ocupado la enferma antes de trasladarse al pueblo. No habían querido penetrar en ella, desde su marcha, para no afligirse con dolorosos recuerdos, y se encontraba en la misma forma que la dejó. Lucía sencillo decorado celeste y oro. Algunas butacas y sillas aparecían fuera de su sitio agrupadas sin orden. La cama en medio de la habitación, tenía echada la colgadura de muselina blanca, y de sus extremos pendían deshechos de lazos azules que sujetaban sus pabellones y cuyas puntas conservaban, ajadas, las flores que las adornaron. Sobre el tocador, junto a algunos frascos de medicina, hallábase

un ramo de rosas, marchito y deshojado. Me acerqué al lecho y abrí con religioso temor la colgadura, para asomarme. Tenía la frialdad y la tristeza de un nido abandonado. Las ropas estaban deshechas y la almohada se conservaba todavía hundida por el peso de la encantadora cabeza que sostuvo. Escondí mi cara en aquel hueco impregnado del perfume de sus cabellos y de las méfíticas emanaciones de la enfermedad, y después de llorar algunos instantes, salí con la respiración anhelosa, como si pesara la piedra de su sepulcro sobre mi pecho.

Los nobles amigos que me acompañaban procuraron distraer mi ánimo acabando de enseñarme su linda casa, y luego nos sentamos en la galería adornada de plantas y pájaros, que daba al jardín, conversando hasta la hora de la comida. Reinó en la mesa toda la expansión que era posible entre personas acabadas de unir por el simpático lazo de las ideas y de los sentimientos,

pero entre las cuales había una mujer angustiada por el porvenir y un joven herido por la adversidad. Desde el comedor, pasamos al jardín, donde el arte inglés, con sus simétricos recortes, se había introducido en algunos cuadros, como queriendo cercenar los derechos de la exhuberante flora tropical. El aire traía ráfagas embalsamadas. La amable poetisa acercándose a un blanco rosal, cogió una rosa, recién abierta, y me la ofreció, diciéndome: —Guárdela V.: es tan bella y tan pálida como su adorada.— A la noche, nos dimos a conocer algunos de nuestros trabajos literarios y me retiré a dormir impaciente por la llegada del nuevo día.



Belmonte y Müller cuando marchó a América

Cuando muy entrada la mañana me avisaron que el coche se hallaba listo, fui a tomar sitio, apresuradamente, a fin de no ser causa de ningún retraso en la salida. Por fortuna, no entró nadie

más que yo, y partí a la hora señalada. Sin tener a quien guardar miramientos, me tendí en la forma más cómoda posible, clavé la vista en las colinas que limitaban el horizonte y luego me vi envuelto en la lujuriosa vegetación que a ambos lados, casi obstruyendo el camino, se agitaba, al soplo de la brisa, como un oceano de esmeralda.

El paisaje tenía toda la esplendidez de las tierras antillanas; pero también presentaba la ofuscadora monotonía de su intensísimo verdor, siempre lo mismo, sin experimentar el cambio de las estaciones, ni ofrecer el variado aspecto que en la zona templada, da al campo la Naturaleza, durante esas metamorfosis de su existencia creadora. Cada estación es un magnífico cuadro de sorprendente belleza. El invierno, embozado en su manto de nubes, deja los árboles desnudos, como esqueletos extiende sobre las praderas el blanco sudario de la nieve, aprisiona en cristales de hielo los arroyos susurrantes, hace encallar las chozas de los pastores, ocultas en las montañas bajo los témpanos de un mar glacial, y en medio de tanta desolación, únicamente alguna pareja de grullas atraviesa el aire lanzando pavorosos graznidos. Más pronto anima a este cadáver el beso de la primavera. Un rayo del sol lanzado, como vivaz mirada, desde la altura, enciende los átomos del aire, derrite las nieves, rompe el cristal de los lagos y acaricia la superficie de la tierra, que entre explosiones de júbilo, ve brotar de su seno la fertilidad y la vida. Y los árboles se visten de hojas nuevas, las yemas retoñan en las ramas, vuelven de su emigración las aves viajeras, los pájaros cantores anidan en la selva umbrosa, murmuran los arroyos, los prados se esmaltan de flores, las auras llevan mensajes cariñosos y una nube de esencias y sonidos se eleva continuamente desde la tierra al cielo. Entonces llega el estío y madura con sus rayos las producciones del suelo; caen las flores para ser reemplazadas por los frutos; los frágiles ramilletes de los prados se consumen como mariposas en la llama, mientras la mies levanta las doradas espigas que restallan bajo el incendio de la atmósfera; inclínanse las plantas agobiadas por el exceso del calor y de la fecundidad, y sobre el campo, donde se respira sofocante bochorno, parece que vá a extenderse un diluvio de fuego, como en invierno una mortaja de nieve. Y he aquí que se presenta el otoño a vendimiar los transparentes racimos que contienen el néctar del olvido y de la alegría, y después de darnos la sangre de la tierra, a despedirse alegremente del año. El cielo

pierde su limpidez; jirones de niebla matutina cuélganse de las ramas de la arboleda: las aves abandonan sus nidos que pronto derribará el cierzo, y cantando tristes endechas vuelan en caravana hacia los países de benigno clima; el sol ensangrentado se precipita en el ocaso y tiñe, al morir, la cúspide amarillenta de los bosques con reflejos de escarlata, como las manchas que colorean el rostro de los tísicos, y las hojas cayendo, una a una, se agrupan trémulas y quejumbrosas al pie de los troncos, en cuya corteza buscan un resto de la savia que las nutrió, hasta que llega el vendabal y las barre, amontonando unas en los surcos, en los estanques, en las fuentes, y arrastrando otras, las más infelices, en crujiente remolino, allá lejos, a un rincón del mundo, donde nadie pueda recordar su antiguo esplendor, ni compadecerse de su lamentable fin.

¡Oh melancólica estación en que las hojas esparcidas por los senderos de los jardines, se estremecen bajo los pies de los amantes desventurados, y la pámpana cae en tierra anunciando la proximidad del plazo fatal señalado al enfermo sin esperanzal Al evocar tu triste imagen, pensaba que iba, tal vez, á presenciar los últimos esfuerzos de la mujer, adorada en su lucha tenaz contra la muerte, para quien nada valen ni la juventud, ni la hermosura, ni el dolor, y que yo, á su lado, impotente para transmitir á su corazón ni una gota de sangre del mio, que le hubiera ofrecido todo su raudal, la vería caer á la orilla del camino de la vida, como las hojas secas en el surco, en medio de un verde campo, cuya fertilidad inagotable invitaba á la renovación perpetua de la alegría terrestre.

Entregado á estos pensamientos, había recorrido, sin notarlo, una gran distancia, cuando alcancé a divisar, a la vuelta de un repecho, el campanario de la aldea levantado en la pendiente de un cerro y destacándose sobre varias casas amarillas y blancas que se agrupaban junto a la iglesia, como rebaño bajo el cayado del pastor. La casa que habitaba la enferma tenía vistas al campo, así es, que en cuanto recibió mi carta, dispuso que la llevaran en su sillón al lado de la ventana, desde la cual dejó vagar su pensamiento á lo largo del camino, para descubrirme antes que con los ojos del cuerpo con los del alma; y apenas vió un coche desviarse de la carretera y tomar el empinado y tortuoso sendero que conducía al lugar, se incorporó en su asiento y prorrumpiendo en una

exclamación de alegría, se hizo colocar junto a la puerta, para ser la primera que me recibiese.

Al apearme, después de una ascensión muy lenta, acercóse a mí un anciano vestido con traje de hilo de color crudo y cubierto con ancho sombrero de Panamá. Venía en nombre de ella a recibirme y guiarme a su domicilio. Mientras subíamos la pedregosa calle, me dió cuenta del curso de su enfermedad que la tenía muy abatida; pero todos confiaban en que mi presencia la reanimase, pues desde que se encontraba en aquel sitio no hacía más que hablar de mí, pronunciar mi nombre a todas horas y pedir a Dios como supremo consuelo, la dicha de volver a verme. Llegamos a una plazoleta que se extendía frente a la casa, y al verla sentada junto al umbral de la puerta, no pude contenerme; apresuré el paso, dejando atrás a mi acompañante, y me precipité en sus brazos que tenía abiertos para recibirme; reclinó largo rato su cabeza sobre mis hombros y no pudimos pronunciar una palabra; solo hablamos el lenguaje de las lágrimas que corrieron confundidas. Después me miró con apasionada ternura, se quejó de que hubiese retrasado tanto mi viaje, cuando me esperaba con tanta impaciencia, y quiso saber cómo la encontraba desde el último día que la vi. ¡Oh! Todavía estaba muy bella; pero ¡cuán demacradas sus facciones y qué luz tan triste la de sus hermosísimos ojos! Su familia me agradeció mucho el viaje, pero no se hizo ilusiones respecto a la eficacia que tendría para la infortunada joven. Esta pretendía convencerme de que se había puesto mejor con mi llegada, y a pesar de su fatigosa tos y de su decaimiento físico, quiso que diéramos un paseo por el atrio de la iglesia inmediata.

Vestida con una bata de linón blanco, llena de bordados, y abrigada con un chal de punto del mismo color, que arrollaba sobre uno de sus hombros, por los que caían deshechos los rizos de su negra cabellera, apoyóse en mi brazo y subió lentamente con anhelosa respiración la pequeña cuesta que terminaba en el atrio, especie de glorieta con pavimento de ladrillo y rodeada de un ancho pretil de piedra que servía de asiento a los vecinos. Desde aquel mirador, situado a considerable altura, se descubría un espléndido panorama; verdes plantíos matizados por hojas purpúreas, grupos de ceibas, de cocoteros y de palmas que bañaban su ramaje en la claridad del cielo; las chimeneas de las haciendas cortando con su perfil rojizo el azul del horizonte; las montañas tornasoladas, cubiertas de rica flora, alzándose a nuestra espalda,

y en frente el mar desliendo su tinta de añil hasta desvanecerse en una vaga lontananza. El sol pintó con oro y grana el más brillante de sus crepúsculos y encendiéndose con su reflejo el pálido rostro de mi compañera a quien cuidé, como una rosa delicada, conduciéndola a la casa antes de que recibiera la impresión del fresco de la noche. Más tarde, procuré distraerla en unión de su familia y de varias personas de la vecindad que le formaban piadosa tertulia, y así que se acostó más tranquila que de costumbre, el cura de la localidad, que se encontraba presente, me llevó a su domicilio, donde tenía preparado mi alojamiento. Hombre de carácter sencillo y de prácticas rutinarias, puso a mi disposición lo poco que había en su reducida vivienda y me dediqué en las primeras horas de la mañana y por la siesta a leer las Apologías y tomos de sermones que, con un florilegio místico y varias novenas componían su biblioteca jamás contaminada con libros profanos.

Pasábame la mayor parte del tiempo junto a mi amada, en cuya casa comía, sin conseguir casi nunca que se sentara a la mesa, pues le repugnaba toda clase de alimento, contentándose

con tomar golosinas y pastas y un sorbo de vino de Madera, único de su agrado, que procuré no le faltase. Para proporcionarle algún ejercicio y esparcimiento, la llevaba al atrio de la iglesia, como el primer día, y algunas veces que se encontraba con mayores bríos, prolongábamos el paseo hasta los bosquecillos de los alrededores, sombreados por frondosos plátanos, bajo los cuales nos sentábamos a descansar. Allí, reclinaba sobre mi pecho, me pedía que le recitara versos y le jurase no había de querer a nadie después de ella.—¡Oh, que feliz soy a tu lado!—exclamaba—y ¡qué pocos días me quedan de felicidad! No me abandones en este bre-



Retrato de Camelia antes de conocer a Belmonte Müller

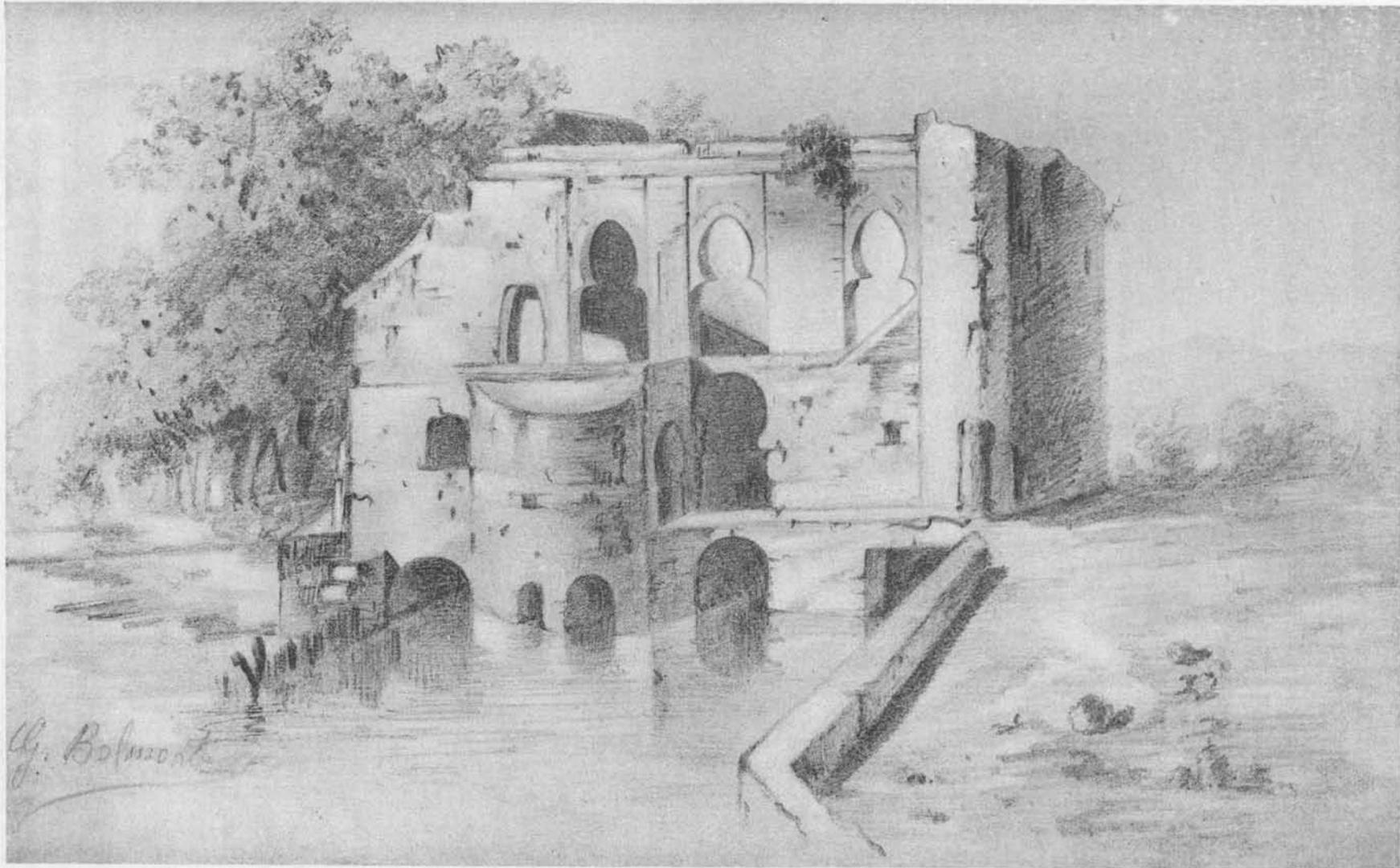
ve plazo y déjame que muera así, con la cabeza apoyada sobre tu corazón.—Entregados a una efusión de lágrimas y de caricias, permanecíamos en la ténue obscuridad de nuestro retiro, sin ver como declinaba la tarde, hasta que una postrer llamarada del sol, reflejándose en las hojas de los bananeros, nos hacía levantarnos estremecidos y emprender la vuelta con lento paso.

Temerosa de cansarme con las molestias de su enfermedad, se empeñó en que conociese las principales poblaciones de la comarca, donde había amigos y escritores que se alegrarían de verme, y emprendí varios viajes, tan cortos como intranquilos, sintiendo que la magnificencia de los campos que recorría y los agasajos y atenciones, nunca por mí olvidados, de que fui objeto, no produjesen en mi ánimo toda la impresión que debieran, por ir acompañados de una tenaz melancolía.

Al regresar de cada una de mis expediciones, la encontraba más débil. La tisis la consumía, sin que el aire benéfico de la montaña pudiera oxigenar su sangre. Tampoco en la reducida aldea se contaba con los elementos necesarios para procurarle una eficaz asistencia; debía por tanto, trasladársele de nuevo al puerto, donde no le faltaría ninguno de los auxilios que la miseria humana suele ofrecer a los que sufren.

Hiciéronse los preparativos y se puso en marcha la caravana. La madre, los deudos y los criados montaban en pacientes cabalgaduras. Un carro llevaba los equipajes y algunos utensilios de casa. La enferma, que no hubiera podido soportar los movimientos del coche, iba, hundida entre almohadas, en su butaca, sujeta, como un palanquín a recios bambúes que sostenían dos robustos negros. Su hermana y yo, a ambos lados, caminábamos a pie, defendiéndola del sol con ambos paraguas. Nada tan desolador y angustioso como aquella peregrinación a lo largo de un camino polvoriento y solitario, bajo un cielo implacable que nos acribillaba con dardos de fuego, y en medio de la orgullosa impasibilidad de la naturaleza que lucía sus selváticos esplendores, contrastando con los mustios encantos de la pobre niña a quien no volvería a verse cruzar por ningún campo.

Con frecuencia los conductores se detenían a descansar y a tomar aliento; no se movía un soplo de brisa; la atmósfera era sofocante y las reverberaciones de la luz cegaban por completo. Yo tenía los pies ardiendo, anhelosa la respiración y anegado en sudor todo el cuerpo. También, ella, fatigada por el calor, sentía



LA ALBOLAFIA

El poeta Guillermo Belmonte Müller, fué un virtuoso dibujante. De su lápiz es el molino árabe cordobés, enclavado en el Guadalquivir y que reproducimos tomándolo de un viejo álbum familiar

bañar su frente unas gotitas cálidas que brillaban como menudas perlas, y me apresuraba a secar con el pañuelo, mientras recogía en sus húmedos ojos una mirada de gratitud. Varias veces fué preciso entrarla en los ventorros del camino para proporcionarle un poco de fresco bajo su techumbre, protegida por algunos árboles, y para darle un vaso de cerveza o de gaseosa que le aplacara la sed. Después de estos momentos de reposo, seguíamos la penosa jornada; ninguna expresión jovial se profería con objeto de disminuir las molestias de la marcha; todos íbamos preocupados y taciturnos y sólo pensábamos en llegar pronto al sitio destinado para depositar la preciosa carga que conducíamos. Al fin, entramos en la población, casi al obscurecer, y se la hizo descansar en la nueva casa, colocando suavemente la butaca en el suelo, junto a la puerta de la sala que daba a un pequeño patio adornado con variedad de plantas.

El viaje la había debilitado mucho; pero al cambiar de residencia, encontró mayores comodidades y más asíduas atenciones. El médico le hacía largas y frecuentes visitas, interesándose por su salud, como si fuera su hija. Su amiga, la poetisa, cuya morada se encontraba muy cerca, rodeábala de exquisitos cuidados y la distraía con los brillantes juegos de su imaginación. Personas caritativas llevábanle obsequios y le ofrecían reiteradamente sus servicios. Su hermana se pasaba la noche en vela, al borde de su cama, apoyada su cabeza rendida junto a la de ella, en la almohada sudorosa. Yo estaba casi siempre a su lado, sorprendiendo las alteraciones de su fisonomía e infundiéndole alientos y esperanzas. Ultimamente ya no podía comunicarle el valor que a mí, de hora en hora, me iba faltando.

En los momentos en que me hallaba más abatido y me producía mayor impresión la palidez de su rostro, se esforzaba para iluminarlo con una fugitiva sonrisa, sonrisa dulce y triste, como una flor que abriese en los labios de un cadáver. ¡Que dichosos hubiéramos sido! - pensaba la infortunada joven, para la cual el pasado se iba desvaneciendo, y el porvenir corría a sepultarse en las sombras de la nada. No le quedaba sino el presente, plazo breve y angustioso, que sentía huir y faltarle con el hálito de su pecho, como la luz del sol falta a la tarde, y la playa al naufrago, y la tierra al que bordea el abismo, y la gota de aceite a la lámpara temblorosa; pero que todavía alegraba su vida con un sentimiento inefable: el amor. Amaba y era amada. Ese momento fugaz,

era el único en que se reconcentraba el escaso fuego de su existencia; porque me tenía al lado suyo para adorarla y compartir sus duelos, y porque podía, midiendo la intensidad de mi cariño, convencerse de que jamás llegaría a olvidarla. Muerta, lo mismo que viva, reinaría en mi corazón, sin tener rivales.

Sin embargo, una mañana se puso a hablarme de la inglesita, con algo de excitación nerviosa y me pidió, para recordarla, los retratos que conservaba de ella. Los busqué y se los dí por no contrariarla: los fué pasando de su mano a su falda, muy despacio, uno a uno, después de examinarlos con el rostro inmóvil, la mirada fija y los labios silenciosos, y cuando hubo terminado su examen, cogiéndolos todos juntos, los rompió en menudos pedazos. No le dirigí ninguna palabra de censura por la acción que acababa de ejecutar; pero notando el aire de extrañeza con que la miré, se acercó y me dijo con tranquilo y cariñoso acento:—No te disgustes. Ya está hecho. ¡Yo no quería que estas cartulinas me sobrevivieran y recrearan, de nuevo, tus ojos, cuando estuviese mi cuerpo pudriéndose bajo la tierra!

En otra ocasión, al saber que venía de ver a la poetisa, se me mostró quejosa, lanzando un débil suspiro.—¡Ah! no es extraño murmuró—que te guste visitar a mi amiga. Ella tiene muchos atractivos: vive rodeada de flores, de ensueños, inspiraciones y conserva la lozanía de la juventud que en mí se ha marchitado.—Desvanecí esas sospechas que, según supe más tarde, cruzaron más de una vez por su frente, pues hallándose muy grave, llamó junto a su cama a aquella leal amiga que le prestaba tan solícitos cuidados, para decirle con el timbre más angelical de su voz:—Te confieso que nunca, en mis amores, me he sentido celosa de mujer alguna; pero perdóname esta confidencia de verdadero cariño, de tí, que te quiero tanto y te creo tan buena, tengo celos. Prométeme mirar con cierta indiferencia al que es dueño de mi vida, pues sin tú pensar en ello, puedes inspirarle la misma ternura, la misma simpatía que me has inspirado a mí y a todo el que a tí se acerca.—La besó con sus labios abrasados por la fiebre, le estrechó las manos, recostó su adorada cabeza de Virgen del Carmen sobre su falda y, luego, levantando hacia ella sus lánguidos y brillantes ojos, le sonrió satisfecha al oír que le decía:—No temas nada de mí, pues tú sabes que estoy embargada por dos grandes amores: el de mi marido y el de mi hija de mi corazón, a la que he consagrado toda la pureza del mío.—Estas fueron las dos úni-

cas veces en que mi amante me descubrió su alma estremecida por el fantasma de los celos.

Reinaba un temporal muy duro. Un ciclón que había pasado por la otra costa de la Isla levantaba con sus últimas ráfagas el oleaje del puerto y sacudía la obscura arboleda, desgñando la cabellera de las palmas y convirtiendo en flecos las hojas de los plátanos. En la casa de madera, donde ella habitaba, producíanle continuos sobresaltos los golpes de viento que hacían crujir las paredes, como buque azotado por la tempestad, y que arrastraban sobre el techo el ramaje de los árboles con un ruido siniestro y pavoroso. Lleno de zozobra, veía leves nubes apenas dibujadas en el horizonte, correr y extenderse con rapidez increíble, impelidas por el vendaval y cargadas de electricidad tonante, hasta entoldar todo el cielo y desgajarse en impetuosas lluvias torrenciales. Tras una inundación de agua, venía otra inundación de sol, y los vapores que de la tierra se desprendían, saturaban la atmósfera de una humedad insana.



Belmonte Müller en los días de sus amores con Camelia

Esto empeoró el estado de la enferma. Dos o tres días tuvo que permanecer en su habitación, sin respirar siquiera el aire y la luz del campo. Su debilidad fué acentuándose y su inapetencia llegó al último extremo. Cada nueva medicina que se le daba, cada nuevo recurso a que se acudía, eran nuevos desengaños o sangrientas burlas que preparaba a la ciencia humana el decreto irrevocable del destino. El triste cuadro que todos los días se presentaba a mi vista, acabó por destrozarme el alma, y yo sabía muy bien que me faltarían las fuerzas para recoger el último suspiro de la moribunda.—Ya lo ves—acabó por decirme, doliéndose de mi aflixión.—Esto no tiene remedio. De un momento a otro me moriré y yo quisiera ahorrarte la pena de verme morir. Tú tienes

derecho a la felicidad, y la imagen de una muerta serviría para entristecer tu vida. Te agradezco cuanto has hecho por mí; tus sacrificios, tus consuelos y tus lágrimas; pero todo es inútil y debemos separarnos, sí, amor mío, separarnos en este valle de amargura, y conservar eternamente el recuerdo de nuestra despedida, seguros de que Dios nos reunirá en un mundo mejor.—Comprendiendo que nada podía hacer por ella, que la muerte acechaba su víctima y que todavía era tiempo de llevarme en el corazón una mirada de sus hermosos ojos, antes de que se apagasen para siempre, le renové mis juramentos de amor, le dí mis últimos besos y dominando mi angustiosa desesperación, me desprendí de sus brazos que apenas podían estrecharme.

SIN ESPERANZA

*¡Oh esperanza traidora! Cuántas veces
te ví cruzar voluble como un hada
y en tu copa de rosas coronada,
bebí mi llanto al apurar las heces.*

*Y ahora que tú también desapareces
y pronto escucharás mi dulce amada
en vez de una canción enamorada
sordos suspiros y mortuorias preces.*

*Al pensar que ese cuerpo donde encierra
tu ardiente corazón mi amor postrero
cual vil despojo se hundirá en la tierra,*

*Yo en tu agonía siento que me muero
y a la esperanza mi dolor se cierra
pues ¿qué puedo esperar, si no te espero?*

Regresé a la capital, sombrío, anonadado. Diariamente dirigía cartas y telegramas para saber de mi querida enferma. Su hermana me transmitía noticias desconsoladoras y me manifestaba de parte de ella que no podía escribirme porque tenía muy débil el pulso y su mano se negaba a sostener la pluma. Un día, no obstante, al ver que iba a cerrar una carta para mí, hizo un esfuerzo supremo, pidió un pedazo de papel y una pluma, e incorporándose en su sillón, con mano trémula y helada trazó algunos renglones desiguales, en los que me decía, empleando caracteres grandes, como su amor:—«Vida, Guillermo de mi vida, te amo pero me due-

duelen los ojos y luego las manos. Recibe un beso en los labios de tu Camelia »—¡Fué lo último que escribió en este mundo! Al día siguiente un telegrama me anunció que estaba muy grave, sin esperanzas; y en el inmediato, recibí otro diciéndome:—Todo ha terminado. Esta mañana ha muerto. (1).

Entre los legajos de cartas que el poeta dejó a su muerte, había uno atado con una negra cinta y contenía todas las cartas de Camelia, con flores secas, lazos de trajes de baile y un rizo de cabellos. De ese legajo escogemos y transcribimos la carta de su hermana Pepiña, con la que le remite los tres últimos renglones que le escribió.

Mayagüez. Enero 30 de 1876.

Sr. D. Guillermo Belmonte.

Mi apreciado amigo: Recibí su carta y veo que comprendo cuanto estamos padeciendo.

Le envío ese billetito de mi pobre Camelia, sé que tendrá una impresión dolorosa al leerlo. ¡Pobrecita! Más de una hora ha estado para escribirlo; ya ve lo que ha hecho y yo me apresuro a mandárselo. ¡Es tan dulce tener noticias de los seres que nos son queridos.

A la primera novedad de cuidado le escribiré; pero ¡ay! amigo mío, yo no quiero dejarla ni un solo segundo. ¡Quizá nos separemos! Ante esta idea creo que voy a perder la razón y siento que mi vida se vá con la suya. ¿No es una misma? Compréndame amigo mío y pídale a Dios que no me dé fuerzas para pasar por ese horrible dolor.

Concluyo, no sé si entenderá ésta.

Sabe le aprecia su afma. amiga

Josefa.

30 Enero 1876

*Vida de Guillermo de
mi te amo pero me
duelen los ojos y luego
las manos recibe un
beso en los labios de tu
Camelia*

Dichos telegramas fueron enviados de Mayagüez a San Juan de Puerto Rico donde residía Belmonte Müller, por la poetisa Lola R. de Tió.

Los parientes y amigos que se habían apartado de su lecho, me comunicaron los detalles de su muerte. Mostrábase muy cariñosa en sus últimos días. Su semblante se descompuso, pero su alma se embelleció, como adivinando que se acercaba al cielo. La antevíspera de su fallecimiento se quitó sus sortijas, únicas joyas de sus recuerdos, y se las puso a su hermana. Hizo, después, que le trajesen el cofrecito de sus cartas, urna sagrada de sus memorias, donde guardaba las mías, y quiso que a su vista fuesen quemadas aquellas santas reliquias del amor; sus ojos fijos en las llamas que producían, dejaron resbalar alguna lágrima y sus labios más de una vez exhalaban un suspiro que expresaba el sufrimiento horrible porque estaba pasando su corazón al deshacerse de aquellos objetos que habían sido su tesoro y que encerraban tantas esperanzas y tantos sueños. La mañana que recibió la última fotografía que me hice, se alegró y enterneció sobremanera, encontrando mucho amor en la dedicatoria que le puse, y luego pidió que le leyeran varias de mis cartas que había querido que permaneciesen debajo de la almohada hasta ese momento. Pocas horas antes de su muerte, se complació en perdonar a todas las personas que le hubiesen ofendido, y dándole un beso y un abrazo a su hermana, le dijo:—En tí perdono a todos los que me han hecho mal: quiero que al borde de mi tumba concluyan los odios y las venganzas. ¡Ojalá se cumpla este deseo! Dale en mi nombre el perdón y el olvido a todos mis enemigos, y a mi amante dale mi último beso y mi última lágrima.—Hizo que su madre le estuviese recitando varias de mis poesías hasta casi los momentos de espirar. Un cuarto de hora antes pidió que le habriesen las ventanas: ¿Sentiría su pecho oprimido por la asfixia, o querría ver el cielo? ¿Buscaría su espíritu algo a través de la distancia y entre las sombras de la ausencia? Tal vez quería fijar su última mirada en alguna estrella, para que estando colocada en un punto radioso, el ángel del consuelo la llevase a su destino. Una tía suya, negándose a que ninguna mano profana tocase a aquel adorado cuerpo, la amortajó, vistiéndola de blanco; después la colocó en el ataud, le puso una guirnalda de rosas, también blancas, y cubrió con el sudario su divino rostro. El entierro fué modesto, pero muy concurrido, y grupos de bellas jóvenes, de su edad, le acompañaron hasta el cementerio.

¡Descansa en paz, adorada mía! El sepulcro que guarda tu glorioso cuerpo está separado de mí por la inmensidad del Océano y no puedo llevarle flores, ni regarlo con mis lágrimas; pero tu tie-

nes un altar en el santuario de mis recuerdos, ante el cual deposito, constantemente, las ofrendas de mi corazón. El tiempo, que todo lo destruye y que habrá cambiado hasta el aspecto de las fértiles comarcas que fueron testigos de nuestro amor y nuestras penas, no han conseguido borrar tu imagen de mi pensamiento. En mis varios derroteros por el mundo, a través de los afectos que más me han seducido con el espejismo de la felicidad, en mis



Camelia en los días
de sus amores con
Belmonte Müller

largas excursiones al país de los ensueños, siempre te he visto cerca de mí, hermosa, joven, poética, como una blanca visión, despidiendo de tus pupilas aquella luz extraña que no sé si en el cielo la tendrán algunos astros, pero que en la tierra no la han tenido más ojos que los tuyos. La muerte interrumpió nuestro amor, y si es verdad que los lazos que aquí se rompen vuelven a reanudarse en otro mundo, y que en alguna parte continúan las almas sus diálogos interrumpidos, yo creo que Dios me conducirá al sitio donde te encuentres y podré llegar a tu lado, llevándote estas dos prendas de nuestros recuerdos terrenales: la primera rosa que me diste, después de tenerla sobre tu pecho, y el rizo que te cortaste de la frente, el cual está empapado todavía por el sudor de la fiebre que te consumió.

Cuatro poesías a Camelia

Las poesías que se publican a continuación tienen las fechas 1875 y 1876 (Camelia murió el 5 de febrero de este último año) y nos describen patéticamente las fases que sufrió aquella pasión y son cómo el poema que la canta:

De la titulada «Tu rizo», hemos encontrado dos versiones. Ambas se insertan porque son una prueba de la hermosa flexibilidad de nuestra lengua cuando es manejada por un gran poeta, y ambas contienen delicadas bellezas, siendo la primera que surgió de su numen, la más espontánea y más sencilla, y la segunda con las mismas imágenes y pensamientos, contiene ya una forma más depurada elegante y literaria.

«La batalla de la muerte», tiene fecha de Diciembre de 1875, y es una descripción de los pensamientos y las horas pasadas junto al lecho de la enferma en la visita que le hizo al pintoresco pueblecito de Mayagüez, un mes antes de su muerte.

Las que titula «No te he visto morir» y «Perdóname», están fechadas en 1876, y cantan el recuerdo doloroso, lamentándose en esta última, con remordimiento, de infidelidades y de no haber estado junto a su lecho para recoger el último suspiro. Todas ellas exhalan el hálito de lo sufrido y vivido, y hacen de una historia vulgar que se repite todos los días, una obra maestra de arte, porque el arte que lleva en sí como un soplo de lo divino y eterno, idealiza cuanto toca.

A TU RIZO

¡Con qué pena y placer, Camelia hermosa,
cogí el rizo cortado de tu pelo!
Después que lo miré no hice otra cosa
que volverlo a mirar y ver el cielo.

El me recuerda, vida de mi vida,
tu negra y ondulante cabellera
de tu frente de nácar desprendida,
formando una frondosa enredadera.

Y me figuro que tu voz me nombra
y oigo pasar el soplo de los vientos
en ese espeso bosque, a cuya sombra
siempre han ido a dormir mis pensamientos.

¡Oh pobre rizo que tu amor me entrega,
tal vez pasó otros días más felices
que estos de luto en que a mi mano llega
por la fiebre empapadas sus raíces!

¡Quien sabe si en tu frente con donaire
puesto ese rizo, que a mi soplo ondea,
fue una flor de la cual se lanzó al aire
la mariposa de una blanca idea.

¡Quién sabe cuántos sueños sin sentido
habrán tal vez en tu cabeza muerto,
y este rizo, estendiéndose, habrá sido
el sauce que sus tumbas ha cubierto!

Por eso, al recibirlo en este día,
como recuerdo de quien amo tanto,
no sé hacer otra cosa, vida mía,
que cubrirlo de besos y de llanto!

T U R I Z O

Con qué vivo placer y amargo duelo
hoy siento renovarse tus hechizos
al recibir cortado de tu pelo,
el mas negro y airoso de tus rizos.

Llega atado por ti con lazo verde,
y al cogerlo entre mudos embelesos,
hago que tus caricias me recuerde
cubriéndole de lágrimas y besos.

El evoca en mi mente conmovida
la mata de tu fértil cabellera,
por tu espalda de nácares tendida
cual follaje de obscura enredadera.

Y en él parece que tu voz me nombra,
y oigo del aura los suspiros lentos
cuando agita ese bosque a cuya sombra
siempre van a dormir mis pensamientos.

¡Oh, pobre rizo que tu amor me entregal
 Tan perfumado en épocas felices,
 hoy a mis manos sudoroso llega
 por la fiebre marchitas las raíces.

Quizá jugando con sutil donaire
 en tu alba frente que el pesar sombrea,
 sirvió de flor, para lanzarse al aire
 la mariposa de una blanca idea.

A caso de algún sueño sin sentido
 muerto al nacer en tu cabeza hermosa,
 ese rizo deshecho y esparcido
 fué el triste sauce que cubrió su fosa.

Por eso al recibirlo en este día
 como recuerdo de quien amo tanto,
 no sé hacer otra cosa, vida mia,
 que cubrirlo de besos y de llanto.

LA BATALLA DE LA MUERTE

Junto a tu lecho, amor mío,
 velando paso las horas
 al tiempo que por tu frente
 bajan las nocturnas sombras.
 Ya tu rostro amarillea
 igual que las secas hojas
 y ya en tus negras pupilas
 vaga una luz temblorosa
 cual los últimos reflejos
 que un cielo de otoño doran.

Tu corazón consumido
 apenas latir se nota
 y ¡ay! sostener no podrá
 como otras veces, ahora,
 el nido de mi amor, lleno
 de promesas seductoras,
 flores sin fruto que caen
 desde la rama en la fosa.

¡Oh muertel ¿por qué en sus ojos
 extingués tan bella aurora?

¿por qué a sus divinos labios
 tu dedo implacable toca,
 y cuajadas de rocío
 secas en ellos las rosas?
 Por qué apagas en su pecho
 suspiros, risas y notas
 y le dejas en el fondo
 la seca tos angustiada
 entrecortada por ayes
 y por dolientes congojas?

Pronto volarás, mi amada
 a otra región más hermosa
 y yo aquí, sin más compañía
 que mi pena melancólica
 repetirá noche y día
 tu nombre mi lira rota
 y como un pobre sonámbulo
 iré por la tierra toda
 llevando el triste cadáver
 de tu amor en mi memoria.

Ya apenas de tu suspiro
el débil soplo se nota
y yo, infeliz, que te adoro
con pasión ferviente y loca;
yo que para amarte pienso
que aun la eternidad es corta;
yo que hubiese con delicia
apurado gota a gota
el veneno de la muerte
bebiéndolo de tu boca;
yo, que si miro tus ojos
la luz del cielo me sobra;
yo no puedo retenerte
a mi lado ni una hora;
no puedo librar tu cuerpo
de la mano poderosa
que te conduce entre arcángeles
por la senda de la gloria,
mientras envuelto en tinieblas
mi frente en el suelo postra,

como en la tierra quedaron
tendidos hasta la aurora
los guardianes del Sepulcro
al romper Cristo la loza.
¡Oh muerte! ¡oh muerte! Esta lucha
el corazón me destroza:
destruyes mi único encanto
y la vida me perdonas
para que sufra sin término
una agonía espantosa:
ciñes mi frente de espinas;
hieres mis fibras mas hondas;
un cuerpo rígido y yerto
entre mis brazos colocas;
luego una fecha y un nombre
que el tiempo en seguida borra,
trazas sobre el blanco mármol
de una lápida mortuoria,
y en triunfo cruzando el cielo
te ríes de mis congojas.

NO TE HE VISTO MORIR

No, no me puedo consolar: te has muerto
y no te he visto abandonar el mundo.
Al menos la postrera despedida
se deben dar los que se quieren mucho
y citarse a la vez para la gloria
donde van a reunirse los espíritus.
Después del grande amor que me tuviste
solo Dios ese amor recoger pudo:
mas no llegé a entregárselo yo mismo,
ni a echarte de mis brazos en los suyos,
no te miré partir y todavía
te estoy llamando y sueño que te escucho.
Nunca podré olvidar la noche aquella
en que mi alma vistió de eterno luto.

Lejos de tí me hallaba: entre las sombras
gemir oía el céfiro nocturno:



al tenue resplandor de una bujía
 que mil fantasmas arrojaba al muro
 leía melancólico y doliente
 el poema *La Morte* de Victor Hugo.
 Mi frente débil apoyé en mis manos
 y a mi cerebro se agolpó confuso
 el cuadro de la vida; un poco de aire
 de aroma y luz bañando un árbol mustío,
 un beso que en el ser prende una llama
 cuyo intenso fulgor acaba en humo.

De pronto me sentí desvanecido:
 repúseme: oscilando entre difusos
 y tembladores círculos medrosos,
 ví apagarse la luz: un fuerte nudo
 sentí oprimirme el corazón y luego
 lloré y recé por tí, pensando súbito
 que acababan tus ojos de entornarse
 al quedar en mi estancia todo obscuro.
 Y así fué: se cerraron esa noche
 sin verlo yó, como al destino plugo.

Yo no he visto tu pálido semblante
 iluminarse en los momentos últimos
 en que la eternidad brilla en su aurora
 y la vida se apaga en su crepúsculo.
 Yo no he visto tu seno fatigarse
 al reprimir tu corazón su curso,
 apagar sus latidos lentamente,
 pararse luego y extinguirse el pulso
 Yo no he visto a los cielos levantarse
 tus ojos melancólicos y húmedos,
 aquellos negros ojos sepultando
 su mirada de luz en lo futuro.
 Yo no he visto la muerte de qué modo
 con su sombra cubrió tu rostro fúlgido
 sintiendo en él, cuando lo vió tan bello,
 apagar astros y cerrar capullos.

Yo no he visto vidriarse tu pupila,
 ni cerrarte los ojos mi amor pudo,



CAMELIA

Retrato al carbón debido al lápiz de Belmonte Müller

ni tus labios besé cuando pasaba
el alma a través de ellos sin murmullo.
Yo no te he visto con tu helada mano
decirme adiós y sucumbir al punto,
a la vez que arrojándome a tu lecho
contra mi corazón con loco impulso
tu cadáver caliente estrecharía
queriendo darle vida otro minuto.
Yo no he visto a los ángeles cantando
tu féretro cercar en bello grupo,
mientras velando tu perpétuo sueño
de rodillas, inmóvil, yerto y mudo,
rociaría en tu frente con mis lágrimas
las blancas rosas que el amor te puso.

Yo no he visto sacarte a los lacayos
de la muerte, sacrílegos y sucios,
ni envuelta en tu mortaja de albo lino
acostarte en el fondo del sepulcro,
y echarte tierra... pero nó, yo nunca
sufriera el ver tan criminal insulto:
recogiendo tu gélido cadáver
en mis brazos y trémulo y convulso
lo hubiera paseado eternamente,
siendo yo solo su viviente túmulo,
hasta que ya sin fuerza y sin aliento
cayese al peso de dolor tan rudo
y muerta aún besándote estaría
y mi cadáver abrazado al tuyo.



PERDONAME

Perdón si alguna vez, pálida amante,
te hirió mi lengua o te ofendió mi vista;
si alejándote el sol de la esperanza
cubrí tu frente de tinieblas frías;
perdón si alguna lágrima en silencio
te arrancaron mis ávidas caricias
y esa lágrima hermosa cayó en tierra
sin llegar a beberla en tus mejillas;
perdón si abrí mis ojos sin que fuese
para verte o mirarme en tus pupilas,
o admirar el capullo de tus labios
al convertirse en rosa purpurina;
perdón, si en mis ensueños, algún ángel
que no eras tú, me prometió delicias;
si ardió mi corazón sin envolverte
en nube perennal de incienso y mirra;
perdón si en el altar de mis amores
sacrifiqué a los idolos de un día;
si a tus piés el pasado y el presente
no aventarón sus últimas cenizas;
perdón por esta infamia con que usurpa
la existencia de dos, un egoísta;
perdón porque te has muerto, y yo, tu amante,
yo ¡vivo todavíal



Cartas de Lola R. de Tió

En el poético relato de la historia que antecede, se describe con viva emoción la casita de la poetisa portorriqueña que acogió a Belmonte Müller de paso para el pueblecito donde murió Camelia. Esa poetisa, Lola R. de Tió, que figura hoy en antologías de poetas americanos, fué en aquel entonces una de las más notables entre el numeroso grupo de escritores de las Antillas. Estuvo casada con el periodista también isleño Bonocio Tió, y fruto de aquella unión fué una hija a quien llamaron Patria.

Era la época en que se conspiraba contra la dominación española en la grande y pequeña Antilla, y el matrimonio Tió, con quien tuvo una entrañable amistad nuestro poeta, defendía con la pluma la independencia de esas islas, por cuya causa tuvieron que expatriarse a Caracas.

Primeramente desde Mayagüez a San Juan de Puerto Rico, después desde Caracas, y pasados los años, desde Cuba a Madrid y Córdoba, se cruzó una correspondencia entre la poetisa y Belmonte Müller, cartas de las que creo oportuno publicar algunas de las muchas que han llegado a mi poder y fragmentos de otras, porque como amiga íntima que fué de los amantes, ellas nos dan fe de aquellos episodios y nos muestran el estilo y el modo de pensar y de sentir de entonces, con ese encanto, ese realismo de cosa vivida y autobiográfica, de que tanto carece la literatura española en contraste con la francesa, tan rica en memorias íntimas, en relatos de testigos y cartas que son preciosos datos para reconstruir la psicología de las personalidades literarias o políticas, glorias nacionales.

¡Cómo han cambiado los gustos desde aquella fecha, el modo de sentir y las formas literarias! Esas bellas cartas de Lola Tió, las publicamos no solo por su valor literario, sino porque son como un eco de un mundo poético, aunque cercano a nosotros, ya extinguido, y en que el corazón derramaba su sentimiento en un molde diáfano y elegante y no predominaban como ahora en la poesía, formas inarmónicas e ideas confusas y puramente cerebrales.

Mayagüez 7 de Septiembre 1876

Estimado e inolvidable amigo Guillermo; tengo su grata del 12 de Agosto a la vista, para contestar a sus cariñosas frases, con muchísimo placer, pero antes debo decirle, el motivo de mi silencio, de estos días. He vuelto a sentirme mal. Le diré como le decía Goethe a Bettina al hablarle de su madre «*Siento una corriente de aire*» que conturba mi espíritu y abate mi corazón en este pueblo *del peso y la medida*. Hay aquí algo que enferma mi cuerpo y mi alma.

¡Dichoso Vd. amigo mío «*que vé en sueños mostrada la patria,*» a cuyo recuerdo late el corazón tan dulcemente! ¡Dichoso porque le sonríe la esperanza de agitar su espíritu y su pensamiento, donde no haya tantas cadenas como aquí, y donde pueda vivificarlo con la *savía* que nutre las inteligencias privilegiadas como la de Vd. ¡Pobre de mí! que pago a precio de lágrimas mi amor a las letras, en este círculo estrecho en que por desgracia encontrara mi cuna, y que a pesar de tantos dolores, aún le doy mi vida y lo que es más todavía mi alma!... Conserve para nosotros un recuerdo en sus horas de tristeza, (si es que se atreve esa tirana de las bellas almas) a sorprenderlo en la «villa del prado» y la «Fuente Castellana» Recuerde a estos pobres desterrados de la Casita blanca, pues tal vez pronto tendremos (a nuestro pesar) que abandonarla.

Tal vez el destino nos aleje de esta patria tan desgraciada cuanto bella. ¡Siempre el hombre juguete del destino! ¡Ojalá antes de hacer su viaje a la Península podamos estrecharnos las manos, y contarnos muchas, muchas cosas! Escribanos de donde quiera que se encuentre anclado! que nuestra cariñosa y sincera amistad no sea *débil arista* que se lleve en sus alas las brisas de la Patria

Adios amigo mío del alma, escribanos siempre que pueda, nunca nos presenta más bello su rostro la amistad, como cuando viene en alas del consuelo a atenuar nuestras amarguras de la vida.

Bonocio, Patria, Loli y yo somos entusiastas queredores de Vd.

Lola R. de Tió

*
*
*

Mayagüez 3-876 Octubre

¿Porqué permanece tan silencioso a pesar de mis cartas? Que le pasa al dulce y melancólico cantor? Porqué niega sus trinos al viento? ¿porqué no regala sus delicadas notas a la amistad?

Tengo deseos de saber de Vd. escríbame aunque sean cortas sus misivas, no por eso serán menos gratas.

A Miguel Pesquera hace mucho tiempo que no lo veo, está también retraído. ¡Hay falta de expansiones! ¿Será que en esta atmósfera, se esteriliza el pensamiento, y se extingue la *savía* del corazón? Nos moriremos por falta de nutrición, el espíritu desfallece por asfixia, se rinden los cuerpos, y las almas! horrible lucha!

Que esfuerzos se necesitan para poder vivir esclavizado. ¿Quién me diera la resignación de aquel célebre esclavo de la historia?

En fin quedo esperando sus queridas líneas. ¡No más paréntesis! no más momentos de respiro! La amistad no necesita tanto descanso.

Adios, siempre lo distingue mi cariño.

Lola R. de Tió

*
**

Mayagüez 6 de Noviembre 1876.

¿Existirá el triunfo, mas allá de este mundo de miserias, donde nada es eterno? Debe existir un lugar donde se calmen todas las ansias, ¡oh! no lo dudo, debe existir un manantial cuyas aguas, tranquilas y puras, calmen la sed de amor de verdad y de justicia. Si nó ¿qué objeto, tendría la lucha en la vida? ¿Cual la conciencia? ¿Para qué exponer nuestras sensibles almas, al esfuerzo, para vencer de la nada, o rendirse en el vacío?... ¡Siempre el misterio por toda respuesta! ¡Siempre la tristeza, y la soledad, para los que como nosotros, que tenemos almas de poetas protestamos, contra ciertas leyes estúpidas, hoy en el siglo de la luz! Supongo que en esa Capital estará haciendo un día tan lindo como aquí. En Mayagüez donde llueve tanto, (que no parece sino que el cielo, *tiene aquí* más miserias que llorar) un día como el de hoy se goza dos veces.

*
**

Noviembre 22 1876.

Tengo a la vista las lisongeras frases de Vd. y en verdad están coordinadas con tanto gusto artístico, con tan hermoso estilo, que si bien no son merecidas de la modesta cantora de la «villa



La poetisa portorriqueña Lola R. de Tió

de las lomas» no obstante seducen y encanta su ardiente imaginación de poetisa haciéndole entrever como en un ensueño, coronas entreteídas de lirios y rosas, por la dulce amistad, para engalanar y perfumar el altar de sus afectos, ya que le sean negadas las de laurel y siempre vivas, con que la gloria, premia al poeta de genio. Yo le aseguro, que no cambiaría las que cifa mi modesta frente siendo tegidas por la amistad, que no es sino una de las bellas manifestaciones del amor, por las que me ofreciera la mentida fama de los que componen el mundo...; ¡Nada es tan bello como el amor! no importa la manifestación en que se nos presente. La amistad ofrece encantos puros y suaves, la amistad es un elixir... delicioso, cuando se liba sinceramente; como liban las abejas el néctar de las flores, como el rocío, que al mismo tiempo que las toca las refresca, como la brisa, que las acaricia y las besa sin ajarlas, ¡A veces si se apura ese elixir puede embriagarnos y entonces la amistad se transforma, como larva misteriosa, y mas tarde puede escaparse, dejándonos la melancolía, que sucede a la inocente alegría. . Cuando recibo los efluvios que me envía su inspirada fantasía, siento un goce puro, intelectual, que me sumerge en un ensueño delicioso... La amistad es una hada capaz de todo. Suya affma. amiga,

Lola R. de Tió.

*
* *

Mayagüez 16 de Enero 1877

Sr. D. Guillermo Belmonte Müller

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de enviarle una poesía que he hecho últimamente al abandonar «la Casita Blanca» que Vd. muy bien conoce. Aquí ha sido recibida con entusiasmo, pues hasta Pesquera vino a felicitar-me. Nada vale; yo lo sé; pero es de esas poesías que encierran *la verdad* y por eso gustan generalmente. Recíbala pues con benevolencia. ¡Cuántas lágrimas contenidas en esas incorpóreas flores del pensamiento! ¡Cuántos suspiros! cuántas luchas!...antes de dejar este dulce y poético asilo de mis sueños y de mis esperanzas!

¿Pero hay algo que no cambie este mundo? ¿hay algo eterno?; ¡a qué apurarnos!

«¡A qué llorar! apuremos,
en silencio nuestras penas
ofreciendo solo al mundo,
nuestra muda indiferencia»

¿No es cierto amigo mio? ¿Recibió mi retrato y el de Tió?. Hoy le envía Patria el suyo, y le ha escrito, y no me ha dejado ver su carta pues dice. «Tu te ríes de mis inocentes ideas»

Antes de irme a Caracas quiero llevar algo de Vd. en mi album. Pesquera está escribiendo en él ahora; envíeme lo que escriba que yo lo copiaré por Vd.... Vd. tiene infinidad de flores en el pensamiento y el corazón, ¿que importan a Vd. algunas de esas silvestres que al acaso han nacido entre los lirios y las rosas mis flores favoritas?, démelas Vd.; no tema que yo las deje morir y al mismo tiempo *le limpio su jardín*, deme esas silvestres....

¡Siempre me toca el alma
Lo que es agreste!
¡Por eso es que te pido
Flores silvestres!
¡Ay! me entusiasman
Esas flores que nacen
En las montañas!

Envíeme un ramo de flores del Campo, y yo le prometo guardarlo sin que se marchite en mi peregrinación sobre la tierra.

¡Adios amigo mio! Si no lo vuelvo a ver (lo que siempre creeré una contrariedad) le aseguro que Vd. tiene en mi pensamiento y en mi corazón un lugar preferente como poeta y como amigo y no dude jamás de la sinceridad de los sentimientos de

Lola

Contéstame enseguida, hoy dejo mi casita.

DESPEDIDA

A LOLA R. DE TIÓ

Ya que te vas transida de tormentos
hacia otros climas, por mi mal, lejanos,
enlacemos aquí los pensamientos
no pudiendo enlazarse nuestras manos.

Ojalá, amiga, tu infortunio cese
y halle tu corazón, te es necesario,
un Cirineo que tu cruz sopesa
al subir a tu fúnebre calvario.

Deja aquí sepultados tus pesares
y vuela en busca de tu bien perdido,
como atraviesa el pájaro los mares
buscando sol y amor para su nido.

La mariposa por gozar se ofusca
tras la brillante flor que vive en calma:
esa flor de la dicha es la que busca
esa otra grande mariposa, el alma.

Mas ¿dónde está la dicha que se nombra
y no responde, ni a encontrar se llega?
¿Qué es la esperanza, al fin, más que una sombra
que con nosotros se divierte y juega?

Nuestra madre, la tierra, que amo tanto,
niega a sus hijos sus amantes besos;
¡tan sólo beber sabe nuestro llanto
y poner bajo flores nuestros huesos!

Triste yo, como tú, junto a un abismo
cruzo llevando, cual dolientes cargas,
el sepulcro y la cuna a un tiempo mismo
de amores breves y esperanzas largas.

No te sorprenda, pues, si a tu partida
con débil eco gemidor respondo:
¡las notas de mi lira estremecida
suben muy alto o salen de muy hondo!

Ya ni flores me quedan que ofrecerte:
de las que tuve en época dichosa,
unas secó el aliento de la muerte,
otras ajó la mano de una hermosa.

Al ver que mueren jóvenes y bellas,
otras siembro en el alma con anhelo;
mas ¡ay! no sé decir si alguna de ellas
abrirán en la tierra o en el cielo.

G. Belmonte Müller.

San Juan de Puerto Rico, 20 enero 1877.

Mayagüez, 7-877.

Pronto partimos (D. m.) para Caracas. No nos hace falta sino un *dichoso* permiso del General para pasar Bonocio a Ponce a embarcarnos a aquel punto, por ser más barato y directo el viaje a la Güaira, pero no parece y nuestro espíritu ya se postra de esperar tanto en este estado de *asfixia*.

¡Dichosos los pueblos que tienen conciencia de sus derechos y sus deberes! Pero ¡ahl! vivir así es morir.

Mucho ansío verlo antes de partir de las playas patrias. No importa, nada, yo me llevo en la memoria a todo lo que amo y quiero—mal que le pese al... des..

Irán conmigo los amigos, la Patria y... *mis ideas*: caudal único que estimo *elevados sentimientos puros*.

Le deseo a Vd lo que más dichoso lo haga y le doy las gracias por su bello trabajo literario.

Créame su admiradora, entusiasta amiga

Lola R. de Tió

*
**

San German 25 Enero 1877

Sr. D Guillermo Belmonte Müller

Mi querido y estimado amigo: ¡Qué grato fué mi despertar esta mañana! yo que estoy rodeada de melancolía, y decepciones, yo, que desde el día 20 que abandoné mi *nido* solo he tenido por compañeros el dolor y la tristeza, ¿cómo no recibir como un consuelo sus cariñosas y entristecidas líneas, cuando llegaron a mí en los momentos en que más falta nos hace la voz de un amigo, en los momentos de horfandad que trae consigo la proscripción y el abandono de todos los seres y objetos que forman el conjunto que llamamos patria? ¡Su carta fué un rocío del cielo que refrescó mi mente y mi corazón marchitas por el dolor! ¡que tristeza encierra el párrafo en que me ofrece el testamento



Bonocio Tió, escritor y periodista

poético por si no nos volvemos a ver sobre la tierra! ¡Ay Belmonte! ¿por qué dudar del porvenir? ¿Acaso sería tan difícil que dos embarcaciones, se encuentren en el océano por más que lleven distinto rumbo? ¡Quien sabe si podemos aun darnos un saludo antes de abandonar este desierto que se llama mundo! o ¿acaso nos encontremos en ese oasis, con que sueña nuestra imaginación, y al que llamamos cielo? Yo tengo un pesar grande de que se evaporasen mis esperanzas de ir a la Capital antes de abandonar esta patria que tanto adoro, despues que al través de la distancia nos hemos comunicado, despues de habernos conocido, siento que no hubiésemos podido estrechar mas nuestros lazos de cariñosa amistad con una nueva entrevista, ya que la primera fué en momentos amargos y tristes para ambos. Aquí estaré en San Germán con mi familia, hasta el 8 que me iré a Ponce desde donde debo darle mi adiós al país natal el 12 de Febrero, Dios mediante. Espero con ansia esa otra poesía que me ofrece que creo ha de gustarme tanto como me gusta la que tengo a la vista, pues no me canso de leerla. ¡Que bella y que sentida! Gracias mi dulce amigo—será un lirio que perfume las páginas de un pobre libro, rico hoy con la adquisición de tan bellísima poesía. Gracias, la he leído y releído, ella soy yo. Hoy he enviado copia a Bonocio a Ponce. Escúcheme siempre, yo aunque de lejos, lo quiero y estimo su talento artístico, y su magnifico corazón, abierto siempre al amor y al bien.

Patria le envía un beso y yo le envío un suspiro tristísimo que es todo cuanto puede ofrecer ¡ay! mi doliente corazón.

Siempre soy su buena y entusiasta amiga.

Lola R. de Tió

*
* *

Caracas 18-877 Diciembre

Querido amigo; hermano de sentimiento! ¡Cuanto placer! ¡Cuanta satisfacción! ¡Cuantos recuerdos me trae su dulcísima misiva! En este instante me la entregan! Son las cuatro de la tarde, yo no me encuentro en el momento muy buena, pero acto continuo le contesto cuatro palabras al amigo querido, para contentar, nada más a la *amable mensajera* que me trae nuevas tan gratas, como queridas, reservándome el derecho de contestar muy largo, en el otro vapor, pues hoy se lo merece el consecuente amigo, que

ni el tiempo ni la distancia, son para él un motivo para olvidar la humilde Cantora desterrada!

Aquí nos tiene buen amigo, muy estimados en esta culta sociedad, yo sobre todo, estoy muy mimada, y perdone la inmodestia, creo que el aire libre que desciende de la cumbre del Avila, el Olimpo de Caracas, como le llamo yo, me ha hecho crecer un poco como poetisa, ya le enviaré una *odita* que aquí me han celebrado mucho, por el piadoso objeto que la inspiró. La dediqué al pobre y virtuoso arzobispo que desterró el Rosas de Venezuela, el terrible Guzmán. Ese Sr. Arzobispo es muy querido aquí, por sus virtudes y muy popular, verdaderamente, su salida fué ignominiosa, y su entrada fué triunfal, ahora vive retirado sí, pero mucho más estimado. La verá y quiero que Vd. la haga publicar en Puerto Rico con un juicio de Vd. Ya lo sabe desde ahora. Le envío alguna poesía más. Ahora hablemos de Vd. Salto de la alegría al pensar que lo he de ver en Caracas ¡ay! ¡que abrazo le daré en nombre de mi sincera amistad! Aún no conocía su poesía, porque a nadie se le había ocurrido mandármela, la leeré y le daré mi opinión en el otro vapor. Sé que me gustará como todo lo de Vd. me encanta.

¡Ay! Belmonte, cómo me ha complacido su cartal tan inesperada como grata. Yo más de una vez he pensado escribirle y después he temido que Vd. mirase con indiferencia, el interés que yo tenía por saber de Vd. Créame siempre amiga muy entusiasta de Vd. y escríbame siempre y envíeme sus trabajos, yo le enviaré los míos y así estaremos unidos por dulce correspondencia. Le daré noticias exactas de este país que creo le ha de gustar a Vd. mucho. Adiós amigo del alma. Tío está ausente Patria en su colegio y yo actualmente con neuralgia facial, pero a pesar de eso he tenido un placer en ponerle estas desordenadas líneas, temerosa ya de que no alcancen el correo, pues como estaba atrasado quiere ganar el tiempo perdido. ¿Y qué es de Sanchez Pesquera? nada he sabido de él. Salúdelo por mí. En mis «cartas caraqueñas» puede Vd. enterarse de este país.

Yo lo dije en mi primera, que para dirigirme a todos mis amigos, las escribía, porque deseaba contentarlos a todos. ¡Cuánto deseo entrar en correspondencia con Vd.! Infórmeme de todo lo que le ocurra a Vd. ¿Qué hace? ¿Qué piensa?, etc. etc. Vd. sabe que yo tengo mucho cariño para Vd., noble y desinteresado.

Adiós suya affma.

Lola R. de Tío

A partir de 1878, esta correspondencia aparece interrumpida 15 años y se reanuda en 1893, cuando Belmonte y Müller hacía ya varios que residía en Madrid. En 1894, Lola R. de Tió publica en Cuba, lugar entonces de su residencia, una de sus obras, la titulada «Mi libro de Cuba», y en el número del semanario de la Habana «El figaro», de 29 de Marzo, Belmonte Müller le dedica un artículo, del que entresacamos los siguientes párrafos:

«Además, el libro de V. llega envuelto en el perfume penetrante y embriagador de la selva americana, ese perfume que encierra gérmenes de fecundidad, acelera el ritmo de la sangre y puebla la mente de virgíneas apariciones edénicas. V. no puede imaginarse con qué delicia se aspiran los efluvios de la poesía americana en esta Europa decrepita, y muy especialmente en este Madrid consumido por la éntisis y la gangrena, donde el sentimiento se gasta, el cerebro se atrofia y vivimos entre dos monstruos que se dividen el imperio de nuestra actividad; uno, el interés, que todo lo devora, y otro, el excepticismo, que todo lo hiela.

Bien hace V. que atesora caudales de ingenio y de fantasía, de gracia y de ternura, en dejar correr esas fuentes purísimas que nacen en las grutas misteriosas del alma, y llevarlas por el cauce de la poesía que fecunda todos los terrenos que atraviesa, dejando perlas escondidas entre los guijarros, o haciendo que broten flores en los arenales.

La patria, por la que siente V. nostalgias románticas y entusiasmos épicos, esa patria que además ha personificado V. en el encantador retoño de su existencia, bautizándole con su nombre para que la recuerde constantemente con el afecto más desinteresado y primitivo de su corazón; el amor conyugal, bañado por el sol de sus días alegres, o cubierto por las nubes amontonadas en las épocas del infortunio; los cuadros de la naturaleza donde se despliegan sorprendentes panoramas y se escuchan majestuosas sinfonías; y al mismo tiempo los recuerdos de la infancia, las expansiones de la amistad, los impulsos de la gratitud y los encantos de la belleza, son los asuntos que inspiran a Vd. y hacen vibrar las cuerdas de su lira, ese prodigioso instrumento que en sus manos reproduce las robustas entonaciones de Tula Avellaneda, o gime con la exquisita sensibilidad de Carolina Coronado.

Yo desearía hacer un análisis de sus composiciones para poner de relieve todos sus méritos; mas temo ajarlas, y que la mayor

parte de sus primores y filigranas se rompan al contacto de mi pluma. Las dejo, pues, revolotear, como mariposas, en torno de mi frente, y no quiero cogérlas, como el disector, para dividir su cuerpo y pulverizar el iris de sus alas.

En la soledad y el recogimiento de una fría noche de invierno, esa estación que tantas negruras amontona en nuestra cabeza y que V. únicamente la conocerá por haberla soñado, abrí su radiante libro y súbito iluminó y calentó mi estancia con los rayos de sol escapados de sus páginas. Y brillaron ante mis ojos con fulgor vivísimo las dos perlas más valiosas del collar desgranado de las Antillas, Cuba y Puerto Rico, a las que consagra V. sus dos primeras poesías, melancólicas y deslumbrantes, como el pájaro simbólico cuyas dos alas son aquellas islas, que, según la feliz imagen que emplea,

reciben flores o balas
sobre el mismo corazón.

Después que dejé vagar mi fantasía bajo las anchas hojas de los plátanos y de las palmeras, se reconcentró mi pensamiento y se puso de rodillas sobre dos tumbas; una, en la que más bien que sepultada en la tierra, está guardada como en cajita de aloe incorruptible, aquella pálida y soñadora flor, que Borinquen ostentaba con orgullo, y que embriagó mi juventud con su perfume, doblando a poco su tallo gentil sobre el regazo en que V. cariñosamente la sostenía: y otra, donde duerme el infortunado Zenea, que en sus versos escritos en la lóbreguez de la mazmorra, pedía a las almas compasivas que amparasen a su adorada huérfana, diciendo:

Si albergue hospitalario
encuentra en sus desgracias
yo saldré del sepulcro solitario
y al buen amigo le daré las gracias.

Hoy su hija Piedad, triunfante de la adversa suerte, pasea por la coronada villa su rubia belleza norteamericana, dotada de una voluntad férrea y de una inteligencia luminosa; y sobre la herida que abrió para siempre en su corazón la tragedia horrenda de la Cabaña, coloca las hojas de laurel caídas de la guirnalda de su padre, cubriéndose con ellas de gloria y anticipándose el goce de la inmortalidad que él conquistó dolorosamente para entrambos.

Abren el volumen de sus poesías, Cuba y Puerto Rico, dos vergeles espléndidos salpicados con las perlas del Oceano, y lo cierran una pléyade de juveniles beldades que como flores vivientes esmaltan aquellas frondosidades paradisiacas

He aquí el cuadro soberbio pintado por su deslumbradora fantasía: el vaso precioso que ha cincelado con el buril inimitable de los griegos; el armonioso Parthenon que ha levantado su Musa, según dice Valdivia en el elegante *Pórtico* que le ha construído.

No necesito decirle cuántas veces entraré en ese templo con artística y pagana adoración: ni el entusiasmo con que veré, entre las ofrendas de sus devotos y los coros clásicos de su *colonia griega*, elevarse el perfume de los pebeteros encendidos como los vapores azules de su inspiración consumida por el fuego sagrado ante el ara de la Poesía.

Sabe Vd. hace tiempo lo mucho que la admira y la parte que se reserva en sus combates y sus triunfos, su verdadero amigo,

G. Belmonte Müller.

Madrid, 1894.

*
* *

Septiembre 10-1893

La simpática figura del poeta y la imagen dulcísima del amigo inolvidable, siempre han vivido en la memoria y en el corazón de de esta su lejana amiga ¡Mi hija, que dicho sea en grata intimidad, —a través de dos infinitos azules, el cielo y el mar, es hoy una señorita adorable, lo recuerda a Vd. con encanto y más de una vez hemos hablado de la época feliz para todos en que lo conocimos.

Mi hija es en extremo soñadora y guarda su autógrafo y la carta que Vd. le escribió perfumada con las flores de aquella deliciosa edad, de sueños y de esperanza!

¡Pobre Camelia! ¡Es una de las inmortales que yo no olvidol Ella sentía por mi tal simpatía que llegaba a crerme cautivadora de almas!

Un día, ya estaba muy grave, y yo la cuidaba con tanto esmero que llegué a inspirarle fraternal confianza, me llamó al borde de su camita blanca, en mi propia alcoba que yo le había cedido y me dice con un timbre de voz angelical: «Lola, nunca he senti-

do celos de mujer alguna en mis amores, pero perdóname esta confianza de cariño verdadero. de tí, que te quiero tanto, y te creo tan pura y tan buena, tengo celos. Prométeme mirar con cierta indiferencia al que es dueño de mi vida. Sin tu pensar en ello, puedes inspirarle la misma ternura, la misma simpatía que me has inspirado a mí y a todo el que a tí se acerca»... me besó con aquellos labios abrasados por la fiebre, me estrechó las manos y recostó su adorable cabeza de virgen del Carmen sobre mi falda, y me miró con unos ojos tan lánguidamente bellos que jamás he podido olvidar la expresión de su brillante mirada. Yo le dije: Camelia, ¿es posible que tú que eres una criatura ideal, interesante por tu belleza y por tu inteligencia puedas temer algo de mí, que tan embargada estoy por dos tan grandes amores el de mi marido y el de mi hijita de mi corazón a la que le he de consagrar toda la fuerza del mío? Ella entonces sonrió satisfecha, me besó las manos y me dijo: «Que buena eres Lola, Dios te bendiga» Nos hicimos íntimas desde ese día y me dejaba adivinar como lo amaba a Vd. ¡Pobre Camelia! no debió morir! Después de su muerte hubo alternativas en la amistad de la familia... Ultimamente, Pepiña por poco muere en mis brazos. Me quería tener siempre a su lado, me llamaba a cada instante.

Alejandrina, murió de marasmo, esa anemia del espíritu que ahoga todo sentimiento! Pepe... fué olvidado en su propio hogar antes de tiempo... ¡Pobre, cuán desgraciada familia!, pagaron todos, la falta de sentido moral con que fueron educados. Yo a pesar de conocer sus defectos morales sentía por ellos la simpatía que inspira siempre el talento. Paz a su memoria.

¿A qué decir a Vd. lo grátisima que me ha parecido su carta? Vd. que es poeta de veras y siente con la delicadeza de los elegidos debe adivinar lo que ha pasado en estos tres corazones tan íntimamente ligados Bonocio, Patria y Lola!

En el mío he sentido los aletazos de la bandada de recuerdos que despertando todos a la vez y entonando cada cual su vieja canción formaron la ideal armonía de sonidos que se pierden en ese infinito de resplandores lejanos que se llama reminiscencias, en donde andan las tórtolas de los blancos ensueños.

Gracias, mi noble amigo por esas notas ideales que me han traído las olas sobre sus diademas de albas espumas.

Gracias muy del alma por haber evocado un nombre en la dul-

ce intimidad de los puros afectos que dan vida a su hogar hoy luctuosamente encrespado en señal de duelo que dejó al partir el inolvidable desaparecido! Yo me acerco a Vd. con más cariño si cabe para sentir la ausencia eterna de su noble padre!

¡Quién pudiera llegar a ese Madrid como las golondrinas con el solo poder de sus alas! ¡Cómo me gustaría conversar con Vd. de todo lo pasado, referir siquiera con la palabra aquellas escenas encantadoras a las que le daba color y poesía nuestra propia juventud tan llena de esperanzas y de promesas!

También desearía tener aquellos versos que Vd. escribió para el infortunado Zenea. ¡Es un inmortal que yo amo! Pronto le mandaré un tomo de versos que publico ahora con el título «Mi libro de Cuba». No es todo de poesías escogidas, es un libro *que quiero vender*. Bonocio es su dueño. Más tarde si, haré una edición de lujo haciendo una selección y tengo la idea de publicar un librito de Cantares exclusivamente.

¿Quiere Vd. tener a grandes rasgos noticias de mi vida?. Pues allá va un alma en un vuelo a decirle al oído: he tenido que luchar con alternativas de la suerte, he sufrido muchas contrariedades, por que sufrirlas Bonocio es sufrirlas Lola, he gozado mucho con los tiempos universitarios de mi hija, al verla querida y estimada por todos sus catedráticos; en mi hogar soy dichosa porque amo. En el mundo he tenido que sufrir las mordeduras de la envidia, víbora, envenenada que babea a todo lo que sobresale del nivel vulgar, he sembrado mucho bien y ha nacido a mi pesar la ingratitud estéril, que en ninguna estación florece; que no da fruto en sus campos yermos...He tenido grandes desengaños pero dulcísimas satisfacciones que me han hecho amable la vida. Por fortuna, he sabido inspirar grandes y nobles cariños y eso solo equivale a la más hermosa compensación de todo lo que llevo sufrido en el paréntesis de vida que Vd. acaba de cerrar con su delicada y cariñosa carta, que como una sonrisa del cielo, ha iluminado mi hogar llenándolo de alegría inefable. Vivimos dos años y medio en Venezuela, país de las razas y de las azucenas del Avilá! Allí hice algunas amistades deliciosas. Los Calcaños poetas y oradores de gran talento pero entre todas esas amistades la más querida fué la del malogrado Juan S. de Armas poeta de gran inspiración y de una corrección desesperante. ¡Qué manera de hacer versos la de mi amigo inolvidable. ¿Conoce Vd. sus poesías, «La estatua griega», «La copa de champaña», «La taza de

café», «La lira griega», dedicada a mí y su gran oda al porvenir de América? ¡Ah! ese ilustre desaparecido perdura en mi espíritu y no hay un solo día en que no encienda en su honor la lámpara ideal de impecable blancura, que se llama el recuerdo. Cuando llegué a la Habana fué para mí un regocijo encontrarlo. Yo lo había conocido en medio de las nostalgias del destierro, él estaba como nosotros refugiado en aquella generosa tierra que dió vida a una constelación de héroes y poetas y suspiraba como nosotros por el calor del hogar nativo. Eso tal vez hizo que nuestra amistad tuviera cierto tinte de poesía, pero tiranías del destino. A los diecisiete días de estar yo en la Habana gozando de su trato, salió el noble amigo para Madrid, lleno de vida y de ilusiones con tres manuscritos que allí iba a imprimir y la gripe le arrebató al cariño el más generoso de los amigos.

Aquí estamos hace cuatro años... Sólo he ido una vez a Puerto Rico, ¡ay! a recoger la última mirada de mi madre, el último suspiro de aquel corazón en donde solo anidaban el amor y la bondad!.. ¡Pobre madre mía! Cierra tu esta carta y consagra con las lágrimas que corren al evocar tu recuerdo, esta dulce amistad cuya resurrección es un regocijo para mi espíritu. Reanudemos nuestros pensamientos y volvamos a recorrer la encantadora senda que nos trazó un día el cariño.—

Suya affma,

Lola.

Salvador Rueda nació en Málaga en 1857, murió en 1933. Fué el poeta más admirado y leído en América por aquellas generaciones del 98. Sus «Cantos de la Vendimia» «Bajo la parra», «Piedras preciosas» y otras obras de su fecunda inspiración, son orgullo de la lírica española.



Salvador Rueda (Oleo de Sentenach)

Septiembre 1893

Yo no me atrevo a pedirle a Rueda unos versos dedicados a mí, pero sueño con esa dicha. Yo tengo pasión por sus versos ¡Tienen tanto color! ¡tanta luz! ¡tanto perfume!... Además me gusta su poesía porque es verdaderamente nacional. Sus versos huelen a tomillo y mejorana como los de Góngora y Balbuena. Salúdelo en nombre de esta su hermana de América. Los lazos del espíritu son tan poderosos que estrechan los corazones a través de los mares. Ah! los poetas! ¡Qué magia, que encanto poseen! Con sólo mover sus invisibles alas salvando toda distancia y el eco de sus inefables notas penetran en lo más azul del alma que los comprende! Tienen el privilegio de hacer sentir un cariño que no ofende, que puede expresarse sin miedo de ser interpretado. ¡Es una atmósfera diáfana tan pura la que se respira en ese mundo ideal de los ensueños!

Ni Vd. ni Rueda me tengan mala voluntad cuando encuentren algo que les *huela a insurrecta*. Vd. sabe mejor que nadie que no hay un solo poeta de *verdad* que no ame *como ideal* la libertad y el amor por más que ambos sentimientos humanales, que son, defrauden a veces la soñada ilusión del poeta.

Yo tengo amigos peninsulares por los que estoy dispuesta a hacer cualquier sacrificio y es porque ese *amor sin alas* que se llama la amistad, está por encima de todas las miserias mundanales—de todas las estrecheces—ella de origen sideral es luz, es verdad, es poesía. La amistad tiene una patria sin fronteras... el cielo. Yo amo principios... definiendo ideales... pero no odio hombres. La prueba de ello es que amo a España y a su hermosa literatura que no tiene que envidiar a ninguna.

Le saluda,

Lola Tió.

*
**

Diciembre 12-1893.

Los domingos recibo por la noche a la gente *du grand ton* y por el día a los literatos íntimos, por que desde la *una* hasta las *ocho* de la noche nos consagramos a la lectura de Gautier el gran *Flico* de quien es Valdivia intérprete admirable porque está saturado de su admirable manera. Esas horas del domingo son deliciosas.

En estos tres meses últimos del año, hémosle dado el nombre

a este adorable cuartito escritorio que es donde nos reunimos los fieles, de *Capillita Gauteriana* y yo le respondo que Vd. si estuviera aquí sería de los *devotos asiduos* y rendiría culto a nuestras lecturas... desde luego aunque esté lejos es Vd. comprendido en el número de mi «*Colonia griega*».

Yo tengo un no sé qué especial para hacer que amen mis amigos todo lo que yo amo, así es que su nombre ya es simpático entre los fieles de *La Capillita Gauteriana*.

Suya, Lola.

Vuelve a sufrir esta correspondencia otro eclipse y se reanuda en 1912, esta vez a los 18 años, con dos cartas rebosantes como todas ellas de poesía y seguramente quizá por muerte de la poetisa, las últimas que se cruzaron entre Córdoba y la Habana.

El tiempo que todo lo aventa, hace duradero un sentimiento o una lágrima si bellamente se ha logrado condensar en los versos de unas estrofas. De los personajes de aquella romántica historia, Camelia, Belmonte Müller, Pepiña, Bonocio, Lola, y de los que ésta última con tanto cariño menciona en su carta, Balaguer, poeta y ministro, Salvador Rueda, el gran cantor malagueño, el cubano Pichardo, Pesquera, el poeta magistrado en las provincias de ultramar y después en varias audiencias de la Península, solo es posible que sobreviva Patria y sus hijos, y si pasando los mares van a parar a sus manos este libro, cuya lectura le harán revivir recuerdos de adolescencia y de seres amados, reciban con él, a más de mi saludo, mi petición de perdón por haber exhumado cenizas espirituales sepultadas ya en el olvido, ¡pero tan bellas! que merecen figurar hoy en el mundo literario, para hacer sentir y soñar, como ellos sintieron y soñaron a las generaciones actuales.

*
*
*

La Habana, Marzo 28 1912.

Acabo de leer sus dos interesantes libros. Ayer los recibí, dos días después de haber recibido su carta que es símbolo de dos hermosos sentimientos, la amistad y el recuerdo. No se ría de mi sencilla ingenuidad. Se arrasaron de lágrimas mis ojos, que brillaron en otro tiempo como luceros de la alegría, por que nada es tan alegre como el amor, cuando es sano, y la juventud cuando es soñadora y llena de esperanzas generosas. Su carta despertó un enjambre de pájaros dormidos en mi huerto de rosales, en donde sólo se siente el rumor de la cristalina onda que se pierde en el bosquecillo «de no me olvides», mientras aletean las mariposas azules del recuerdo. Patria, ese poema viviente que es gloria y

amor de su hogar, *y del mio*, que perdura (porque para mi la muerte no existe) se sentó frente a mi a *saborear* sus cariñosas líneas y yo le explicaba como era Vd., su manera de sentir; y le refería muchas cosas, que después ha leído con gran interés, reconociendo en alguna de las páginas de su bello libro de Vd. el hogarcito mio de Mayagüez que con tan hermosos rasgos ha pintado Vd. y con tanto cariño lo ha recordado. Leí primeramente sus versos, todos encantadores, escritos en esa tierra maravillosa de las «Islas» y después leí con el mismo deleite «Entre Nochebuena y el Carnaval» ¡Como he sentido de nuevo las impresiones, y he visto escenas, personas, sucesos... que se desarrollaron en aquella *islita azul* de mis ensueños, en donde Vd. me conoció radiante de *dicha* y de amor, junto al compañero incomparable, inolvidable y amado hoy más que nunca que

«estás tan lejos, tan lejos,
que en el horizonte azul
te busco entre las estrellas
sin saber cuál eres tú;
pero tengo el gran consuelo
de hacer vibrar mi laud,
y sueño al oír su acento
que estás a mi lado aún.

¡Qué magia divina la del espíritu! Ni tiempo, ni distancia, ni vejez, ni muerte. El espíritu, hecho amor, luz, poesía, abre sus alas invisibles y flota sobre todas las cosas embelleciéndolas; y levantándolas del cieno de la vida, las pone a salvo de la vulgaridad, reservándoles el goce de sus placideces siderales a los elegidos del dolor y de la gloria!

Su libro de Vd. relata hechos que son ciertos, pero créame, Vd. sabe que todos esos errores y esos vicios tienen por causa la educación malhadada de una raza, que se empeña en atrofiar el entendimiento y la voluntad, no formando la conciencia de la mujer racional, que debe tener su base en la Verdad y la justicia. Perdóneme que en la dulce intimidad de nuestro antiguo afecto, le hable de mí, de mi hija y de mi hogar.

Yo, me formé leyendo mucho, amando mucho y sufriendo todas las injusticias de una época semi salvaje; ¿es otra cosa acaso el despotismo de la servil ignorancia?

Mi amor, al hombre que fué el principal encanto de mi vida

me salvó de muchos peligros; ¿y por qué no decirlo? me hizo huir de todo lo que podía empañar «el reino de los cielos que llevaba dentro de mí misma». Supe buscar ese hilito de oro tan difícil de hallar cuando no se tiene conciencia que es la luz, ese hilito de oro del ensueño nos lleva dulcemente, a veces, y otras con dolor, a la región suprema del amor de Dios, que es ni más ni menos que el cumplimiento del deber! Eduqué mi hija, como supuse que debía ser la mujer moderna; abriéndole su alma a la luz, su corazón al amor sin mancha y despertándole su conciencia al deber, haciéndole amar la verdad sobre todas las cosas. Mi hogar fué un huerto lleno de fragancias en donde cultivé todos los sentimientos delicados, que fueron como flores de pureza, y todos los ideales generosos, que ensancharon mi espíritu hasta hacerme comprender, que por fortuna solo hay un Cielo para los pueblos de la tierra. Yo formé a mi hija, la preparé para la lucha y hoy me gozo en mi obra. No me llamo *viuda*, por que hay corazones que hacen perdurable lo que aman: antes de que la hubiese leído en Renán lo había dicho yo, a mi Bonocio: «lo que amo en tí, es mi propio amor, *te amo ahora* tal como te soñé entonces, quiero y tiene que ser así; hacer perdurable en tí, mi ideal». ¡Ah! si todas las mujeres se dieran cuenta exacta de lo que es la vida sin ideales!

Yo hice de Bonocio un ídolo, y me miraba en su alma, como una paloma en el manantial cristalino que apaga su sed. Siempre con las alas abiertas hacia su corazón. He hablado mucho de mí, perdóneme! Nada más expansivo que Dios. La hermosa naturaleza está llena de su amor. Ella es el libro donde yo leo. El firmamento azul, es la *dornus aurea* donde voy a orar.

«Templo de claridad y hermosura el alma, que a tu alteza nació, que desventura, la tiene en esta cárcel, baja, oscura».

Vd. ha revivido en mi memoria un mundo de ensueños dormidos en la sombra. El poeta es luz. Recuerdos de Patria, y de su marido, un saludo; de su antigua amiga Lola, toda su admiración y todo su cariño.

Lola R. de Tió

*
*
*

Sr. Guillermo Belmonte Müller.

La Habana; Noviembre 9-1912.

Mi amigo de mejores días, dorados por ese sol inolvidable de la primavera que nos deja en el fondo azul del alma un reguero

de luz y el cristalino rocío condensado en lágrimas. Allá van mis líneas, a despertar su bandada de ensueños, como si fueran aletazos de golondrinas, que le recuerdan el alero que tuvieron en estas tierras lejanas, en donde aún no se ha perdido el eco que nos repite el nombre del dulce soñador, que nos deleitó con sus cantos.

Aquí estamos, como se está en todas partes, en un periodo decadente. La política parece absoverlo todo, por más que algunos esperan nuevos rumbos, evoluciones, que realicen grandes anhelos—por fortuna el ideal es indestructible—, si abate un momento las poderosas alas, es para levantarlas con mayores bríos, ansioso de luz, de verdad y de amor; no pierde de vista el infinito siempre azul y luminoso!

¡Qué de cosas bellas sueña el espíritu! Ata, desata, une, desune, va y vuelve, se enamora de un nombre, simpatiza con una idea, por lejana que sea, comparte un sentimiento por extraño que parezca, quiere ir a lugares desconocidos, que acaso recuerda... quien sabe porqué causas; estrecha afectos sin darse cuenta del porqué; busca, inquiere, aunque no logre realizar el encuentro por el momento, y es que el espíritu, no entiende de esclavitudes, ni de obstáculos; ni de razas; sino que sueña *una verdad* única, una génesis de luz y de amor infinitas, y no tiene la menor duda que alcanzará el triunfo, porque percibe—en su oído interno—las lejanas armonías de esas esferas sin término; las fragancias de eternas flores que no mueren.

Mañana, son los Dolores de María, tendré mucha gente, muchos amigos y artistas que todos los años me colman de atenciones delicadas —Aquí en cuba me quieren mucho, con los cubanos he compartido alegrías íntimas y penas intensas—Les ayudé a defender sus ideales de libertad y de independencia noblemente. Aquí tengo enterrado a Bonocio, es decir, su cuerpo embalsamado, su alma está en los cielos, su recuerdo —que es amor—perdura en mi corazón en donde le rindo culto, adoración.

Soy feliz, por que la memoria como dice Littón, «es elocuente cuando sirve de alimento a la esperanza». Y yo sé que he de encontrarlo, en alguna parte.

Ahora estoy preparando un libro. Vd. lo tendrá. Yo recuerdo aquellos versos de Vd. en un album, que conservo en la memoria, por que algún ser mal intencionado seguramente me los arrancó del libro al hacerle una linda encuadernación nueva.

«Enlacemos aquí los pensamientos no pudiendo enlazarse nuestras manos». ¿Los conserva Vd.?

Suya afectísima amiga, *Lola*.

A Patria, la hija de la poetisa Lola R. de Tió, de que tanto le hablaba en sus cartas a Belmonte Müller, le dedicó en 1893, con motivo de haberse doctorado en Derecho, la poesía aquí inserta.



Patria Tió

A PATRIA TIÓ

Nunca, Patria encandora,
recibí placer tan grato
ni emoción tan seductora
como al mirar tu retrato
con el traje de doctora.

¿Eres tú la niña aquella
que ví en Mayagüez un día
en la casa alegre y bella
donde Lola fué la estrella
del amor y la poesía?

¿Eres la niña ideal
que ví jugando dichosa
en el seno maternal.
como blanca mariposa
sobre un lirio tropical?

Yo mil triunfos te deseo
en las forenses contiendas,
y hoy que a mi lado te veo,
me dan ganas de ser reo
para que tú me defiendas.

Sí; pues hoy vuelas discreta
del Código entre las hojas
y á la mariposa inquieta
sólo cambió la muceta
las alas blancas en rojas.

Al ver tu dulce semblante
me entusiasmo y me deleito,
envidiando al litigante
ya temerario o ya amante
que te encomiende su pleito.

Y amo al criminal esquivo
a quien harás, si te invoca,
salir de un sepulcro vivo,
quedando luego cautivo
en la cárcel de tu boca.



Miguel Sánchez Pesquera

Miguel Sánchez Pesquera, nació en Cumaná (Venezuela) en 1851. murió en Barcelona en 1920, donde desempeñaba en la Audiencia el cargo de Presidente de Sala.

A más de elegantes poesías y sonetos, tiene publicados cinco tomos de traducciones con el título «Antología de Líricos ingleses y angloamericanos», Madrid, Hernando, 1919.

Fué amigo fraternal de Belmonte Müller, quien a su muerte le dedicó el sentido soneto que publicamos.

AL EGREGIO POETA MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

¡Ya en paz descansas, compañero, hermano!
En la piadosa tumba tristemente
la Musa fiel inclinase; yo, ausente,
con lágrimas te doy mi adiós lejano.

Conmigo ambicionó tu ardor temprano
poblar de ensueños líricos la frente,
y siempre, hasta morir, tu alma doliente
halló consuelo en tu laúd cristiano.

¡Cómo mi corazón dejás transido!
Mas tú, que antes que yo, solo has partido,
de la vil cárcel que la vida encierra,

hazme un sitio en las célicas mansiones
donde ensayemos juntos las canciones
que entonar no supimos en la tierra.

Espuma y Cieno

Guillermo Belmonte Müller fué poeta de honda inspiración, de una gran fecundidad y de una forma cultísima y elegante; editó muy poco en su larga vida literaria; pero preparadas para que los diese a la imprenta, quien tuviera interés en ello, dejó varios volúmenes que permanecen inéditos.

Con el título de «Espuma y Cieno», coleccionó las poesías de su juventud en número de ciento catorce, de ellas, escasamente una docena publicadas en periódicos y revistas, y muchas de una extensión considerable. Las incluidas y anejas al romántico episodio de Camelia, aquí publicadas, pertenecen a este tomo.

Para esta colección escribió unas cuartillas con el epígrafe «Ideas para el prólogo». Su contenido es un curioso desahogo contra el eterno femenino que por aquel entonces, unas veces por hados adversos y otras por deslealtades, amargaron su vida. El poeta alemán Enrique Haine, nos dá también esta nota en muchas de sus poesías: «Me han envenenado el alma—me han descolorido el rostro—las unas con sus cariños—con sus rencores los otros.

La ironía mordaz, el sarcasmo, predominan en este prólogo, aumentado por un temperamento andaluz de pasiones fuertes, que no lima como el norteño sus primarios impulsos. Nunca interesa más el hombre que cuando se nos dá como es, con la humana mezcla de sus aciertos, de sus errores, de sus vicios y de sus virtudes. El santo, cien por cien, el criminal, cien por cien, no se encuentran nunca entre los seres humanos,

De esta colección de poesías, en su mayoría firmadas en Puerto Rico, hemos procurado entresacar, no las de más valor literario, sino las inspiradas por su variedad de ideas y sentimientos, a fin de que el lector se de cuenta de las distintas facetas de su inspiración. Ahora, como dice el poeta, «los que viven llenos de ilusiones, que floten en los copos de espuma y los que viajan por el país del desengaño, que se sumerjan en las charcas de cieno».

ESPUMA Y CIENO

(IDEAS PARA EL PRÓLOGO)

Las poesías que componen este volumen están inspiradas en las dos fuentes primordiales del sentimiento humano: el amor del alma y el amor de los sentidos: y en ellas tienen donde escoger a su gusto, los amantes del ideal y los desposados con la realidad. Las primeras, solo expresan aspiraciones y ensueños vagos de esos que no satisfacen ni han satisfecho nunca a quienes

los concibieron, exceptuándose tres o cuatro espíritus puros, cuya envoltura carnal no les despertó al parecer, apetito erótico, al menos en sus raptos de inspiración, y que a través de las edades se levantan como sublimes obeliscos cubiertos de geroglíficos indescifrables: se llaman Plutón, Petrarca, Miguel Ángel. Las segundas revelan las ansias del corazón que aspira a poseer el objeto amado, las fiebres de la pasión correspondida, la saciedad y los sinsabores que siguen al placer satisfecho y el cortejo de males, de angustias y de perfidias que acompañan al amor por todas partes.

Ahí van revueltas y confundidas esas frágiles hojas de papel, que son pedazos de mi existencia. Los sentimientos que encierran aparecen con el mismo desorden con que los presenta la realidad, y no he querido someterlos a ninguna clasificación. Al lado de un suspiro de felicidad se escucha un grito de dolor; junto a una blasfemia, resuena una plegaria, se funde las risas con las lágrimas, la piedad alterna con el odio, y tras la pura silueta de una joven angelical que pasa, como Ofelia, derramando flores, aparece la figura sensual y provocativa de una nueva Circe, que prepara filtros y venenos en sus jardines encantados.

El idealismo amoroso sólo se concibe en los primeros años de la juventud exaltada, en los últimos de la vejez, impotente y en esas situaciones anormales de la vida en que no tenemos otra válvula de expansión. Es una luz que no calienta: la larva incolora que debe convertirse en mariposa deslumbrante; la nebulosa que aspira a cristalizarse para formar el astro. Una mujer a quien se adore espiritualmente, podrá ofrecernos la melancolía de la luna, pero no la alegre embriaguez del sol; podrá ser el prólogo, pero no el libro que deseamos leer; será una sinfonía, pero no una ópera; será el pórtico de un templo, pero no el ara consagrada donde ofrecíamos sacrificios a las divinidades del placer. —El amor ideal tuvo su siglo de oro en los tiempos caballerescos. Mientras los señores de horca y cuchillo se dedicaban al pillaje y a la matanza y ejercían el derecho de prelibación en el lecho nupcial de las recién casadas a más de regocijarse con los tributos de vírgenes que cobraban en sus dominios; las nobles castellanas, presidiendo las cortes de amor, siendo reinas de los torneos y los juegos florales, se dejaban galantear discretamente por los apuestos paladines que las hacían señoras de sus pensamientos y les tomaban sus divisas colocándolas en las empresas de sus escudos; y

se contentaban, si no eran insensibles a los suspiros de algún rubio pajecillo, con recibir un beso en la punta de los dedos, al recobrar el guante o la banda de seda que con peligro de su vida, recogió en la palestra el enamorado caballero, o bien escuchando las canciones del trovador, que con el arpa a cuestas penetraba en la sala de los festines o acudía a entonar una serenata al pié de las góticas ventanas del castillo roqueño.

El amor real es el que funde las energías de la naturaleza y realiza la atracción de los sexos. El ha sido en todas épocas el gran resorte de la vida. Desde los tiempos de Troya, por él se han librado las mayores batallas. No hay crimen, catástrofe, revolución, infamia, cobardía, estupidez, heroísmo y locura que no se haya cometido bajo el impulso de una pasión amorosa. Venus fué el alma del mundo y lo sigue siendo.

Entre las páginas de las leyendas bíblicas se destacan los nombres de dos mujeres que han transformado en sus manos el destino del hombre, instruyendo a su descendencia femenina, para que no lo varíen mientras el mundo exista: son Eva y Dalila; la primera seduce a su compañero para que se pierda miserablemente: la segunda priva de su fuerza a su amante, para convertirlo en esclavo, entregándolo inerme a sus enemigos.

El hombre sabe lo que le espera cerca de la mujer, y sin embargo, la busca. No se cree feliz, aunque le rodeen toda clase de satisfacciones, si no tiene unos labios donde depositar un beso. Por seguir sus pasos, el hombre ha dejado en su camino largos regueros de lágrimas y sangre. La vé pendiente como una manzana de oro en el árbol de la vida, y se precipita a cogerla, sabiendo que es un fruto corrompido y venenoso.

Hay que amar a la mujer, y al mismo tiempo maldecirla y despreciarla. Ella nos dá el único placer por el cual tiene algún valor la vida. No hay que pedirle la felicidad completa, que no es de este mundo; vivimos en un valle de lágrimas y tenemos que recogerlas hasta en los ojos en que nos miramos. Pero hay que publicar sus infamias y mostrar sus llagas ocultas. Hace veinte siglos que Jesús santificó la unión del hombre y de la mujer para que gozasen de mayor ventura; pero esta dicha todavía no ha germinado, a pesar de la bendición divina. El desenfreno y el vicio se apoderan del corazón, al verse defraudado en su esperanza, y se come el fruto podrido.

La lira de los poetas, no ha hecho más que adular a la mujer.

La ha colocado en un trono para que sea intangible e irresponsable. Desde esa altura ha empleado la vara mágica de sus seducciones para procurar al hombre toda clase de suplicios: y escudada en su poder, ha sentenciado a muerte a muchos inocentes y elegido favoritos a no pocos criminales. Las gradas de su trono suelen ser tan fúnebres, como los peldaños de un patíbulo, y el camino que va hasta ellas, es un Via-Crucis de corazones aspeados. Las maldiciones satánicas de algunos poetas rebeldes a su yugo, como Byrón, Vigny, Heine y Musset, han sido piedra de escándalo, aunque eran los gritos de dolor de sus almas desgarradas. A muchos ha paralizado la lengua y la pluma el temor de ser cubiertos de ignominia. Yo no necesito decir en cuales de estas poesías palpita mi ser con mayor intensidad. Los que viven llenos de ilusiones que floten en los copos de espuma que les ofresco. Los que viajan por el país del desencanto que se sumerjan en las charcas de cieno que pongo a su vista; allí están las sirenas o más bien los reptiles del amor, que nos atraen. Pobre condición la del hombre que tiene que entregarles la vida, si quiere disfrutar algunas horas, si quiere depositar en la tumba el fardo de sus años diciendo: ¡He contado algunos instantes de ventura!

Puerto Rico 1878.

TU COLA

(A. P. S.)

Flotante, airosa, flexible y leve,
 como un encaje de espuma y nieve,
 así es tu cola
 de blanco tul,
 que cuando pasas se riza sola,
 como la ola
 de un mar azul.

Si yo pudiese volverme nave
 y me envolviera su pliegue suave,
 yo bogaría
 llevado así,
 de tus encantos por la bahía
 y no saldría
 de allí, de allí.

1881.

ENVENENADORAS FUNEBRES

Tres o cuatro mujeres ya esqueletos
hay en el camposanto,
de cuyo amor los íntimos secretos
gocé en horas de encanto.

Lleváronlas de flores coronadas
a la mansión mortuoria
y las dejé en la tierra sepultadas
rezando en su memoria.

Pronto con ansia los gusanos fríos
a la luz de la luna
salieron de otros féretros sombríos
ya sin sustancia alguna.

Y al ir a devorarlas en sus fosas
les causó un asco inmundo
de sus carnes flexibles y lustrosas
el olor nauseabundo.

Mas hicieron las pálidas ladinas
con seductor engaño,
que de su blanco pecho a las colinas
subiese el vil rebaño.

Les prepararon en su blando seno
las orgías fatales
de Lucrecia que un álgido veneno
sirvió a sus comensales.

Y ¡ay! al beber de aquellos corazones
en los vasos manchados,
viéronse los gusanos a montones
caer envenenados.



EL ULTIMO ADIOS

¡Adiós, hermana, adiós! El día raya
y hay que partir. El sol
que de tí me separa es una sombra,
que se empieza a extender entre los dos.

¡Abrazame, angel mío! Es la vez última
que nos vamos a ver
y en vano con mis lágrimas te riego,
flor que el hogar trocaste en un edén.

Mi dicha se deshoja entre tus manos
y el risueño fulgor
que en tus ojos apágase, me dice,
que nada alegrará mi corazón.

¡Ah! Llámame al dejar el triste mundo:
mi alma se queda aquí
para darte un abrazo postrimero
y conservar tu imagen al morir.

¡Adiós, eterno adiós! Nunca adivines
tu sentencia fatal:
como para dormir cierra los ojos,
porque el destino no tendrá piedad.

Para saciar el hambre de la muerte
y salvar de la ruina su Creación,
necesita ofrecerte en holocausto
en su fúnebre altar el mismo Dios.

Avila, 6 Agosto 1873.

EL ENEMIGO

¿Por qué, insensata
por qué me quieres calmar las penas
con tu voz grata,
si cuando el júbilo más te arrebatara
y más lasciva te desenfrenas,
en ese canto
con que pretendes calmar mis penas,
hay el pérfido encanto
de las sirenas?

¿Por qué tus ojos
cuando me miran, negros e infieles,
tienen antojos
por disiparme duelos y enojos,
si en las caricias que brindar sueles,
aunque no quieras,
lucen tus ojos negros e infieles
las malditas hogueras
de los Luzbeles?

¿Por qué tu boca
dándome besos de disoluta,
mi sed provoca,
si cuando en ella mi labio choca,
al entreaabrirse cual roja fruta,
sutil percibo
que por tus besos de disoluta
corre el veneno activo
de la cicuta?

¿Por qué tus brazos
en las veladas locas y ardientes
me dan abrazos,
si esos carnales íntimos lazos
en que se enredan los más vehementes,
o más sencillos,
son en las noches locas y ardientes,
los terribles anillos
de las serpientes?

Mal enemigo,
que al hombre hieres, mientras a gusto
se halla contigo:
tú su amor premias con vil castigo,
y aunque le ofrezcas tálamo augusto
de plumas hecho,
donde en tus brazos repose a gusto,
es peor ese lecho
que el de Procusto.

UNA PALABRA

Me has dicho que me quieres: se ha rendido
tu corazón a mi constante asedio:
hoy un rayo de gloria ha descendido
dentro del alma a disipar su tedio.

Jamás tu boca, fuente de armonías,
donde beben los ángeles en coro,
derramó tan celestes melodías
como escuché al decirme:—¡Yo te adoro!

Aunque te viese hallándome en el cielo
envuelta entre las llamas y la escoria
de la infernal mansión, y con tu duelo
contrastase la dicha de la gloria;

diciéndole al Señor que su Edén mismo
me causa enojo y que las puertas abra,
¡yo me hubiera lanzado hasta el abismo
para ir a recogerte esa palabra!

Ya tiene sol mi inspiración: ya tengo
un ídolo ante el cual morir rendido:
yo como un ave a tu regazo vengo
y en esta rama colgaré mi nido.

Que tus caricias en mi pecho ahonden
el raudal del amor que en tí se encierra,
como esos ríos que su curso esconden
sin querer derramarse por la tierra.

Que sea, hermosa, tu hálito bendito
el céfiro de abril que, entre canciones,
vierta en mi corazón seco y marchito
la semilla de nuevas ilusiones.

Ilusiones que el tiempo no se atreva
a llevarse en su raudo torbellino,
y cada nueva aurora una flor nueva
borde con su matiz nuestro camino.

Y si tememos ¡ay! que nos despojen
de su encanto las horas fugitivas,
antes que, sin morirnos, se deshojen,
¡cubran nuestro ataúd de siemprevivas!

1874.

EN UN BOTE

—¡Adiós! En mí hallarás tu angel custodio.

—Por las horas de amor que hemos tenido,
¿me podrás olvidar? Comprendo el odio;
más ignoro qué cosa es el olvido.

—Boga, remero: gruesa está la ola.
(¡Adiós! Bien sabes tú cuanto te quiero.)

—¡Adiós! Voy a morir al verme sola.
—Boga, remero.

—¿Su novia es esa que esos gimos fragua?
Bien lo dice la pena que os ahoga.
¡Valor! La dicha corre como el agua.

—Remero, boga.

—Ved cual responde con viveza suma
su pañuelo al de voz. ¡Gasta un salero!
¡Si ella es la mar con sal y con espumal

—Boga, remero.

(Ya tu imagen se borra y mi alma abates)

—Si a un muerto va esa niña y lo interroga
de fijo se alza y dice: ¡«No me mates»!

—Remero, boga.

(Ya nada veo: ¡Adiós, angel, estrella!
De tí tan sólo mi ventura espero).

—Yo os conozco hace tiempo o vos y a ella

—Boga, remero.

—Este es el muelle: por aquí se sale.

—¿Qué vale en bote conducir a un muerto?

—Dos pesetas.—¡Si un muerto nada vale!

—Pero es que pesa más.—Ten más: es cierto.

27 Marzo 1875.

AQUEL AÑO

I

¿Te acuerdas todavía?
 Era la tarde.
 Doraba el sol con su último
 rayo mi nave.
 Al tocar en la playa
 te ví delante,
 y por la vez primera
 cuando me hablaste,
 bendije la existencia
 cerca de un ángel.
 Cuánta fué mi alegría,
 yo y Dios lo saben,
 pues leyendo en tu frente
 algo inefable,
 el corazón me dijo
 que ibas a amarme.

II

¿Te acuerdas todavía?
 Daban las doce:
 en tu balcón estábamos
 los dos entonces.
 Brillaban las luciérnagas
 entre las flores;
 despedían las olas
 trémulos sanes;
 las ramas y los céfiros
 vagos acordes;
 tus labios y los míos
 quejas de amores,
 seductoras promesas,
 dichas sin nombre,
 y era ¡ay Dios! de aquel año
 la última noche.

III

¿Te acuerdas todavía?

Se echó a mi cuello
 tu madre la primera:
 tú, con anhelo,
 me abrazaste enseguida,
 yo te dí un beso.
 Los dos nos prometimos
 dichas sin cuento,
 la eterna primavera
 de un año nuevo,
 y aquel amor tenía
 por embeleso,
 abajo los suspiros
 de nuestro pecho
 y arriba los fanales
 de los luceros.

IV

¿Te acuerdas todavía?
 Concluyó el año.
 ¡El sol del año nuevo
 no fué tan claro!
 Minaba la perfidia
 tu pecho blanco,
 como a la flor más bella
 roe el gusano.
 Cuando llegó el otoño
 de nuestro encanto,
 cual dos aves dispersas
 tú y yo volamos,
 y seguimos el viaje,
 solos, pensando
 que ya no habrá más nido,
 ni más reclamo.

V

¿Te acuerdas todavía?
 ¿De mí te acuerdas?
 ¡Ah, nol cierra tus ojos:
 olvida y reza.

Y duerme, aunque fantasmas
en sueños veas,
pues no entrará mi espectro
mientras tú duermas.
Mi ataúd es un tálamo
de flores secas,
sepulcro de esperanzas
y de creencias;
y allí son tus recuerdos
nubes ligeras
que al rozarme se enfrían
y huyen deshechas.

VI

¿Te acuerdas todavía?

Puerto Rico, Enero 1881.

No lo hagas: llora.
De aquel que te amó tanto,
queda la sombra.
He muerto, no me busques:
márchate y goza.
Tú fuiste mi arco iris,
mi sol, mi gloria,
mi paraíso abierto...
pero ¿qué importa?
Llegó un día... ¿te acuerdas?
Tú eras dichosa,
yo también... y volaste,
cual voláis todas,
ilusiones, mujeres
y mariposas!

NOCHE FUNEBRE

¡Noche, noche piedad! Abre tu seno
y que repose mi cabeza loca.
Y tú, sol, ¡que mañana no amanezca!
Una vez que mi amada me abandona,
que mientras busco mi sepulcro, al menos
me acompañe la sombra.

Mas ¿que polvo de luz se alza en oriente?
Es el día que llega en su carroza.
Sube espléndido el sol y un rayo de oro
clava en mi frente como flecha rota.
¡Noche, vuelve hacia mí! ¡Noche! Es inútil.
¡Me deja hasta la sombra!

Y ¿ella? ¿Estará en su lecho tan temprano
despierta y triste, o dormirá dichosa?
¡Oh sol! si Dios es justo, también debe
bajar tu rayo por su frente ahora:
si no viese tu luz ¿cómo sabría
que su alma es todo sombra?

15 Enero 1874.

EL MEJOR IDIOMA

Me quieres: ¡ya lo sabía!
Antes que tus labios rojos
dijesen nada, alma mía,
supe leerlo en tus ojos.

Me quieres. Pensando en ello
y en la dicha que me labras,
bendigo ese idioma bello
que me hablaste sin palabras.

Y pienso, aunque les dé agravios,
en tantas que a sus antojos
fingiendo amor en los labios
llevan desdén en los ojos.

Puerto Rico, Febrero 1881.

NO TIENES CORAZÓN

No, tú no tienes corazón: tu pecho
es un sepulcro frío,
ruina de amores, lecho de fantasmas,
un desierto, un abismo.

Si te latiera como a mí en el pecho
me amarías de fijo,
con ese amor inmenso con que te amo,
sin fin y sin principio.

¿Qué nos importa lo que diga el mundo?
La llama del cariño
lo purifica todo: el amor bello
está siempre bendito.

No, tú no tienes corazón, o sabes
apagar sus latidos;
al sentir no se piensa; el alma estalla
en besos y suspiros.

Amame, aunque tu afecto fuese un crimen,
tu crimen lo bendigo;
solo es culpable el odio; amando, puede
ser ángel Luzbel mismo.

16 Junio 1874.

CREO Y ESPERO EN TI

Sólo tú de mi pecho en las ruínas
puedes hallar un pedestal sagrado
y venir a arrancarme las espinas
con que el dolor mi frente ha coronado.

En esta noche lóbrega y doliente
entregado al rigor de mi destino
sólo tú puedes ser, niña inocente
angel, estrella y flor en mi camino.

Secas mis ilusiones, una a una,
despojaron el árbol de mi vida
y acompañó mis pasos la fortuna
para hacerme sentir su despedida.

Glorias dichas y amores generosos
me circundaban en tropel deshecho,
acudiendo cual pájaros gozosos
a cantar en el fondo de mi pecho.

Al adornar la aurora sus altares
con la luz que la bóveda festona,
encontraban un eco mis cantares
y alguien puso en mi sien una corona.

Y de noche una sílfide riente
me causaba inefables embelesos
dibujando los sueños en mi frente
con el pincel divino de sus besos.

Mas al morir el sol de mi alegría
venir te miro con radiante vuelo,
como un angel feliz que Dios me envía
para que vuelva a remontarme al cielo.

Tu imagen pura en mi camino avanza
y al contemplarla en éxtasis profundo
ligo en ella el recuerdo y la esperanza
de cuanto quise y amaré en el mundo.

Oigo en tu acento plácido y sonoro
del primitivo Eden la voz lejana
y es tu belleza la cadena de oro
que puede unir mi ayer y mi mañana.

¡Oh! tal vez de sus tumbas escondidas,
y de tus ojos a la luz abiertas,
saldrán en mariposas convertidas
las ilusiones que cayeron muertas.

Y al ver que mi laud gime y se troncha
y que vuelan mis cánticos dispersos,
tus labios se abrirán como una concha
para guardar las perlas de mis versos.

¡Ven, paloma gentil; muestra a mi lado
la rama del amor de encantos llena,
con la que tú me anuncias que han bajado
las aguas del diluvio de mi penal

Al compás de una marcha silenciosa,
que a los sonos del arpa diera agravios,
salen mis pensamientos, niña hermosa,
a besarte en los ojos y en los labios.

Yo estoy al lado tuyo, cuando el viento
con mis suspiros tu suspiros calma:
cuando al entrar el sol en tu aposento
te baña en los reflejos de mi alma.

En la sombra diseño tu contorno,
dejo tus brazos descansar inermes,
con mi mano tus párpados entorno
y te velo, invisible, mientras duermes.

Para tí dejo que mi voz derroche
sus misteriosas cláusulas mas bellas,
y cante la balada que en la noche
dirige el ruiseñor a las estrellas.

Una secreta música nos llama:
tu pié ligero junto a mi deslizas
y siento que tu soplo desparrama
de mis ídolos yertos las cenizas.

¡Ven, y arrulla mi mente soñadora,
rompe el negro caudal de mi tristeza,
seca esta frente donde el numen llora
y sostén en tus manos mi cabeza!

Este pájaro inquieto y sin ventura,
que hasta las nubes pretendió elevarse,
cansado de su viaje por la altura,
necesita una rama en que posarse.

¡Si supieras, mujer, cuántas congojas
cuántas huellas de llanto dejé escritas
viendo caer de mi ilusión las hojas
en los surcos abiertos por mis cuitas!

Sin fé, sin esperanza y sin conciencia,
parándome en mitad de la jornada,
me pareció sentir que mi existencia
iba a hundirse en los antros de la nada.

Y al ver que desde lejos sonreías,
en el dintel de un bello paraíso,
para vivir contigo algunos días,
llamé a la muerte y le pedí permiso.

Y la impacable viendo, que los cielos
te prodigaron sus mejores galas,
me prometió tu amor, libre de celos,
y hacer al tiempo refrenar sus alas.

Como el incienso que en el ara humea
mi alma feliz consumiré en tu seno,
pues tu primer amor quiero que sea
mi último goce de emociones lleno.

Y verás que en el mundo la ventura
no tiene más defensa, ni más lazos
que aquellos que en sus raptos de ternura
se forman dos amantes con sus brazos.

15 Octubre 1873.

LA PRIMAVERA DE LA VIDA

Dice el ave a la flor: —¡Ya vuelo sola!
dice la flor al aura:— ¡Abrí mis pétalos!
dice el aura a la fuente: ¡Ya susurro!
dice la onda a la orilla; ¡Ten mis besos!

Una mujer se mira en los cristales
de la fuente y un ¡ay! lanza su pecho;
que apagan las canciones de los pájaros
y se pierde en las alas de los céfiros.

—¡Todo florece aquí!— dijo, apartando
cual guirnaldas marchitas sus cabellos;
¡la tierra nunca su elixir agota;
el corazón muy pronto queda seco!

Ayer de mis mejillas los claveles
besaban mis amantes, y hoy observo
que cual abre la tierra el corvo arado,
surcos me deja el labrador del tiempo.

¡Oh natura feliz, tú no envejeces!
Se va la primavera, y vuelve luego;
¿porqué la primavera de la vida
venir todos los años no la vemos?

Junio 1872.

CÓMO DESEO MORIR

Quiero morir, vida mía,
pero al morirme no quiero
para ir de este mundo al otro,
pasar por el cementerio.

¡Son tan frios los sepulcros!
¡Son tan pálidos los muertos!
¡San tan espesas las sombras!
y ¡tan mudos los espectros!

¡Hay tanto fuego en tus ojos!
¡tanta blancura en tu seno!
¡tanta luz en tus sonrisas!
y ¡tanto amor en tus besos!

Quiero morir, vida mía,
más ¡en tus brazos! pues quiero
marcharme, así, al otro mundo
sin ir por el cementerio.

Puerto Rico, Junio, 1880

ÚLTIMA NOCHE

¡Qué noche tan hermosa!
¡Cuántos fúlgidos astros
con su mirada inquieta y luminosa
sin poder escaparse de la altura
habrán seguido los furtivos rastros
de nuestras sombras por la calle oscura,
hasta vernos llegar a esta morada
donde tu amante anhelo
me brinda compartiendo mis antojos
su colgadura azul por claro cielo
y por luna tu lámpara velada
y por estrellas tus radiantes ojos
constelación acaso extraviada!

¡Más con qué pena junto a tí me esplayo!
Cuando estemos mañana
adormecidos en feliz desmayo
al pasar a través de esa ventana
del sol el primer rayo,
alumbrará la esencia de una vida
que llenamos de mágico embeleso,
al darnos la postrera despedida
con el último beso!

¡Mañana! ¡Qué ansiedad! ¡Qué desvarío!
abrázame hoy más fuerte,
enlaza más tu corazón al mío
y en esta llama del amor postrera
despida el alma entera
ese fulgor que próximo a la muerte
arroja al cielo el tronco de una hoguera.
Apuremos el cáliz deleitoso
que pronto en nuestras manos va a quebrarse,
y nada al tiempo que pasó envidioso
dejémosle del néctar delicioso
que debe en este sueño evaporarse.

Tal vez me olvidarás y yo te olvide
como hacen los más cuerdos.
No: el mundo ha de encargarse
de que olvidemos nuestra dicha cierta

el mundo que hoy nos llama y nos despide
y nuestro amor nos pide
cual mendigo que acércase a una puerta.

Después hará que el tiempo y el espacio
entre ambos se interpongan
y así que de un pasado hecho girones
queden sólo esas débiles visiones
que de noche a lo lejos se prolongan,
la Muerte melancólica y despacio
vendrá por los risueños
sitios que embelleció nuestra fortuna
a extinguir las quimeras en su cuna,
a echar tierra al cadáver de los sueños.

¡Con qué inmenso placer nos conocimos!
¿Recuerdas el momento
en que por vez primera nos dijimos
que los dos nos amábamos y unimos
cual dos flores su aroma, nuestro aliento?

También era de noche; una sonrisa
la luna nos mandaba en su luz pura
y en torno a esa ventana
que hizo puerta del cielo tu hermosura,
tus claveles de grana
entreabrían su cáliz a la brisa
y nosotros el alma a la ventura.

¡Eran tantos y tales los hechizos
de aquélla noche de feliz bonanza!
¡los goces tan cercanos!
¡tan bello aproximarse a la esperanza
mirábamos ufanos
yo deshaciendo tus flotantes rizos
y tu las flores en tus blancas manos;
que apenas me dijiste
que eras por siempre mía
y de mi labio no sé bien si oíste
un himno, una oración o una armonía,
comprendí que este mundo era muy poco
en recompensa de tu amor bendito
y cual nuevo Colón, pero aún más loco,
hubiese el firmamento atravesado

a fin de descubrirte en lo infinito
algún lucero oculto y encantado.

Y hoy más hermosa que jamás te veo,
más tierna y más amante.

El ángel que encendió nuestro deseo
de su antorcha avivando el centelleo
con sus alas nos cubre en este instante.

¿Para qué preguntarte si me quieres?

Lo sé: no me hace falta que lo digas
mientras dándole envidia a otras mujeres
flotando en mi alma sigas,
como un cisne en un lago de placeres.

¡Cuánto deliquio! Cuánto
éxtasis celestial! ¡Cuánta delicia!

Y ¡pensar que esta noche oh dulce encanto,
vas a brindarme tu postrer caricial

¿Será posible que ahora
que nuestros corazones se confunden

y en una oculta llama abrasadora
a un tiempo nueva vida se difunden

es el momento lleno de emociones
en que por siempre en el sepulcro se hunden

con su roto sudario de ilusiones?

¿Será posible que cenizas frías
guarde a los pocos días

el volcán que alimenta estos cariños
y tal vez del invierno en las veladas

los recordemos cual los cuentos de hadas
que nos contó la abuela cuando niños?

¡Qué bella estás! Tan bella
que quisiera aquí mismo asesinarte.

¿Porqué no he de apagarte
como Dios a una estrella?

También en votuptuosas languideces
de la muerte he sentido los estragos

cuando puesta en mi pecho tantas veces
me consumió el ardor de tus halagos.

¿Porqué no hacer que mueras
hoy que ningún consuelo de mí esperas

ni yo tu fé reclamo

a fin de que jamás a nadie quieras
ni a nadie vuelvas a escuchar—¡Yo te amo!—

¡Ay, adiós; ángel mío!
Ya el lejano horizonte se colora:
¡qué fulgor tan sombrío!
Asómase la aurora
y desde el cielo nos despide y llora
con las primeras gotas de rocío.
Aquí te dejo todo
y todo me lo llevo de igual modo
que se lleva su argolla un fugitivo;
es decir yo me alejo
y un muerto amor te dejo
para llevarme su recuerdo vivo.

¿Durará mucho tiempo? A qué pensarlo.
¡Un beso! Adiós, adiós mujer querida.
¿Qué importa en la memoria conservarlo,
si no podemos conservar la vida?
La muerte que al fin llega
y todo lo recoge, irá un momento
a llevárselo al Dios del firmamento
a quien todo lo entrega.

Puerto Rico, Marzo 1881.

HASTÍO

¡Un abrazo, mujer! Ya que está fría
y muerta el alma mía
y el cuerpo temo que al dolor sucumba
pues diviso tal vez por hondo arcano
que una invisible mano
me cierra el cielo y ábreme la tumba:

Ya que he visto volar, hechas girones,
todas mis ilusiones,
y este insaciable corazón que tuve
de amor y flores sin cesar cubierto,
cual palma del desierto
hoy no riega ni el llanto de una nube:

Ya que bebí entre acibar los amores
y entre miel los dolores

en el cáliz fatal que he recibido,
y cruzo repasando indiferente,
con la mano en la frente,
lo que recuerdo aún y lo que olvido.

Ya que enterrado vivo en una fosa,
llamo en vano a la losa,
pues es la del sepulcro del hastío,
que nunca se abrirá, dame un abrazo
y estrecha en fuerte lazo
tu cuerpo, hermosa niña, con el mío.

Tu también has sufrido: en tu faz bella
la destructora huella
del insomnio y del llanto impresa miro,
y en tu voz ténue, quejumbrosa y grata,
el eco se dilata
de antiguo melancólico suspiro.

Cual mi frente, la tuya, nubla el duelo,
y en la vida y el cielo
sin sol no existe amor, ni dicha alguna;
más tu llevas el alma enrojecida
en la llama extinguida
de tu primer pasión muerta en su cuna.

Ya no busco el amor que deja impreso,
sin que se oiga, un beso,
y da un abrazo sin que el pecho apriete,
viendo solo el galán, junto a su hermosa,
nubes color de rosa
que vagan por su lindo gabinete.

Déjame, pues, sin límite, ni freno,
que recline en tu seno
mi cabeza doliente y fatigada,
pues mísero o feliz, como Dios quiso,
siempre me fué preciso
tener un corazón por almohada.

¡Como tu seno al palpitar provocal
¡Como abrasa tu bocal

¡Que no acabe este beso que me inflama!
Y cuando así la muerte nos sorprenda
que su hoz nos desprenda
cual se cortan dos frutos de una rama.

Se ha condensado mi ilusión divina
en realidad mezquina,
como la niebla vaporosa y leda
en un pantano cenagoso y hondo,
y es tan negro su fondo
que ya no hay sol que atravesarlo pueda.

¿Por qué cual nube de incansable vuelo
no me quedé en el cielo
formando con mis tules ondulantes
vistoso enjambre que en fugaz carrera
fingiese por la esfera
una danza de dioses y gigantes?

O ¿por qué en las auroras del estío
cual gota de rocío
no bajé por las bóvedas desiertas
a ver que rosa en la campiña duerme
besándola al perderme
en sus lánguidas hojas entreabiertas?

Más ¡ay! llevando mi dolor profundo
igual voy por el mundo
que el torrente que a su ímpetu se entrega,
y si a veces me postra el desaliento,
a descansar me siento
esperando a la muerte que no llega.

13 Enero 1878

EL CORAZÓN HUMANO

Corazón insondable, yo querría
descender a tu lóbrego recinto,
como a una cueva en que penetra el día,
y ver el nacimiento y la agonía
que hay en cada pasión y cada instinto.

Quisiera ver los negros surtidores
de donde salen en furiosa guerra,
como lava que corre entre las flores,
ese turbión de males y rencores
que inunda con escándalo la tierra.

Quisiera en él mirar a un tiempo mismo
el pálido desvan de la avaricia,
el fétido fangal del servilismo,
el viejo torreón del depotismo
y el asqueroso harem de la impudicia.

Oír a la virtud cuando se queja,
y a la inocencia cuando llora y clama,
a la vez que Satán les aconseja
se oculten, porque el mundo no las llama
y el amar y hacer bien son cosa vieja.

Ver cubierto de sierpes el camino
que sigue la traición cuando coloca
su puñal en la mano al asesino
y el monstruo que echa de su horrible boca
los verdugos del hombre y su destino.

Ver el antro infernal donde se ocultan
los nobles y purísimos anhelos
cuando al salir para brindar consuelos,
miran que todos su presencia insultan,
por más que son los hijos de los cielos.

Y entre tantos sepulcros de ilusiones
tanta ruina podredumbre y lodo
ver tus fibras secarse, tus pasiones
extinguirse y cesar tus pulsaciones
para luego insensible hacerte a todo.

¡A todo! Igual para el placer que el luto,
ni te conmueve nada, ni te asombra.
¡Tumba del sentimiento; árbol enjuto
que sin dar en la tierra ningún fruto,
das la muerte al que está bajo tu sombra!

¡Sociedad falsa! Cuando el hombre sale
de tus secas entrañas, enseguida
dejas que el alma su perfume exhale
y él te ofrece ¡infeliz! lo que más vale;
la virgen savia de su hermosa vida.

Y después que lo aturdes y diviertes,
y antes que al peso de la edad sucumba,
cuando más dichas a su paso viertes,
le vas cambiando, con diversas muertes,
su alma en cadáver y su cuerpo en tumba.

Y luego ¿qué ha de hacer? Perderse en vano
por un mundo fatal que no le arredra,
tender tranquilo a la maldad la mano
y al enemigo, que le llama hermano,
mostrarle siempre un corazón de piedra.

¡Ayl todo invita. A la honradez sagrada
responden el engaño o la blasfemia;
la envidia al genio, a la razón la espada,
y la vida corriendo desbordada
va llevando el contagio y la epidemia.

En la amistad al interés se atiende:
como antigua moneda que se gasta,
disminuye el honor; la fé descende,
como valor inútil, y se vende
el santo amor en pública subasta.

Bajo los blancos senos virginales
brotan incendios y tormentas y odios,
se profanan los tálamos nupciales
y se marchan los ángeles custodios
cuando llegan los genios infernales.

¡Sociedad corrompida! si no tienes
sitio donde guardar como un tesoro

el corazón que, a su pesar, retienes,
con su raudal de goces y de bienes,
su eden de rosas y sus sueños de oro:

Si escarneciendo su misión divina,
el hombre ha de anidar en su pobreza,
cual víboras que oculta una ruína,
cuando el alma emponzoña y asesina
la infamia: el deshonor y la vileza:

Si han de ser su camino los desiertos,
su término un abismo desolado,
y ha de llevar, bajo sus años yertos,
un lago de Pentápolis cegado
con aguas negras y con frutos muertos:

Si después que su espíritu se estanca
y su mundo ideal se desmorona,
para ceñir del vicio la corona,
le estorba la conciencia, y se la arranca,
o le molesta Dios y lo destrona:

Entonces debe, sin mostrar despecho,
exprimirle sus lágrimas postreras
y arrojarlo a sus pies roto y deshecho,
o antes que duerma así bajo su pecho
hacerlo pasto de voraces fieras.

Madrid, Agosto 1884.

AZUCENAS Y SIEMPREVIVAS

En las mañanas de tu abril serenas,
cuando recorras el frondoso eden,
como nevadas copas de oro llenas
cogerás azucenas
para adornar tu sién.

Pero en las tardes de tu otoño esquivas,
cuando el eden que amó tu juventud
recorras entre lágrimas furtivas,
cogerás siemprevivas
para ornar tu ataúd.

Madrid, Enero 1872.

JACOB LUCHANDO CON EL ANGEL

I

De tinieblas el mundo está cubierto
y con fugaces rastros
brilla sobre la arena del desierto
la lumbre de los astros.

Un hombre a quien su hermano va siguiendo
huye y huye sin tino
y creé siempre encontrar cuando va huyendo
su sombra en el camino.

Súbito un angel le detiene el paso
con la espada desnuda
y él que camina con aliento escaso
pide al valor ayuda.

Y contempla con ira de sus galas
el brillo refulgente;
lánzase; abate sus doradas alas,
rompe su espada ardiente.

Y lucha audaz con indomable empuje;
sus cuerpos forcejean;
chocan; el eco vibra, el suelo cruje,
su ojos centellean.

Y —¡Basta! —dice el angel— has luchado
con tu Dios y Señor:
Israel, y no Jacob, serás llamado
desde hoy por tu valor.

II

Humanidad, Humanidad gigante,
tu de reposo en pos
cruzas, como Jacob, el mundo errante
y luchas contra Dios.

Ya has demostrado en la tenaz porfía
tu fuerza colosal.
Israel te llamarás desde este día
y has de ser inmortal.

DESEO

Quisiera cual la abeja entre claveles,
dormir en el capullo de tu boca,
rosado cáliz de ámbar y mieles
que al desvarío del amor provoca.

Y en tus ojos, fanales de dos mundos
mi imagen ver, cuando hacia tí se torna,
en esos ojos lánguidos, profundos
que abre el amor y que el placer entorna.

Y así dándome sombra, cual la palma
al árabe cansado en su camino,
dejar que en el oasis de tu alma
sueñe para vengarme del destino.

Diciembre, 1873.

LA CITA

—Ven, hermosa; todo duerme;
la noche ya nos espera;
la frondosa enredadera
nos brinda fresco dosel;
y mientras cuelge y deshoje
las rosas en nuestra frente,
reclinare blandamente
sobre tu seno mi sien.

Ven; arrullarán tu sueño
las silfas del bosque umbrío,
y las náyades del río,
y el agua con blando son.

Ven; cargada de perfumes
la brisa el alma enagena,
y es en la noche serena
cuando despierta el amor.

Así la canción de un bardo
las hojas del bosque agita,
aguardando que a la cita
su amante acuda fiel

Mas en el césped hundido
vé mustia una rosa bella,
vertió una lágrima en ella
lanzó un suspiro .. y se fué.

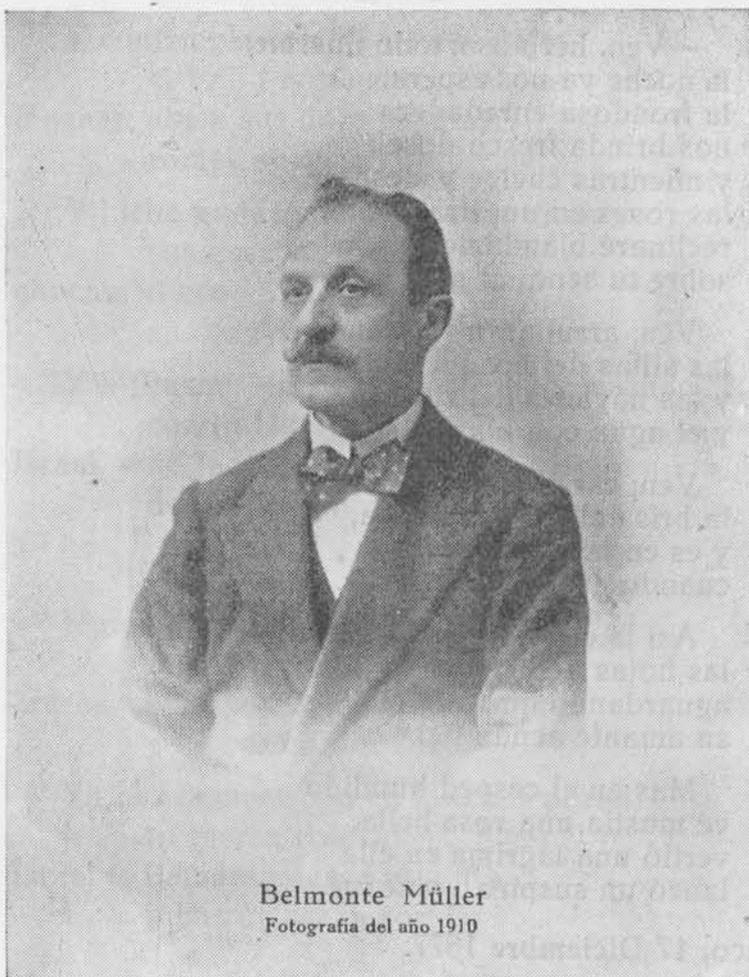
Puerto Rico, 17 Diciembre 1877.

SUPERFICIE Y FONDO

Hoy, niña, enamorarte se me antoja.
Ven, que yo te daré lo que tú quieras.
Si algo tuyo a la vez quieres que coja,
¡aquí está el pescador de tus riberas!

Soy pescador de perlas: ¡dáme un beso!
No hay dicha como aquella que se toca.
¡Acércate! Yo soy, además de eso,
pescador de coral: ¡dáme tu boca!

Déjame, así, que loco te acaricie
y en un mar de placer me hunda contigo:
lindas perlas hallé en tu superficie
y habrá en tu fondo lo que no te digo.



Obeliscos y fosas

Bajo el título de «Obeliscos y fosas» existe otro legajo que contiene 19 poesías, de ellas, algunas publicadas en periodicos de aquel tiempo, como las que llevan por título «Alarico en Roma», «A Rosales», «Isabel la Católica», «A Cervantes», «Dios». Son largas odas que fueron muy celebradas y en que el estilo altisonante tan del gusto de aquella época, compite con la elegancia de dicción. Publicamos la titulada «Sardanápalo».

SARDANÁPALO

Siempre, siempre en las horas
de estudio grave o de pensar profundo,
mientras bate sus alas destructoras
el tiempo móvil sobre el viejo mundo,
me ha gustado a través de las edades
remover los cadáveres sombríos
de los muertos imperios y ciudades,
y calentando sus despojos fríos
en los que están, como en revuelta escoria,
amasados la sangre con el llanto
y el lodo con la gloria,
asistir lleno de emoción y espanto
a las grandes tragedias de la historia.
Al pie de la muralla
de Salem, cuyas piedras con estruendo
hace Tito volar: en el tremendo
sitio de Troya, cuando el fuego estalla
y quema el lecho adúltero de Helena:
en Babilonia al terminar la cena
de Baltasar; en la salvaje toma
de la imperial Bizancio por la espada
del hijo de Mahoma:
en la súbita entrada
de Alarico y los bárbaros en Roma:
en el Circo feroz donde salían
las víctimas llevadas a montones,
y al esparcir sus carnes en girones
al aire sacudían

sus melenas rugiendo los leones:
 en todos los dramáticos lugares
 del mundo antiguo penetré: mi mente
 vagó por sus ruinas seculares,
 y al poblarse mi frente
 con sitios y recuerdos tan lejanos,
 bebiendo en sus anales sobrehumanos
 el cáliz del dolor hasta las heces,
 a los héroes bendije muchas veces
 y execré muchas más a los tiranos.



¡Tiempos aquellos de opresión y guerra
 en que iban pueblos mil, envilecidos,
 arrastrando su infancia por la tierra
 al carro de los déspotas uncidos!
 ¡Ay! que ya sujetaron
 a este mundo infeliz nacido apenas,
 afrentosas cadenas:
 su seno desgarraron
 la fuerza odiosa y la ambición impía
 y al despuntar en el Oriente el día
 osó poner su mano
 la negra tiranía
 sobre la cuna del linaje humano.
 Desde la índica playa,
 ceñida en blancas perlas, hasta el hielo
 que corona la sién del Himalaya,
 vagar en Asia miro
 su espectro aterrador. Despierta Ciro,
 y el Eufrates en sangre anega el suelo,
 corriendo de él en pos: sobre serviles
 parásitos Semíramis extiende
 por los aires palacios y pensiles:
 el turbio Ganges en sus aguas copia
 la faz impenetrable
 de cien monstruos, tiranos y brhamines.
 Nabuco en ira contra Dios se enciende
 y para afrenta propia
 lleva el hierro opresor y lamentable
 del sagrado Israel a los confines;
 y sobre la cerviz del pueblo asirio.

Sardanápalo asienta en su delirio
una corte de horrores y festines.

Contemplad a ese monstruo que ambiciona
gozar cuanto soñó su desvarío.

Su mudo rostro, escuálido y sombrío,
el placer sibarítico pregona
y la sed de riqueza y poderío.

En su frente abrumado
por la altiva corona

de perlas y de crímenes cuajada
jamás con viva luz relampaguea

ni un noble sentimiento
ni una fecunda idea.

Su vida es un placer que se repite,
un vértigo lascivo en movimiento:

su rudo corazón solo permite
en lo feroz ser grande;

no hay móvil generoso que le escite
ni dulce afecto que su pecho ablande.

Cual huracán furioso
que alzando un remolino polvoroso

con recio golpe abate
los rubios campos de ondulante trigo,

cuando vuela al combate,
arrasa al enemigo;

su paso quiere que la muerte indique
y anhelante camina

esparciendo el estrago y la ruina
sin que halle nunca a sus furoros dique.

Y sonrío después y semejante
a la rápida fiera que enredados

lleva en sus corvas garras los despojos
de sus víctimas, cálidos y rojos,

va rugiendo triunfante
y se lanza a la orgía

donde al son de la bélica armonía
y al rumor de los brindis inflamados

coge la copa de oro y la rocía
en el seno desnudo

de las mil concubinas que veloces



acuden a ofrecerle su saludo
radiantes de beldad y ébrias de goces.
¡Oh monarca infeliz! Después que anegas
el corazón en sangre, lo refriegas
en el impuro lodo,
para que en tí, cuando al placer te entregas,
se manche el hombro todo!

—¡Cese el baldón y caiga el despotismo!—
se escuchó con insólita sorpresa
gritar la voz de un genio del abismo,
reclamando su presa.

¡Oh rey! Están contados
los días de tu imperio y Dios los pesa
en la eternal balanza:
de tí se alejan los propicios hados:
la Muerte, destruyendo tu esperanza,
impávida atraviesa
de tu reino el espacio
y ni una sola centinela avanza
para impedirle entrar en tu palacio
Sobre tu pecho, ahogando el respiro,
tu deleitosa y última velada,
tu cámara de jaspes fabricada,
tu púrpura de Tiro,
tus flechas, tus carrozas y elefantes,
tu solio de marfil y de esmeraldas
tus jardines y alcázares colgantes,
tu corona, tu cetro y armaduras,
tus danzas y riquezas deslumbrantes,
tus ánforas, perfumes y guirnaldas
tus vasos y trofeos,
tus esclavas de artísticas posturas,
tus mujeres de lúbricos deseos;
sobre todo tu fausto y loco orgullo
la Muerte que te cela,
dirá soplando con fugaz murmullo:
—¡Polvo dorado, vuela!—

¡No hay salvación! El horizonte amaga
tu derrota final: en la pelea
tu astro feliz se apaga:



tus huestes numerosas
bajo el hierro que vibra y centellea,
débiles mueren o cobardes huyen,
y seguido de sombras pavorosas
que en tropel le circuyen,
Arbaces te persigue en su carrera
con fatídico encono,
semejándose a un buitre que ya espera
devorar tu cadáver sobre el trono.
¿Va a atravesarte la enemiga espada
para que corra por la inmensa herida,
con la sangre mezclada,
el vergonzoso virus de tu vida?
¿Vas a entregarte sin valor ni gloria
como esclavo que sufre su impotencia
y a pedirle al señor de la victoria
un instante de mísera existencia
para lograr en tu postrer exceso
gozar junto a la fosa
del impúdico beso
que te ofrecen los labios de una hermosa?
¿Vas a esconder tu desventura eterna
donde no más con tu furor asombres,
a las fieras pidiendo una caverna
que te oculte del cielo y de los hombres?
¿Vas tus riquezas repartirse viendo,
cual débil hembra a sucumbir llorando?
¿Vas a vengar la humanidad cayendo?
¿Vas a morir matando?

¡Ved! Ancha pira es el fatal recinto
de la regia mansión, último fuerte
que en la defensa de su imperio extinto,
orlado en llamas y en la sangre tinto,
la vil Locura entregará a la Muerte!
Con espantados ojos
los trémulos esclavos amontonan
en la cámara regia los despojos
de antiguas y riquísimas edades:
y hacinados y estrechos,
la revuelta pirámide festonan

miles ebúrneas mesas y áureos lechos
 que ya ocupan las pálidas beldades,
 admirando aquel fúlgido tesoro
 que habrá agotado cuando raye el día
 una fúnebre orgía
 de vino, amor y llanto y fuego y oro.
 Reina un instante sepulcral sosiego.
 El rey se apresta luego
 y dirige hacia el tálamo sus pasos:
 ¡ya siente del placer las ansias locas!
 ¡llena el licor los cincelados vasos!
 ¡palpita el beso en las purpúreas bocas!
 Y—¡Brotá, ardiente llama!—
 Sardanápalo grita y enseguida
 viendo la enrojecida
 siniestra luz exclama:
 —¡Oh incendio! que sublime despedida
 me dás con el fulgor que se derrama
 sobre la última noche de mi vida!
 ¡Arded, mujeres, joyas y trofeos!
 ¡De esa llama avivad los centelleos!
 ¡Subid del humo entre las nubes esas!
 ¡Ya que el fuego apagué de mis deseos
 me voy dejando al mundo estas pavesas!
 ¡Todas las dichas que en feliz conjunto
 busca el mortal y en sueños diviniza
 las he gozado y despreciado al punto,
 como desprecio el humo y la ceniza!
 Llama fatal, destruye
 los regios atributos consagrados
 al poder que concluye.
 Derrite pronto mi corona: quema
 mi púrpura y deshace sus labrados;
 ¡no tuvo ningún rey manto o diadema
 con más oro o más sangre fabricados!
 Ahora ven y escuchando mis conjuros
 lánzate, Arbaces, en tropel sonoro
 a la luz del rojizo meteoro
 que ilumina de Nínive los muros.
 Todo lo invade el fuego y lo conquista

y de la hoguera sube
 un aye intenso universal y agudo
 que el humo lleva en su gigante nube.
 ¡Que este alcázar derrúmbese a mi vial
 y así que el aire mudo
 ni una cúpula azote ni una arista
 tú, llama rugidora y concentrada
 que estés voraz por las cenizas sola
 ondulando cual sierpe en un desierto,
 aproxímate airada
 y en mi tálamo abierto
 mi ser consume entre tus ígneos lazos
 y al mismo tiempo inmola
 a la esclava que tenga entre mis brazos.
 Al terminar con gloria o vilipendio
 esta escena que ofrezco a mi enemigo,
 ¡mire la última llama del incendio
 extinguirse conmigo!

Julio 1882.

VIAJES

(IMPRESIONES POÉTICAS)

Con este título existen cuatro series de poesías, una dedicada a la ciudad de Avila, otra a Canarias, que fué publicada en 1901 «Córdoba, imprenta del Diario», y del cual aquí reproducimos la poesía al Teide. La serie de Avila lleva fecha 1917.

El viaje que en la primavera de 1912 hizo por toda Italia Belmonte Müller, le inspiró un libro de cien sonetos, en metros distintos y en que describe sus impresiones ante las ciudades, los monumentos, las pinturas y esculturas de ese país del arte. De fecha posterior son sus sonetos sobre París. De todos estas series publicamos algunas composiciones en este número, dedicado a su centenario.

CANARIAS

AL TEIDE

(PICO DE TENERIFE)

Al fin llegué a tu solio, Sultán del Oceano,
 los cíclopes gigantes labraron tu escabel;
 tu pétreo manto dora la luz del meridiano;

te cerca el paraíso del cielo mahometano,
y lame tus sandalias, el mar, como un lebrele.

En una ardiente noche de erótico deseo,
tú fuiste engendro loco de Tétis y Plutón,
los cuales celebraron su trágico himeneo
lanzando bajo el agua terrible centelleo
y estremeciendo el mundo con fiera convulsión.

Después, entre una lluvia de rayos y explosiones,
rompistes de las ondas el seno de cristal;
el fuego y la ceniza sellaron tus facciones,
y arriba, donde el aire sofoca los pulmones,
respiras la tristeza del Rey del Escorial.

¡Con qué pasión por verte bebí del sol las llamas!
Dejando atrás el puerto y el valle encantador,
miré, al subir despacio, brillantes panoramas;
la flora de tus cerros morir con las retamas,
y luego un mar de rocas, sin olas, ni rumor.

Allí, en inmenso circo, te forman las *Cañadas*
de conos superpuestos ingente pedestal;
volcánicas escorias se ven petrificadas,
y negros monolitos abiertos, cual granadas,
que ardiendo lanzó un día tu cólera infernal.

Ningún rumor viviente resuena en esa altura;
ni el grito de las águilas, ni el silbo del reptil;
crucé un desierto caos de piedra gris y oscura,
y allí causó en mis nervios insólita pavora
la tierra que de pronto se estremeció febril.

De la vidriosa lava por los revueltos ríos
subí rendido el cuerpo y opreso el corazón:
me despertó aquel cuadro salvajes desvaríos:
subí, subí entre vértigos; reuní todos mis bríos,
y vime, al lado tuyo, reinando en la Creación.

Ceñido por corona basáltica y radiante,
de tus esclavas islas, envueltas en un tul,
pensabas en las gracias, con tétrico semblante,
y el humo de tu pipa sulfúreo y asfixiante
entró en mi boca y luego subió en el aire azul.



Retrato al carbón debido al lápiz de Belmonte Müller .

¡Que magia indescriptible! La tarde sacudía
su túnica ligera teñida de arrebol;
los pétalos celestes su mano deshacía,
y entraba en su palacio fantástico y abría
el cofre de las joyas que le regala el sol.

El astro refulgente, poniéndose a tu espalda,
dejó inflamarse el cielo: la bruma con su chal
cubrió del mar profundo la límpida esmeralda,
y sobre cielo y nubes, la luz carmínea y gualda,
tendió en el aire inmóvil su púrpura real.

Entonces ví a mis plantas tu sombra dibujarse,
como perfil que un niño señala con carbón;
creció, siguió su marcha solemne, sin pararse;
cubrió de Tenerife la costa; fué a espaciarse
sobre el tapiz de nubes rizadas en vellón;

Atravesó aquel tálamo de rosas y jazmines;
cruzó la Gran Canaria; no quiso descansar;
buscó en remotas nubes más lechos y jardines:
llegó hasta el horizonte; salió de sus confines;
se entró en el infinito y ¡allí se vió humear!

A poco, el mar, alzándose por un celaje abierto,
con indecisa faja cortó la sombra en dos,
y un cono quedó aislado, como en lejano puerto,
fingiendo la pirámide que reina en el desierto,
o el triángulo sublime que representa a Dios.

Halléme ante tu imagen atónito y perplejo:
dos Teides, a cien leguas, retábanse a la vez:
el vaho de tu cúspide flotaba en el reflejo;
más soplas... en los aires se rompe el vano espejo,
y al fin te quedas solo con tu áspera altivez.

Y ya no se perciben relieves, ni siluetas:
deshízose el encanto: la fugitiva luz
sembró en el firmamento sus pálidas violetas;
los cerros confundidos ocultan sus facetas,
y la medrosa noche te envuelve en su capuz.

Califa taciturno, ¿te vas a estar en vela?
¿Pretenden las Hespérides, dormidas en su eden,
tenerte noche y día de eterno centinela?

¿Querrán sólo en la sombra, con tímida cautela,
tus verdes odaliscas gozarte en el harem?

¡Oh, sí! vela en silencio. Tus noches son muy bellas:
los astros sus guirnaldas suspenden sobre tí;
en el umbral del cielo fantástico descuellas,
y Sirio, la sultana gentil de las estrellas,
engarza en tu corona su fúlgido rubí.

Y dormiré a tu lado, con emoción latente,
cual átomo de polvo que arroja el huracán,
y expuesto a los rigores del frío y el ambiente,
aguardaré del alba la claridad riente,
pues ver quiero el saludo que el sol hace al Titán.

Sumido en los ensueños que niega el mundo avaro,
de pronto las pupilas abrí con estupor;
la bóveda enlutada mostró en su fondo un claro,
y ví lanzar tu frente destellos, como un faro,
mientras que todo a obscuras quedaba en derredor.

¡Oh júbilo! Es el astro que lleno de embeleso,
aun antes de que salga la tierra a bendecir,
oculto para todos, te ofrece el primer beso:
después, en el oriente su brillo deja impreso,
y como flor de nácar la luz se empieza a abrir.

No hay pájaros, ni plantas, ni músicas, ni aromas,
que alaben en su lengua la aparición solar:
dibujan su contorno los riscos y las lomas;
como un colchón de plumas de cisnes y palomas
extiéndense las nubes sobre el sereno mar;

Se incendia el horizonte; la atmósfera desata
los hilos de sus perlas y sus colores mil;
se cubre el blanco lecho con ondas de oro y plata;
abre un dosel magnífico su velo de escarlata,
y asoma el dios del fuego su rostro juvenil.

¡Oh Teide gigantesco! Levanta al sol tu cumbre:
también él sufre arriba tu misma soledad,
y puede al inundarte con su divina lumbre,
hacer que se mitigue la inmensa pesadumbre
y el tedio que te inspira tu ruda eternidad.

¡Adiós! Sigue contando las horas infinitas,
y algún recuerdo en ellas consagra a tu cantor:
recibe de los pueblos intrépidas visitas,
y el hielo transparente que en grutas depositas,
cual yo, bebe a raudales, para aplacar tu ardor.

Si un ruego, antes que baje, tu gracia me permite,
te pediré que siempre tranquilo y mudo estés,
y que de tu ígneo pecho la horrenda furia evite
la imagen de esas perlas nacidas de Anfitrite,
y ese jardín del mundo que tienes a tus pies.

Más ¡ay! si en tus delirios de muerte no te engañas,
y de la vil codicia tu suelo fuese imán,
al ver hacia tus costas venir gentes extrañas,
¡recuerda que el infierno se esconde en tus entrañas,
y arrójalo en pedazos, volviendo a ser volcán!

En la Orotara, a 1.º de Septiembre de 1900.

ITALIA

LA TUMBA DE SÉNECA

Al ir por la Vía Apia, necrópolis severa,
junto a ruinoso túmulo respiró el viejo aroma
del alma de un filósofo que orgullo fué de Roma
y vió, en mi alegre patria, la luz por vez primera.

El dió el más recto cánon de la virtud austera
que triunfa de los males y las pasiones doma,
calzó el coturno trágico y en el latino idioma
sembró flores retóricas de pompa duradera.

Bajaba hasta sus labios, fuente de ciencia y vida,
con la doctrina estóica del cristianismo el estro,
y amamantó en sus máximas al César parricida;

más éste que en el crimen hallaba un goce extraño,
harto de las censuras de su inmortal maestro
las venas le hizo abrirse dentro de un tibio baño.

LAS CATACUMBAS

Huyendo al sol estivo la frente sudorosa,
llego al umbral del viejo panteón de San Calixto
y al descender, apenas el hálito resisto
de la glacial necrópolis, desierta y pavorosa.

Un triste monje alumbra con una vela humosa
los hondos subterráneos que nunca el sol han visto
y cuyo seno a tantos discípulos de Cristo
sirvió, en aciagos días, de asilo, templo y fosa.

Cifras y emblemas surgen ante la luz incierta
y, luego, bajo un nicho se mira blanca y yerta
la imagen de Cecilia, la del divino canto:

Descubre, echada en tierra, su cuello una hendidura,
y descansar parece de su martirio santo,
como paloma herida sobre una sepultura.

EL FORO ROMANO

¿Qué conmoción horrible, qué cólera tremenda
el corazón de Roma dejó pedazos hecho?
La tierra encadenada bajó a este valle estrecho
del cual iba hasta el último confín una ancha senda.

Aquí encarnóse el mito, la historia y la leyenda:
de césares y dioses brilló el dorado techo,
vibró el clarín de guerra, se promulgó el derecho,
y el héroe al Capitolio subió a dejar su ofrenda.

¡Oh Marco Tulio, Bruto, Nerón, Mario, Tarquino,
tribuna de los *Rostros*, templos de edad remota,
arcos de triunfo alzados a Tito y Constantino!

De vuestra antigua gloria no existe apenas rastro;
mas cada nombre de esos y cada piedra rota,
sobre la sién del mundo fulgura como un astro.

EL COLOSEO

Reliquia de un gran pueblo feroz, artista y sabio,
domina cual si fuese del cielo un parapeto,
y asombra, aunque de cerca resulta el esqueleto
de aquel inmenso Circo que alzó orgulloso Flavio...

Sus gradas y arcos sufren del tiempo rudo agravio;
mas él mantiene, inválido, con la vejez un reto,
como si allí, por brazos titánicos sujeto,
de pié aguardase un himno triunfal de nuestro labio.

La hierba lo sofoca; lo invaden los reptiles;
de noche al alma inspira fantásticos terrores;
nieblas de sangre esparcen la arena y los cubiles;

y al derramar la luna sus pálidos fulgores,
en una ronda trágica se ven largos desfiles
de víctimas, verdugos, esclavos y opresores.

JUNTO AL CENOTAFIO DEL DANTE

Ya descansas en paz, oh gibelino
de tu viaje mortal, penoso y largo;
ya no prueba tu boca el pan amargo
que en el destierro te ofreció tu sino;

ya no puede el ingrato florentino
lanzar contra tu honor injusto cargo;
ya sumido en un fúnebre letargo
no asustas por la tarde al campesino;

ya habrás bajado exento de venganza,
a los círculos todos de tu *Infierno*
donde al entrar, se deja la esperanza;

y ya del *Paraiso*, en los jardines,
te hallarás con Beatriz, tu amor eterno,
entre coros de ardientes serafines.

EN EL CONVENTO DE SAN MARCOS

¡Silencio! Caminemos de puntillas
por si en el claustro mudo y solitario,
Fra Angélico, el divino visionario,
pintando está a la Virgen, de rodillas.

En celdas corredores y capillas
trazado tiene el Drama del Calvario
y puestas en un cielo imaginario
las figuras mas nobles y sencillas.

Es la santa labor que hace tranquilo
conquistando la Gloria en este asilo
lleno de éxtasis, sueños y fervores.

Tal vez, al vernos, en rubor se encienda
y de su cuadro un angel se desprenda
que lo oculte en sus alas de colores.

LA PLAZA DE LA SEÑORÍA

No es fácil, no, que la impresión se borre
de este sitio: la imagen imponente
del gran Cosme a caballo; el resistente
Palacio Viejo con su altiva torre;

La *Logia* que hizo Orcagna y se recorre
entre esculturas de expresión valiente;
la estatua de Neptuno cuya fuente
bañando ninfas y tritones corre.

Ni se olvidan sus épocas aciagas
en que eran joyas las sutiles dagas
y condenando el lujo y aun el arte.

Savonarola, a quien su celo altera,
con el Cristo del Giotto en su estandarte
y ceñido el sayal iba a la hoguera.

VENEZIA

LA CIUDAD DE LAS GÓNDOLAS

¡Cuán feliz te bañas en las claras ondas!
Ciñente las hadas velos orientales,
tus palacios tejen rosas ojivales,
se alzan tus iglesias blancas y redondas,

en tus verdes islas hay secretas frondas,
una red de amores tienden tus canales
y a las locas hijas de tus carnavales
trenza el sol flamígero cabelleras blondas.

¿Quién no se conmueve cuando te saluda?
Mas ¡oh reina y diosa! si ha de ver mi anhelo
tu belleza en todo su esplendor desnuda,

haz que el tiempo raudo pare aquí su vuelo
mientras que mi góndola flota en la paz muda
del azul del agua y el azul del cielo.

EN NOCHE DE LUNA

Así es como a todos seduces y encantas,
dormida en las ondas que mecen tu cuna
y envuelta en el velo de luz que la luna,
cuajado de perlas, extiende a tus plantas.

En dulce reposo suspiras y cantas;
te copia en su espejo la tersa laguna
y mágicos sueños de amor y fortuna
con gozo en el pecho del bardo levantas.

La paz, el misterio, la luz que riela,
el remo pausado, la fúlgida estela,
requieren hermosas que brinden cariño:

y el céfiro errante me dice que un día
aquí mezcló Byron su canto, a la orgía,
y aquí Musset, luego, lloró como un niño.

POMPEYA

LA CASA DE DIOMEDES

Arria, al pisar hoy la piedra
de tu morada vacilo
en cruzar el *peristilo*
que adornan flores y hiedra.

Pienso encontrarte en la *exedra*,
el *nimpheum* o el *tetrastylo*
y entro en la *cella* intranquilo
con pavor que el alma arredra.

Junto a toneles repletos
se descubrió aquí un osario
de espantosos esqueletos;

y en la sólida ceniza
dejó tu seno estatuario
el molde con que me hechiza.

PARÍS

LA CATEDRAL DE NUESTRA SEÑORA

¿Quién no sintió por verte un vivo anhelo,
basílica ojival, que copia el Sena,
y en la que ungióse el vencedor de Jena
y la Diosa Razón usurpó el cielo?

Y ¿quién, si pisa tu marmóreo suelo,
tras el pilar en donde el eco suena,
no busca a Frollo, como a un alma en pena,
o a Quasimodo, el monstruo sin consuelo?

Tus anchas torres que acabar no hiciste,
mi encanto formarán mientras no borres
el romántico amor que en mí encendiste.

Así admirarte a mi niñez le plugo,
y hoy encuentro el remate de esas torres,
en el libro inmortal de Víctor Hugo.

EL ARCO DE LA ESTRELLA

Al fin de la magnífica Avenida
muestra el Arco triunfal su airoso corte
y parece imposible que soporte
el peso de la gloria allí esculpida.

Corona la Victoria enardecida
al Gran Emperador: loco trasporte
siente al seguirlo juvenil cohorte,
y alcanza el héroe perdurable vida.

Trofeos, gallos y águilas reales
pregonan las conquistas colosales,
del que aún hace latir los corazones;

y se espera que cruce el monumento
con su tropa marcial, hinchando al viento
las banderas de todas las naciones.

EL LOUVRE

¡He aquí el templo del Arte! En él se encierra
bajo techos de espléndidas labores,
cuanto el genio con líneas o colores
reprodujo del cielo o de la tierra.

Ante esas joyas célebres destierra
el alma embelesada sus dolores
y perdona a los regios saqueadores
que las trajeron cual botín de guerra.

Cada hermoso salón traza a la vista
la apoteosis de un sublime artista,
y al salirme ofuscado por su brillo

les ofrezco, con mi último saludo,
a la *Venus de Milo* un beso mudo
y una Salve a la *Virgen de Murillo*.

MARIA ANTONIETA

(Delante de su retrato en Versalles)

El sombrero de plumas, la elegancia
del traje azul abierto ante el redondo
seno de nácar, el cabello blondo
cuyas hebras aún llora el sol de Francia,

dan a tu esbelto cuerpo la arrogancia
que quisiste ocultar allá en el fondo
del risueño Trianón, y un placer hondo
hoy te causa una flor con su fragancia.

¡Ay! Esa rosa que pretende en vano
eclipsar el color de tu mejilla,
dichosa fué, pues la cogió tu mano,

Mas a tí, flor de lis, noble y sencilla,
te afrentó el pueblo en su furor insano
y el verdugo te hirió con su cuchilla.

LA TUMBA DE NAPOLEÓN

Asomado a la cripta misteriosa,
como un círculo abierto en lo infinito,
miro el rojo sepulcro de granito
donde el que tanto batalló reposa.

Los triunfos de su ayer, junto a su losa,
el Arte lleno de emoción ha escrito,
y por si oyese de la guerra el grito
la Muerte allí lo vela silenciosa.

Del templo que le sirve de morada,
la gigantesca cúpula dorada
es su corona mística y suprema;

y el sol, prendido en los adornos bellos,
arrancándole fúlgidos destellos
brilla como un diamante en la diadema.

EL BULEVAR

Amplia calle con árboles frondosos
en que lucen del lujo los derroches
y en la cual automóviles y coches
se mezclan con los ómnibus famosos;

tiendas que en sus joyeros luminosos
prenden a la beldad con áureos broches;
café que tienen soles por las noches
y conciertos y arrullos amorosos;

mesitas exteriores donde agota
el bebedor su ajenjo o su cerveza,
viendo bullir la multitud ignota;

y mujeres de garbo y gentileza,
cuyo pié, encarcelado en linda bota
hace perder a muchos la cabeza.

AVILA

A SANTA TERESA

¡Oh esposa de Jesús! ¡oh santa mía!
Escucha el ruego que a mí labio asoma
y el bello cuerpo inanimado toma
de esta hermana que ha sido mi alegría.

Déjala que en la fosa todavía
de su gracia y virtud guarde el aroma
y que la arrulle la gentil paloma
en la que Dios su espíritu te envía.

Que no la oprima el peso de la tierra,
y si baja la nieve de la sierra,
abrigala, cual madre, tiernamente.

contra ese corazón, grande y piadoso,
que traspasó en tu rapto mas hermoso
un serafín, con ignea flecha ardiente.

Avila Julio 1917.

AL LLEGAR A AVILA

Después de largos años vuelvo a verte,
oh patria de la mística Teresa,
e inquieto busco la olvidada huesa
que a una niña infeliz abrió la muerte.

En el ruinoso patio no se advierte
ni lápida, ni cruz; más atraviesa
y me saluda, entre la hierba espesa,
una sombra que en ángel se convierte.

Es mi hermana gentil, la que en el lecho
del dolor, reclinó sobre mi pecho
su frente, cual marchita pasionaria,

la que ha esperado, en mísero abandono,
a que yo, de esta Santa bajo el trono,
por su alma eleve fraternal plegaria.

LAS MURALLAS

Dominando, a la vez, ramblas y huertas,
cual castillo de formas colosales,
conservan con sus lienzos medievales,
las almenas, los cubos y las puertas.

Entonces repetían sus alertas
los ecos de las noches invernales
y ante un asalto audaz, pechos marciales
con sus cotas dejábanlas cubiertas

Hoy ya, ¿de qué servís, oh torreones,
si polvo haceros pueden los cañones
lanzando rayos con furor maldito?

Mas ¡ah: vivid! y animen los encantos
de la noche ese cerco de granito
que pueblan sombras de héroes y de santos.

EL MAUSOLEO AL PRÍNCIPE DON JUAN

¡Bello sepulcro tiene el bello infante!
Con la diadema yace sobre el lecho,
juntas las manos, el mandoble al pecho,
y suelto, a un lado y otro, terso guante.

Adornando su túmulo elegante
grupos de ángeles hay, de trecho en trecho;
santos lo guardan, y se vé en acecho
en cada esquina un águila arrogante.

Inmóvil, solitario, blanco y frío,
en el templo romántico y sombrío
siglos de santa paz durmiendo lleva.

Las tiernas madres con pesar lo miran
y las hijas, al verlo, solo aspiran
a que un soplo de amor sus labios mueva.

Poesías de asuntos diversos

Bajo este epígrafe, incluimos una selección de asuntos muy diversos, en su mayoría sonetos escritos en muy distintas fechas sobre temas patrióticos, como «Ruego humanitario», dedicado a los héroes del Gurugú africano; religiosos. «al Arcángel San Rafael»; algunos de la bella serie inspirada en la sierra cordobesa y la composición titulada «Caridad», de fecha 1914 y escrita al estallar la guerra europea.

PATRIÓTICOS

COLÓN

¡Tierral La tierra que soñó, divisa
Colón desde su frágil carabela,
y de sus bosques vírgenes, ya vuela
fragante aroma en alas de la brisa

Los ricos dones del edén que pisa
a la gran Reina presentar anhela,
la que le oyó en la Torre de la Vela,
y en brindarle sus joyas se dió prisa.

Ella al fin vió, entre lágrimas radiantes,
su cofre exhausto lleno de diamantes;
mas al héroe, celosos cortesanos

a quien su genio humilla, lo maltratan,
y de la sién los lauros le arrebatan
para ponerle grillos en las manos.

RUEGO HUMANITARIO

Cuando el arco de plata de la luna
se empieza a dibujar sobre el turbante
del Gurugú, que muéstrase arrogante
como un Califa en su quietud moruna;

cuando van las estrellas una a una,
como esclavas, mirándole el semblante,
y no turba su paz un soplo errante
del mar desierto o la arenosa duna;

dirige hacia esta lápida sencilla,
oh viajero, tus ojos compasivos;
ruega aquí por los héroes de Melilla,

que despreciaron la existencia altivos
y pide a Dios, hincando la rodilla,
la paz para los muertos y los vivos.

RELIGIOSOS

EL CUSTODIO DE CÓRDOBA

LA APARICIÓN

¿Qué fantástica y noble cabalgata,
dando fragancia a rústicos lugares,
vió Roelas llegar, entre olivares,
con blanca veste manto de escarlata?

Y ¿qué visión, en noche de paz grata.
envuelta en niveos hábitos talaes
bajó del pobre clérigo a los lares,
temblar haciendo su alma timorata?

Por ellos se encontró sano y ligero
y obtuvo del celeste mensajero
que así le hablase en la última visita:

*Te lo juro por Dios crucificado:
soy Rafael, Arcángel, destinado
para guardar esta ciudad bendita.*

PLEGARIA

¡Oh Arcángel santo, Príncipe del cielo,
protector de los buenos cordobeses,
que hasta en la humilde tumba, entre cipreses,
brindas, a quien te amó, paz y consuelo.

Oye mis votos: nunca en triste duelo
dejes, sin tí, el hogar: da al campo meses
llenos de frutos y de rubias mieses
y de nube siniestra rasga el velo:

da al enfermo salud, pan al mendigo,
vista al ciego, nobleza al enemigo,
y al caminante sírvele de guía:

a tí, de mi niñez tierno tesoro,
sólo pido que, al verme en la agonía,
cubras mi lecho con tus alas de oro.

EL PASO DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Por las calles floridas y vistosas
como áureo sol sobre tus andas brillas,
y en seductores rostros las mantillas
trazan fuegos de sombras misteriosas.

Mas no buscan en tí joyas preciosas
tus hijas, al hincarse de rodillas,
sino las perlas que hay en tus mejillas
y que quisieran recoger piadosas.

Llevas el manto azul de terciopelo
donde blancas palomas en tu duelo
te dan compañía con las alas quietas:

Sigue el pueblo tu regio itinerario
y oyes cantar las místicas saetas
que recuerdan tu marcha hacia el Calvario.

EL CRISTO DE LA EXPIRACIÓN

¡Con qué pena, mi Dios, pasar te miro
pendiente de la Cruz, los miembros yertos,
húmedas las pupilas y entreabiertos
los labios por el último suspiro!

Todo el dolor de tu pasión respiro,
sin pensar en los místicos conciertos
que tu resurrección de entre los muertos
anunciarán mañana. Al verte, aspiro

a que tu imagen lastimosa claves
en nuestro pecho infiel; sus culpas laves
con tu sangre purísima; tu nombre

consuele a criminales e inocentes
cuando derramen lágrimas dolientes,
y de nuevo a tu Cruz se abraze el hombre.



DESDE LINARES ⁽¹⁾

LA NOCHEBUENA

Todo es íntima paz en el Santuario;
la atmósfera está azul, tibia y serena,
y baña en blanca luz la luna llena
los cerros, el jardín y el campanario.

Sólo en el viento cuyo impulso vario
llega hasta aquí, de la ciudad, resuena
el toque de maitines, cual amena
música de un concierto imaginario.

Luego, yendo a cenar, nuestros sentidos
embargan los recuerdos más queridos
que, cual llagas del alma, están abiertos;

y ante la mesa estrecha, humilde y blanca,
una lágrima triste nos arranca
la voz de los ausentes y los muertos.

IROSASI

¡Oh vergel, que los días abrilenos.
llenas de rosas! rosas encarnadas,
blancas, crema, ambarinas, nacaradas
y del color de nuestros dulces sueños;

rosas dobles, de pétalos pequeños,
de cien hojas, injertas, jaspeadas,
rosas que dan aromas delicadas
abriendo al sol sus cálices risueños;

rosas que en los dinteles de la vida
sembrar debe una mano bendecida
y deshojar en lánguido abandono

sobre la sien que a marchitarse empieza;
rosas para el amor y la belleza,
rosas para la Virgen en su trono.

(1) Santuario en la sierra de Córdoba donde se venera la Virgen de ese nombre y sitio por donde bajó San Fernando a la conquista de la ciudad.

MARIPOSAS

¿Dónde, flores, con alas de oro y seda,
os posareis luciendo los colores
que robais, con el néctar, a otras flores?
¿Qué dulce cáliz por libar os queda?

¿Os gusta acariciar la rosaleda?
¿los lirios de morados esplendores?
¿la magnolia de exóticos olores?
¿el clavel vivo o la sutil reseda?

Teneis todo el jardín; mas la ventura
que en él buskais es flor que apenas dura.
Al cielo, pues, donde se goza y ama,

tornad, porque en la tierra es desvarío
que apureis miel para morir de hastío,
o deis la vida por besar la llama.

DESDE LA SIERRA

LA COMIDA DE LOS POBRES

Siempre, en toda estación, por la mañana
sin miedo al aire, al sol, ni al aguacero,
suben de las Ermitas el sendero
los mendigos en lenta caravana.

Gira la puerta al son de la campana
y aparece humeante en gran caldero
el potaje, maná del pordiosero,
que aviva de su estómago la gana.

Con cucharas de boj, toscas y viejas,
sacan del caldo obscuro las lentejas
pronto agotadas en voraz porfía.

- Y luego bajan por la cuesta ufanos
al ver que en su orfandad hallan hermanos
que les den el pan nuestro cada día.

LA SOLEDAD CAMPESTRE

Aquí, donde no llega la mentira
del mundo necio y su infernal murmullo,
desdénio cuanto en él forjó el orgullo
y lo que él me brindó tedio me inspira.

Aquí libre el espíritu respira,
del bien se siente el apacible arrullo,
el monte es un edén si abre un capullo
y el aire, himno triunfal, si un ave gira.

Enseña al pensador; ¿cual libro abierto,
la grandeza de Dios este paraje,
donde encuentra la fé seguro puerto,

Difunde el cielo bienhechora calma
y de azul tiñe el místico paisaje
que alegra el cuerpo y santifica el alma.

FLORES TEMPRANERAS

Almendro encantador, ¿qué afán te mueve
al prodigar tan pronto tus amores?
¿Antes de vestir hojas, a dar flores.
tu inexperiencia juvenil se atreve?

¿No sabes tú que en el invierno llueve
y oculta el sol sus rayos bienhechores?
¿Del huracán no temes los furores?
¿No te espanta el sudario de la nieve?

Mira: ya vino el temporal y el cierzo
rotas deja en las sendas tus livianas
y blancas flores sin ningún esfuerzo.

Tal se deshojan en los verdes años
las ilusiones del amor tempranas
al soplo de los tristes desengaños.

LAS ABEJAS

Del encinar oculto en la cañada
llegó el disperso enjambre a la colmena
y la canción de las obreras suena
trazando dentro su ciudad dorada.

Tras el vuelo nupcial la reina amada
pronto de ninfas los panales llena
y las nutren nodrizas de alma buena
con tenue polen y con miel filtrada,

Se extermina a los zánganos ociosos;
guarda sólo habitantes industriosos
la colonia en sus claustros celulares,

y su humilde labor de un arte sabio
rinda la miel que nos endulza el labio
y la cera que alumbra los altares.

LA ENCINA

Entre rocas o fértiles tapices
la obscura encina con vigor salvaje
tiende sus brazos de áspero follaje
y asoma como sierpes sus raíces.

Da sombra y fruto a rústicos felices,
fué en un tiempo sagrado su ramaje,
rindió a soberbias frentes homenaje,
mas del hacha aún conserva cicatrices.

Añosa y rota a su heredad se aferra
y los golpes del cielo y de la tierra
firme soporta porque vuelve en Mayo

a sentir de la sabia el movimiento:
¡podrá en pavesas consumirla el rayo;
más no troncharla el huracán violento!

CARIDAD

Señor, la infausta guerra
que a todas partes con su estrago alcanza,
las virtudes destierra,
y sin Fé, ni Esperanza,
ni Caridad, va el hombre por la tierra.

Lágrimas y congojas
produce el choque pavoroso y fiero
de las desnudas hojas,
y ¡ay! no existe un sendero
que marcado no esté con huellas rojas.

Riega sangre de hermanos
las aldeas, las vides, los trigales,
los pórticos cristianos,
las celdas virginales
y el lecho en que se extinguen los ancianos.

Ser el audaz pretende
rey del mundo y le otorgan triste fama
los combates que emprende:
en su auxilio a Dios llama;
pero es Satán el que su furia enciende.

Y es la vida una carga,
un suplicio, una noche siempre oscura,
un raudal de agua amarga,
una febril locura,
una agonía dolorosa y larga.

¿Hasta cuándo, Dios mío,
no hallara el santo amor, nuestro custodio,
sino desdén impío?
¿Nunca la flor del odio
se agostará en un campo de rocío?

Si es durísima roca
el pecho del mortal, ¿porqué la vara
de Moisés no lo toca,
y abre la fuente clara
del bien que ciego en su interior sofoca?

Y ¿por qué a tu regazo,
¡oh Jesús!, no nos llamas, como hiciste
cuando tu yerto brazo
de la Cruz desprendiste
para dar a Francisco un tierno abrazo?

Trueca en flores las lanzas
de igneos destellos y a evocar disponte
divinas enseñanzas
volviendo, sobre el monte,
a decirnos las Bienaventuranzas.

¿No es digno, Dios clemente
de seguir hoy tus adorables rastros
quien con alma creyente
pesar supo los astros
y arrebató al cielo el rayo ardiente?

Haz que el mundo propicio
reproduzca a tus héroes abnegados
que son del sacrificio
y la virtud Cruzados,
y arroje a los apóstoles del vicio.

Labre feliz. Vicente,
la cuna en que el expósito dormita,
y con el indigente
que de frío tiritó,
parta, Martín, su capa, complaciente.

A su claustro querido,
Alvaro, en hombros lleve a un moribundo,
que en Cristo convertido
mirará con profundo
pasma, a sus pies cayendo conmovido.

Entre en la enfermería
con su diadema y traje de brocado
a lavar, cual solía,
del mísero apestado
las vivas llagas, Isabel de Hungría.

Tú, en quien halla consuelo
la humanidad que sin ventura gime,
baja en rápido vuelo,
¡oh Caridad sublimel
con la Fé y la Esperanza, desde el cielo.

Y el mal verás, delante
de tí y de tus hermanas peregrinas
 huir, cual niebla errante
 que sube a las colinas
y rasga victorioso el sol radiante.

Con tu bondad gobierna
todo lo que es aquí rebelde, suave,
 calor tu mano tierna
 preste en su nido al ave
y luego amanse el tigre en su caverna.

De tí reciba ayuda
el débil; pan, el pobre; luz, el ciego;
 templanza el alma ruda;
 el luchador, sosiego,
y la Verdad el infeliz que duda.

Cesen ya los rencores:
ábranse al bien nuestras esquivas puertas,
 y jamás sin amores
 queden almas desiertas,
ni tumbas sin plegarias y sin flores.

Córdoba, 1914.

Guajiras, Cantares y Pensamientos ⁽¹⁾

CUCUYOS DE PUERTO RICO

Puerto Rico, puerto hermoso
que ví al clarear el día,
como un edén que surgía
del seno del mar undoso;
¡con qué dolor angustioso
vuelvo hacia tí la mirada,
hoy que en tu tierra sagrada
y en el valle que más quiero,
pisa el infame extranjero
la tumba de mi adorada!

¡Puerto Rico, puerto hermoso
que ví, al clarear el día,
como un edén que surgía
del seno del mar undoso;
proteje el valle amoroso
que tu cielo tornasola,
y a esa tumba, yerta y sola
donde está mi corazón,
presta, al menos, un jirón
de la bandera española.

(1) Del tomito publicado por el periódico cordobés «El Español», en 1899.

Déjame, trigueña ardiente,
mecer tu amaca en la siesta,
cuando duerme la floresta
y el aura apenas se siente;
cuando tu lánguida frente
flores y sueños adornan,
y creyéndome que tornan
dichas que no he de gozar,
te puedo ver, sin cegar,
porque tus ojos se entornan.

Ya despierta la alborada,
la playa está fresca y sola
y corre, al llegar, la ola
de algas y conchas cargada.
Ven al baño, y juega y nada,

cual cisne de blancas plumas,
sin temor de que te sumas
pues tu beldad hechicera
¡ay! fué siempre más ligera
que la brisa y las espumas.

Vi en la plaza borinqueña
el guanábano, el copey,
el bananero, el mamey
el mango y la calambreña.
Mas, al punto, a una trigueña
la elogí cuando miraba,
y ella, que miel rebosaba,
mostrándome, poco a poco,
su dentadura de coco,
me dió en sus labios guayaba.

CONSTELACIÓN ANDALUZA

I

Yo soy de la hermosa tierra
que mas se parece al cielo;
de Córdoba, en cuyo suelo
un paraíso se encierra:
la ciudad que ve en su *Sierra*
blancas *Ermitas* lucir;
la que hizo a Dios bendecir
el mejor templo del moro;
la del *Arcángel de oro*
que copia el Guadalquivir.

II

Con mi calada mantilla
y las blondas de mi falda
cruzo al pié de la Giralda
siendo la flor de Sevilla.
La caña de manzanilla,
el baile y sus emociones,
la guitarra y las canciones,
los toros y las verbenas,
me hacen olvidar las penas
y rendir los corazones.

III

¡Oh Cadiz! El arte humano
tu elogio hacer no ha podido,
ni aún mi labio en que ha vertido
su sal toda el Oceano.
Entre el mundo americano
y tus plácidas riberas
cruzan las brisas ligeras,
y reina del mar, suspiras
oyendo que las guajiras
se abrazan con las playeras.

IV

Su espejo una mar tranquila
su cielo un golfo de luz,
su gloria un talle andaluz
bajo un mantón de Manila.
Gibralfaro la vigila,
la Caleta la hermosea,
el pez su orilla platea,
la trinitaria, es su sal,
y una canción sin igual.
Málaga arrulla y gorjea.

V

¡Granada, rico pensil,
cuando en éxtasis te admiro,
recuerdo el triste suspiro
que dió al perderte Boabdil!
Tu vega el Darro y Genil
surcan en juegos brillantes;
bajo alamedas fragantes
tu Alhambra duerme encantada
y a la par Sierra-Nevada
te corona de diamantes.

VI

¡Encantadora Almería!
¡Cuántos envidian la calma
que en tu seno encuentra el alma
oh amorosa patria mía!
La mirada se extasía
en tus campiñas abiertas,
y descubre ante las puertas
de tus viejas atalayas,
los navios de tus playas
y las palmas de tus huertas.

I

Hoy ha nacido en mi pecho
el astro de los amores,
y cual sombra los dolores
huyen de mi hogar estrecho.
Mi corazón satisfecho
palpita ya sin quebrantos
y trueca, al ver los encantos
con que a mi lado te posas,
su sangre en lluvia de rosas,
su ritmo en tropel de cantos.

II

Ciñe tu frente serena
de tus rizos el tesoro,
como pistilos de oro
en un cáliz de azucena.
Y al ver la luz que los llena

VII

Bajo un sol primaveral
y de un cerro en la pendiente,
te recuestas blandamente,
como una esclava oriental.
En tu alegre catedral
el *Rostro de Dios* se besa,
y a nadie causa sorpresa
que yo, nacida en Jaén,
lleve en mi cara también
la gracia de Dios impresa.

VIII

Humilde y sin poderío
el mar te acaricia ¡oh Huelva!
te brinda frutos tu selva
y te dá minas tu río.
Y miro vagar sombrío
por tus playas a Colón,
un loco cuya ambición
a España un mundo concede,
como el que busca y no puede
descubrir mi corazón.

NUEVO SOL

de matices y destellos,
pienso que ya cubren ellos
el nido de mis delicias,
en que han de ser mis caricias
muchas más que tus cabellos.

III

No son focos con que dañás
tus ojos dulces y amantes,
sino dos claros diamantes
con cerco de áureas pestañas;
dos auroras en que bañas
cuántas imágenes creo;
dos lagos en que sondeo
tus más íntimos arcanos:
dos espejos venecianos
en que te miro y me veo.

IV

Apenas mi vista loca
recorre tu linda cara,
como una abeja se para
en el cáliz de tu boca.
Su frescura me provoca
y su miel bebo en las brisas,
cuando al volar indecisas
abren, con tenue murmullo,
ese fragante capullo
cuna de besos y risas.

V

Tu mano delgada y breve,
bordando con gran primor,
convierte tu bastidor
en un jardín de relieve.
Traza mil flores de nieve
tu aguja impaciente y lista;
más nada encanta mi vista
como ver por tí enlazados
nuestros dos nombres, bordados
sobre la blanca batista.

VI

Dulce, expresiva, y sonora
tu voz de timbre inefable,
ya cante, suspire o hable
me conmueve y me enamora.
Cuando fiel y arrulladora,
acercándome la sien,
me llamas tu único bien,
parecen tus cuchicheos
ensayo de los gorjeos
de las aves del Edén.

VII

Ya tu rubia cabecita
dejas caer hacia un lado,
cual lirio en perlas bañado
que el soplo del aura agita.
Después tu seno palpita,

se cimbra tu talle erguido
y se oye el dulce ruido
de tu pie ligero y suave,
que va y viene, como el ave
que está labrando su nido.

VIII

Cuando el amor te sorprende,
tu sangre, en olas inquietas,
pinta en tus sienes violetas,
y en tu faz rosas enciende:
baja, y por tu cuello extiende
blancas hojas de alelías;
tus átomos carmesíes
funde en nevados raudales
y tus globos virginales
corona con dos rubíes.

IX

No es un abismo infernal
tu corazón, como hay tantos;
es jardín, lleno de encantos,
sin flor ni fruto del mal;
recóndito manantial
de sensaciones supremas;
hogar dulce en donde quemas
de mis recuerdos la llaga;
lira en cuyas cuerdas vaga
un enjambre de poemas.

X

Vital perfume divino
que airoso búcaro encierra;
luz que Dios puso en la tierra
en un vaso alabastrino;
oasis que en mi camino
hace brotar la poesía;
cielo que no cambiaría
jamás por ningún tesoro:
eso es el alma que adoro,
¡el alma tuya, que es mía!

XI

Tú siempre estás sobre todas,
 lucero de mi existencia;
 jazmín que dará su esencia
 en la noche de mis bodas;
 perla que nunca te enlodas;
 fuente en que mi sed mitigo;
 esperanza que bendigo;
 sueño de un mundo mejor;
 ¡ardiente y último amor
 que irá a la tumba conmigo!

XII

¡Ay! Si se eclipsa en mi pecho
 el astro de mis amores
 y cual sombras mis dolores
 vuelven a mi hogar estrecho;
 si no late satisfecho
 mi corazón, sin quebrantos,
 y ve, al buscar tus encantos,
 que junto a mí no te posas,
 ahogará en sangre sus rosas,
 romperá en ayes sus cantos.

CANTARES

Dios te bendiga morena,
 por todo el bien que me has hecho:
 estaba muerto de pena
 y he revivido en tu pecho.

Nadie maldice su sino,
 ni a nadie el dolor desgarrar,
 bebiendo un vaso de vino
 al compás de una guitarra.

Canta tu boca graciosa
 como un jilguero en la rama,
 da olores como una rosa
 y besa como una llama.

¡Qué bien hoy recuerdo
 lo poquito a poco
 que, al ver tus engaños,
 fué haciéndose cuerdo
 el hombre más loco.

La noche sobre el cielo
 cae de repente,
 cuando te echas el velo
 sobre la frente.

PENSAMIENTOS

Son amargas las olas de los mares;
dejad que las remueva el huracán;
cuando en trémulas gotas se evaporen,
su amargura en el fondo quedará.

Son amargas las horas de la vida,
dejad los años rápidos correr,
cuando suba el espíritu a los cielos
aquí en la tierra quedará su hiel.

Del polvo, Dios, sacó el hombre;
su vida es lodo y escoria;
busca entre el cieno la gloria,
entre escombros el poder.

Fango es su virtud mentida,
grano de arena su ciencia,
y al terminar su existencia,
vuelve entre el polvo a su ser.

Acordes y Disonancias ⁽¹⁾

EL PENSAMIENTO Y LA VIOLETA

Le dijo un pensamiento a una violeta.
¡Que distinta es la suerte de los dos!
A tí, oculta en el cespéd, nada inquieta:
Yo vivo entre las fiebres del poeta
y los sueños de Dios.

Callóse la violeta: en el momento
en que la noche se acercaba allí,
le preguntó con temeroso acento:
—¿En quién piensas, altivo pensamiento?
—¡Oh, humilde flor, en tí!

(1) Del tomo de la «Biblioteca Universal», Madrid 1888.

LA COPA DE SANGRE

Estábamos los dos solos,
con un silencio solemne:
Ella, de pronto, mirándome,
exclamó; ¡Tú no me quieres!

Iba a contestarle y súbito
un golpe de tos la hiere:
Coge una copa y la sangre
de su pecho en ella vierte.

Al ver la pena en mi rostro
fingió un semblante alegre,
y me dijo: —Si es que me amas,
ten: esta es mi sangre: ¡bebel!

Llevé la copa a mis labios,
la bebí, la apuré ardiente,
y le dije al entregársela:
¿Cuál es, tú o yo, quien más quiere?

DORMIDO Y DESPIERTO

Ayer soñé contigo. Era la tarde.
Dios apagó, para dormir presumo,
la gran lucerna que en los cielos arde
y cubrió el horizonte un debil humo.

Bajo un calado cenador chino
donde el césped tejió su verde alfombra,
gozábamos los dos ese aire fresco
que anuncia la llegada de la sombra

Y cuando ya un pabellón umbrío
colgó sobre los montes más cercanos
sintiendo al vernos solos miedo y frío,
trémulos nos cogimos de las manos.

Y tanto unimos nuestro cuerpo yerto
para hallar uno en otro abrigo alguno,
que al vernos nadie hubiera descubierto
si éramos ambos dos, o éramos uno.

Y oyóse luego un grito prolongado.
Esa onda de amor que suena y arde!
y después de este beso... entró un criado
diciendo: —¡Señorito, que es muy tarde!

No te engañes, mujer; es un capricho
que pienses que te adoro con empeño;
si alguna vez despierto te lo he dicho,
te lo he dicho acordándome de un sueño.

EL TROMPO Y LA CUERDA

EL TROMPO

Basta ya de ceñirme
cuerda vulgar;
Quiero libre sentirme,
quiero lucirme,
quiero aturdirme,
quiero, ¿lo entiendes? quiero bailar.

LA CUERDA

Bien, baila a tu albedrío
trompo novel;
más tu impulso y tu brío
sabe que es mío,
pues yo te lio,
yo, todo un fuerte señor cordel.

Lanzó el trompo con júbilo un chiquillo,
zumbó en el aire al descender ufano,
y la púa clavó sobre un ladrillo
del cual el chico lo cogió en la mano.

Cayó exánime a poco y contemplaba
la cuerda sus finales pataletas,
tirada sobre el suelo en que formaba
un alfabeto de os, eses y zetas.

Cuando el trompo saciado su deseo,
iba a expirar bailando con delicia,
le habló la cuerda, como le habla al reo
el seco ejecutor de la justicia.

LA CUERDA

Ya que te has divertido, morirás pronto;
pues tú ¿para que sirves, zángano tonto?

EL TROMPO

Para darme muchísimo gusto y bailar.
Y ¿tú, lombriz de cañamo con sucia cola?

LA CUERDA

¿Pues no lo vez, cabeza de perinola?
Yo... ¡para ahorcar!

A LA PUERTA DEL BAILE

LA QUE LLEGA

—Entra conmigo en la mansión brillante
seductora mujer: ya el vals empieza
y admirando tu lujo y tu belleza
te cercará la juventud galante.

Cuando te lleve tu pareja errante
ceñida con flexible gentileza,
tal vez tu hermosa y lánguida cabeza
se incline oyendo su pasión amante.

Entra al punto conmigo, pues ya tardo,
y verás a las dos con qué embeleso
el dios Cupido nos arroja un dardo.

LA QUE ESPERA

—Tú solo tienes en la fiesta acceso
¡yo aquí en la calle la limosna aguardo
del primer hombre que me pida un beso!

1881.

T r a d u c c i o n e s

Abrimos este capítulo de Traducciones con el fragmento que que hasta nosotros ha llegado de la obra de Safo, la poetisa de Lesbos, y una selección de las odas de Horacio, que Belmonte Müller tradujo en su totalidad, procurando imitar, y en muchas es conseguido, el ritmo del verso latino. Transcribimos aquí la oda «A Póstumo», «Horacio y Lidia» y «La vida del Campo», como más conocidas, para que puedan compararse con tantas traducciones como Horacio tiene en nuestra lengua.

Los sonetos de Miguel Angel, llenos de amor por Victoria Colonna, también fueron cuidadosamente traducidos sin perder la delicada finura que este coloso del arte vertió en esos versos, espejos de un alma ardiente. Después damos otros de Shakespeare, una poesía de Haine y otros de Michiewicz, el gran poeta nacional polaco. Auxiliándose del alemán y el francés tradujo al castellano muchas de sus poesías que parecen impregnadas de las brumas del Niemen. Aquí reproducimos los sonetos de Crimea.

A la traducción de poetas franceses consagró muchas horas de su vida. El catedrático y erudito escritor Don Narciso Alonso Cortés, dedicó un artículo hace dos años en el «Bolotín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo» a las traducciones de poetas franceses de Belmonte Müller.

Se dice allí de las «Noches de Musset», cuya traducción analiza y única de las francesas publicadas, que en muchos conceptos superan a las de Teodoro Llorente. Las traducciones francesas de Belmonte Müller son desconocidas por estar inéditas y de ellas pueden hacerse hasta tres tomos, que demostrarían la fidelidad y perfección a que llegó en este difícil género literario. Las muestras que damos de todo el parnaso francés del siglo XIX creemos que aseverarán nuestra opinión.

EL AMOR

ODA DE SAFO

Un dios semeja la mortal criatura
que frente a frente, como yo, te mira
y en tu voz dulce y tu sonrisa encuentra
su única dicha.

No bien te acercas, en mi pecho amante
arrebatao el corazón palpita,
y mi voz, siempre que llegar te veo,
trémula espira.

Ni una palabra articular consigo;
corre mi sangre como llama viva;
laten mis sienes; mis oídos sumban;
pierdo la vista.

Mi helado cuerpo de sudor se baña;
tiembla mi seno; como flor marchita
pálida inclino la cabeza y siento
que huye mi vida.

A SEPTIMIO

Horacio.. (Oda VI. Lib. II)

Tú que conmigo irías hasta Cádiz,
o a la región del indomable cántabro,
o a las sirtes que el mar de Mauritania
azota alborotado;

¡ojalá que Tibur, ciudad argiva,
preste, oh Septimio, a mi vejez amparo,
y del mar y la tierra y los combates,
encuentre allí descanso!

Si me lo niegan las terribles Parcas,
iré al Galeso, donde moja el blanco
cordero su vellón y verá el reino
del laconio Falanto.

Ese lugar me agrada, cual ninguno;
por la miel del Himeteo yo no cambio
su miel, ni doy su oliva por la verde
oliva de Venafro.

Invierno tibio y larga primavera
 manda Jove y no envidian los collados
 de la Aulonia las viñas de Falerno,
 pues de ellas cuida Baco.

Ese feliz y plácido retiro
 nos convida a los dos; y en él, acaso,
 los restos, aún calientes, del poeta
 bañe tu tierno llanto.

A POSTUMO

Horacio. (Oda XIV. Lib. II)

Cuán fugaces, Póstumo, caro amigo Póstumo,
 ¡ay! los años se alejan y espiran.

Nuestros pobres ruegos detener no logran
 la rugosa vejez tan temida,
 y menos la Muerte fatal e implacable.

Ni con tres hecatombes al día
 aplacar pudieras a Plutón terrible
 que en la margen fatal de la Estigia
 a Gerión triforme y a Ticio retienen
 y la cual a pasar nos obliga
 a cuantos vivimos, reyes o colonos,
 de los frutos que el suelo nos brinda.

Huir es inútil del furor de Marte,
 ni triunfar en las olas bravías
 del Adria, ni abrigo buscar en Otoño
 a las ráfagas de aire nocivas,
 pues las aguas lentas del Cocito oscuro
 ver debemos, y allí a las malditas
 Danaides y a Sisifo, el hijo de Eolo,
 que un suplicio sin fin lleva encima.

Dejarás tus campos, tu hogar, tu consorte,
 y de todos los que ahora cultivas,
 árboles hermosos que por breve tiempo
 constituyen tu encanto y tu dicha,
 el ciprés odiado será el que tan solo
 a la tumba desierta te siga.

Después tu heredero, más sabio, o más digno,
 verterá por tu sala, entre risas,
 el Cécubo añejo que hoy tienes guardado
 con cien llaves y el cual llegarían
 a envidiar, acaso, los graves Pontífices
 al beber en sus tazas auríferas.



Retrato al carbón debido al lápiz de Belmonte Müller

LA VIDA DEL CAMPO

Horacio. (Epodos, II)

Feliz quien de negocios apartado,
imita a sus mayores
dirigiendo en sus tierras el arado,
sin sufrir acreedores.

Y ni el clarín guerrero le despierta,
ni teme el mar violento,
ni va al foro, ni pasa por la puerta
del magnate opulento.

Adorna el olmo con la vid flexible
que a su tronco se adhiere
o podando la rama ya inservible,
otra nueva le ingiere.

Ve sus rebaños sestear; destila
de sus áureas abejas
la miel en limpias ánforas y esquila
sus cándidas ovejas.

Cuando Otoño, en el campo, alza su frente
de frutos coronada,
¡como goza al coger ávidamente
la alta pera ingertada
y la uva dulce de purpúreo grano,
que luego ha de ofreceros
a tí, Priapo feraz, y a tí Silvano.
guardián de sus linderos!

Si quiere reposar bajo la sombra
que la encina derrama
o dejarse caer sobre la alfombra
de la tupida grama,
las aguas que entre guijas serpentean
con rumor cristalino,
los pájaros felices que gorjean
en el bosque vecino,
la fuente que al brotar, lanza un murmullo
monótono y risueño,
todo, todo a su lado en suave arrullo
le invita a un dulce sueño.

Y cuando Jove en la estación sombría
le manda lluvia y nieve,
acosa al jabalí con su jauría
hasta la red aleve,

pone al tordo voraz cebo bastante
y a la liebre miedosa
en lazos coge o a la grulla errante
que es pieza apetitosa.

¿Quién no calma entre tales regocijos,
de un triste amor el duelo?

Cuida, en paz, de su casa y de sus hijos
una esposa modelo,
que como la puyesa o la sabina
con ser casta disfruta,
y antes que llegue su consorte hacina
en su hogar leña enjuta,
lleva las cabras al redil compuesto
de taramas punzantes
donde su mano les ordeña presto
las ubres rebosantes;
le saca del buen vino que aquel año
que el animo le excite
le rindió la cosecha
y viandas no compradas a un extraño
le da en frugal convíte.

¡Ah! No me gustarán la ostra lucrina,
el rombo de la Ausonia,
el escaro, la nómida gallina,
ni el francolín de Jonia
como me gustan la aceituna entera
cogida al verde olivo,
la benéfica malva, la acedera
que brota sin cultivo,
el corderillo de ojos inocentes
a Pan servido en holocausto
o el chivo que en los fieros dientes
se halló del lobo infausto.

Y me halaga sentado ante mi mesa
ver la grey que del cerro
donde pació tranquila, ya regresa
y agólpase a su encierro;
las yuntas de sufridos animales
que al revés traen la reja
y la turba de esclavos en los cuales
la llama se refleja.

Alfio así habló, pensando el usurero
seguir campestres sendas,
mas si en los idus cobra su dinero
lo presta en las kalendas.

HORACIO Y LIDIA

(Oda IX Lib. III)

HORACIO.

Mientras que fui tu amado
y no ciñó tu espalda blanca y tersa,
rival afortunado,
me sentí más dichoso que un rey persa.

LIDIA.

Mientras era tu amada
y tu pecho por Cloe no latía,
yo, doquier alabada,
excedí en gloria a la romana Ilía.

HORACIO.

Hoy Cloe me divierte
cantando en su laúd con voz muy bella:
si me pide la Muerte,
daré mi vida con placer por ella.

LIDIA.

A Calais, el griego,
hoy amo y paga mi pasión con creces:
daré al destino ciego,
mi vida por la suya una y mil veces.

HORACIO

¿Y si Venus uniera
nuestras almas después de tal perfidia,
y a Cloe despidiera,
no abriendo ya mi puerta sino a Lidia?

LIDIA.

Aunque él es más hermoso
que el sol, y tú te irritas más conmigo
que el Adria tormentoso,
vivir siempre y morir quiero contigo.

SHAKESPEARE

Apenas en oriente el sol glorioso
asoma su ignea faz, nuestra mirada,
llena de luz, un culto fervoroso
rinde a su antigua majestad sagrada.

Cuando llega del cielo a la alta cumbre,
cual fuerte joven a la edad madura,
todavía el mortal busca su lumbre
y presta adoración a su hermosura.

Más al bajar su carro con el día
como anciano que lleva un lento paso,
la fiel mirada al punto se desvía
de la pálida ruta del ocaso.

Ir, como él, a la muerte es tu sentencia,
y sólo un hijo advertirá tu ausencia

Odiame, al fin, un poco, si has de odiarme,
mientras el mundo me combate: aunque oses
uniéndote a mi estrella doblegarme,
no por detrás mi corazón acosas

cuando apenas salir he conseguido
de otro dolor, maltrecho y victorioso,
a una noche de viento enfurecido
no des un triste amanecer lluvioso.

Si me vas a dejar, hazlo primero
que otra desgracia hiérame importuna;
pues yo, por tí, desde el principio, quiero
sufrir todo el rigor de mi fortuna.

Y las que hoy me parecen aflicciones
nada serán después que me abandones.

SONETOS DE MIGUEL ANGEL

L.

Vuélveme el tiempo aquel en que corría
ciego de amor, sin riendas y sin freno;
vuélveme el rostro angélico y sereno
que Dios colmó de encanto y de alegría:

vuélveme el vivo andar que acorto hoy día
cargado de años y de achaques lleno,
y fuego y agua escóndeme en el seno,
si quieres que arda y lllore todavía.

Y si es verdad, Amor, que sólo vives
del llanto amargo y dulce que recibes,
te dará el de este anciano un goce breve.

Ya el alma va a tocar la otra ribera
y el dardo de otro amor herirla debe,
quemándose en más alta y noble hoguera.

XXIX

A Gandolfo Porrino,
que le pidió un retrato
de Victoria Colonna.

La beldad que en el cielo aclamaría
por única, cual lo hago en su morada
terreste, vil mansión que en lucha airada
con la virtud, no ve la luz que envía;

esa beldad que a vos su alma confía,
poco os placiera viéndola trazada
por mí, en el mármol o el papel, pues nada
de la divina imagen mostraría.

Como el sol comparado con la estrella,
muy superior a nuestra mente es ella,
y, artista ruin, no llega hasta su altura.

Que no os complazca en esto, no os asombre:
esa belleza del Creador hechura,
él pudiera copiarla, más no el hombre.

XXVIII

De tu florido pelo la esplendente
y áurea guirnalda brilla placentera,
orgullosa al notar que es la primera
que consigue besar su casta frente.

El corsé que de día complaciente
te ciñe, más feliz se considera
si lo abres luego, y cae tu cabellera
por tu rostro y tu cuello suavemente.

Pero acaso se encuentra más a gusto
la cinta que evitando el oprimirte,
se ata con gracia a tu nevado busto.

Y el cinturón sencillo y elegante
que dice: ¡Siempre así quiero ceñirtel
¿Qué hará entonces el brazo de un amante?

X

Todo cuanto nos gusta va derecho
de la pupila al corazón liviano
por un camino tan extenso y llano
que no puede atajarse en ningún trecho.

Así el error tal vez entra en el pecho
y aparta al alma de su fin cristiano,
porque todo el que mira el goce humano
se detiene a su lado satisfecho.

Pocos alzan la mente: el que en la pira
del amor vive, una ponzoña aspira
que es fatal si no logra remontarse

al ideal, por la divina gracia,
y su afán de hermosura allí no sacia:
¡oh que triste es llegar a enamorarse!

LXIV

Sobre un mar que combate la tormenta
mi vida, navegando en frágil barca,
llega al puerto común de esa comarca
donde hay del bien y el mal que rendir cuenta.

Sé que mi fantasía nunca exenta
se vió de error, y en cuanto el mundo abarca
hizo del arte un ídolo, un monarca,
siendo aquí erróneo cuanto el hombre intenta.

¿Que hareis dulces ensueños de inefable
amor, hoy que hallo al fin de mi camino
dos muertes, una cierta, otra probable?

¡Fuera escoplo y pincel! No dan sus trazos
la emoción honda que el Amor divino
sobre la Cruz abriéndonos los brazos.

MADRIGAL

LXII

(DE MIGUEL ANGEL)

¡Ay mísero! Mis años recorriendo
no hallé ni un día entre los más lejanos
que por mío tuviese. Hoy ya comprendo
cómo esperanzas y deseos vanos
me hicieron con propósitos livianos
huir de la virtud consoladora,
llorando, amando, suspirando, ardiendo,
pues ninguna afección mi pecho ignora.

Me extingo hora por hora,
la sombra ante mí crece, el sol declina
ríndese el cuerpo y mi cerviz se inclina.

EN EL CIELO

(DE E. HEINE)

Estaba el cuerpo en su ataúd metido,
pero el alma ya lejos
del bullicio y estrépito del mundo
iba en busca del cielo.

Al encontrarse arriba, a la gran puerta
llamó con breve aliento
y dijo fatigada estas palabras:

—¡Ven, ábreme, San Pedro!

Cansada ya del terrenal trabajo
recostarme deseo

sobre cojines de labrada seda
en el celeste reino;
jugar un rato a la gallina ciega
con los ángeles bellos,
y, en fin, gozar de la suprema dicha
y del reposo eterno.
A poco percibí de unas babuchas
el roce por el suelo;
un gran manojo de pesadas llaves
resonó con estrépito,
y de la puerta ví por la mirilla
asomarse a San Pedro.
Y me dijo: —Aquí llegan con frecuencia
vagamundos, bohemios,
ganapanes, tronados, mercachifles,
que hacen falso comercio,
y hotentotes, ya solos, ya en pandilla,
que se creen con derecho
de entrar y convertirse en venturosos
y ángeles por lo menos.
¡No faltaba otra cosa! Para tantos
patibularios reos,
para bribones de tan vil especie
los cielos no se han hecho.
A Satanás pertenecéis vosotros.
Vaya, sal al momento
y corre a hundirte en los profundos antros
del eternal infierno.
Así gruñó San Pedro; mas su enojo
le duró poco tiempo
y me dijo estas frases cariñosas
con un meloso acento:
—¡Alma infeliz! Quizás tu no figures
en ese grupo abyecto.
No, no me cabe duda, y por lo mismo
cumpliré tus deseos
aprovechando el día de mi santo
para este rasgo tierno:
Mas dime de qué reino y de qué villa
eres tú, y por supuesto,

dime si te casaste, pues los hombres
que soportar pudieron
la ruda cruz del matrimonio, expían
los pecados más negros.
No tiene precisión ningún casado
de que cuezan su cuerpo
en la estufa infernal y al punto le abro
cuantos llaman al cielo.

El alma respondióle: —Soy de Prusia:
es Berlín, vasto pueblo,
su capital: el Sprée la atraviesa,
rio claro y sereno
que la lluvia y los guardias imperiales
lo desbordan frenéticos.

Berlín es gran país; en él estuve
de profesor doméstico
y me puse a enseñar filosofía.

Fuí casado, en efecto,
con una que antes fué la ama de un cura,
y de un modo tremendo
se me quejaba siempre, sobre todo
en los graves momentos
en que faltaba el pan en nuestra casa.

Después me sentí enfermo
de un grave mal que me llevó al sepulcro,
y héteme aquí ya muerto.

—¡Ahl la filosofía es triste oficio—
exclamó el buen San Pedro.

—¡No concibo que exista un hombre solo
que en ella pierda el tiempo.

Es una ciencia fastidiosa, inútil,
e impía por su objeto.

Entre el hambre y la duda colocados
vivís de angustia llenos
y al fin de todo el diablo se presenta
y os lleva sin remedio.

Sin duda muchas veces tu Xantippa
se quejaría viendo
la clara sopa de agua sin sustancia,

sin un ojo grasiento
que le pudiera dirigir alguna
mirada de consuelo.
Mas hoy tú debes encontrar alivio,
alma infeliz. Es cierto
que órdenes terminantes y severas
me han dado contra aquellos
que a graves filosóficos estudios
entregados vivieron
y en especial a esa maldita escuela
de impíos y de ateos.
Lanzar de aquí con ignominia a todos
a latigazos debo.
No obstante, hoy, como sabes es mi día
y no echarte prometo:
voy a abrirte las puertas de la gloria,
vaya, métete presto.
Aquí seguro estás: ¡perfectamente!
Puedes el día entero,
desde el amanecer hasta la noche,
pasear por el cielo
y recorrer las calles empedradas
de diamantes espléndidos:
mas, ya sabes: lo que es filosofía
tratar no te consiento,
pues me pondrías en apuro grave.
Si oyes en tu paseo
cantar a algunos ángeles, inclínate
con reverente celo;
y si fuese un arcángel entusiásmate
y dile satisfecho
que la divina Malibrán no tuvo
voz de timbre tan lleno.
También de serafines y querubas
aplaude los conciertos;
compáralos con Mario, Tamburini
y Rubini, y, al verlos,
saluda reverente y dales títulos
magníficos y excelsos,
pues lo mismo en el cielo que en la tierra

a los cantantes buenos
 les gustan los elogios. Aquí mismo
 en el celeste imperio,
 al Maestro de Capilla de los mundos
 le causa gran contento
 escuchar los aplausos de sus obras
 y que un canto soberbio
 en alabanza del Señor resuene,
 y que suba ligero
 en honor suyo y a su gloria un salmo
 entre nubes de incienso.
 ¡Ah me olvidaba! Si a cansarte llegas
 del esplendor del cielo,
 vénme a buscar en esta portería
 y nos entretendremos
 en jugar a las cartas; yo conozco
 toda clase de juegos,
 del sacanete al faraón incluso:
 además, tomaremos
 una copita añeja. Y, a propósito,
 si tienes un encuentro
 con el bueno de Dios y te pregunta
 el nombre de tu pueblo,
 no digas que es Berlín: Munich o Viena,
 contéstale: es más cuerdo.

Enero 1880.

BAGTEHESARAI

(DE MICKIEWICZ)

Desierto está el alcázar: sus amplios corredores
 ya los Pachás sumisos no limpian con su frente,
 ni los divanes sirven de trono o confidente:
 la sierpe y la cigarra son únicos señores.

Rompiendo una clemátide los vidrios de colores
 de la mansión humana se ampara lentamente,
 e igual que en el palacio de Baltasar riente
 el nombre *Ruina* escribe con sus modestas flores.

En el salón que estuvo por el harén poblado,
 luce marmórea fuente que el tiempo ha respetado,
 y así, llorando perlas, murmura noche y día.

—Amor, fortuna, gloria, ¿qué fué tanta opulencia?
 Vivir más que mis ondas pensásteis y ¡oh demencial
 ya no existís, y sigo llorando todavía.

LAS MONTAÑAS Y LAS ESTEPAS DE KOZLOW

(DE MICKIEWICZ)

EL PEREGRINO

¿Aláh cuajó esos témpanos que un blanco mar despliegan?
¿labró para sus ángeles arriba un trono puro,
o bien detener quiso, Luzbel, formando un muro,
las caravanas de astros que del Oriente llegan?

Cual si Stambul ardiese sus rojas cumbres ciegan,
y son, de noche, el faro que tienen más seguro
para cruzar los golfos del firmamento obscuro,
los mundos que, sin término, por su extensión navegan.

MIRZA

Allí subí. El invierno muestra su faz esquiva
beben en su urna helada rios y ventisqueros;
entrábame en los labios la nieve, y fui arriba.

No llegan nubes, ni águilas; vi el lecho pavoroso
del rayo: y mi turbante brilló entre los luceros.
El Tehatirdad es su nombre.

EL PEREGRINO

¡Oh Aláh, grande y glorioso!

LA TUMBA DEL HARÉN

(DE MICKIEWIECZ)

Aquí para la mesa del Aláh escogió la suerte
en la amorosa viña racimos bien tempranos
y fué una red el féretro que en dulces oceanos
cogió las perlas jóvenes que disfrutó la Muerte.

El tiempo echó un sudario sobre su polvo inerte:
en el jardín los pétreos turbantes soberanos
semejan lanzas yertas en expectrales manos
y en las mortuorias lápidas ni una inscripción se advierte.

¡Oh rosas que os abristeis en el Edén florido,
entre follajes púdicos, junto a la fuente clara,
donde ningún profano jamás se ha introducido!

A ver hoy vuestras tumbas un triste infiel se para.
¡Y yo tengo la culpa! Perdón, Profeta santo;
¡pues él ha sido el único que las regó con llanto!

LA TIENDA DEL SOLDADO

POESÍA RUMANA

(DE MICKIEWIEZ)

El soldado en su tienda dormita,
sonriendo su faz arrogante.

Va la luna a su tienda y le dice:

«La mirada yo soy de tu amante.»

Y el soldado responde: ¡Yo tengo
mi espada brillante!

Entra el viento en su tienda y le dice:

«De tu madre yo soy el suspiro.»

Y el soldado responde: ¡En la lucha
tan sólo respiro!

Cae la noche en su tienda y le dice:

«Soy el tul que tu novia ciñera»

Y el soldado responde: ¡Yo tengo
la santa bandera!

Besa el río su tienda y le dice:

«Soy el agua de acción bienhechora».

Y el soldado responde: ¡Mi pecho
la sangre atesora!

Baja el sueño a su tienda y le dice:

«Soy el sueño que dulce paz vierte».

Y el soldado responde: ¡Yo tengo
la pálida Muerte!

EN UN ALBUM

(DE A. DE LAMARTINE)

No se abre y cierra el libro de la vida
por donde el hombre quiere:

el pasaje feliz que más le encante
nunca lo lee dos veces.

Pero la hoja fatal, esa..., de pronto,
por sí misma se vuelve,

y cuando él busca del amor la página
hallarla de la muerte.

BAIDAR

(DE MICKIEWIEZ)

Suelto al corcel las riendas; furioso lo espoleo:
 florestas, valles, rocas en confusión creciente
 aléjanse a mi paso, como olas de un torrente:
 ¡sumirme en torbellinos de imágenes deseo!

Y mientras corre el bruto, causándome mareo,
 y al mundo echa una inmensa mortaja el occidente,
 rocas, florestas, valles, en mi pupila ardiente,
 como en un prisma roto, reproducirse veo.

La tierra duerme en calma; yo velo: en ir no tardo
 al mar: una ola negra se acerca furibunda:
 doblo la frente; extendiendo los brazos; firme aguardo:

en mi cabeza rómpese; el caos me circunda,
 y aspiró a que, cual frágil barquilla, en tal momento
 en la ola del olvido se hunda mi pensamiento.

EL PRIMER PESAR

(DE A. DE LAMARTINE)

De Sorrento en la playa deliciosa,
 donde el agua armoniosa
 baña con su onda azul el limonero,
 junto a un seto de espinos y de yedra
 que limita el sendero,
 hay una angosta piedra
 que ve, al pasar, impávido el viajero.

Verde alhelí con su follaje cubre
 el nombre allí esculpido,
 nombre que ningún eco ha repetido,
 y sólo algún curioso si descubre
 al apartar la rama
 la inscripción que contiene el mármol yerto,
 con las pupilas húmedas exclama:
 —¡Diez y seis años! ¡Que temprano ha muerto!

Mas ¿a qué renovar tristes escenas?
 Sí; que el mar ruja, que suspire el viento
 y yo recuerde mis antiguas penas:
 soñar, y no llorar, es lo que intento.

¡Diez y seis años! Nunca tan radiantes
los reflejaron una frente bella,
ni nunca en unos ojos tan amantes
fulguró el sol de la ribera aquella.
Grabadas llevo en lo interior del alma
sus gracias seductoras
con tan viva impresión, como en las horas
de gratos devaneos
en que los dos mirándonos en calma,
y alargando en el mar nuestros paseos,
daba al viento su negra cabellera
y cubierto el semblante
con la sombra ligera
de la vela fugaz y palpitante,
del pescador los cantos escuchaba,
los perfumes del aire recogía,
cual blanca flor la luna me enseñaba,
con los rizos de espuma se engreía
y ante aquel espectáculo sereno
me preguntaba con afán sencillo:
—¿Por qué todo en los aires y en mi seno
despide tanto brillo?
Nunca al ver el espacio
sembrado de tan fúlgidos luceros
ni las arenas de oro y de topacio
en que mueren las olas, ni los montes
que rasgan altaneros
el tul de los celestes horizontes,
ni los golfos que ciñe la floresta,
ni el campo, ni las luces de la playa,
sintió mi ser, que como el mar se explaya,
una emoción tan plácida cual esta.
¿Por qué nunca en mi vida así he soñado?
¿Es que también al corazón le presta
su luz algún lucero enamorado?
Hija de la mañana,
dime, sin vacilar, si eran tan bellas
en tu tierra lejana,
no estando yo, las noches sin estrellas?
Después, viendo a su madre sonreirse,

en su regazo reclinaba ufana
la cabeza gentil para dormirse.

Mas ¿a qué renovar tristes escenas?
Sí; que el mar ruja, que suspire el viento
y yo recuerde mis antiguas penas:
soñar, y no llorar, es lo que intento.

¡Cuán puro de su vista fué el halagol
El soplo de sus labios ¡qué inocente!
Su alma inundó aquel cielo refulgente
y cual de Nemi el cristalino lago,
era límpida, tersa y transparente.
Al inclinarme ante su faz, veía
cruzar su pensamiento; en su mirada,
que el velo de los párpados cubría,
la timidez hallábase pintada:
ningún pesar su frente contraía
y siempre alegre, su sonrisa loca
que iba más tarde a convertirse en duelo,
se dibujaba en su entreabierta boca,
cual arco iris en mitad del cielo.
Como un astro sin nubes, su semblante
siempre estaba radiante;
su pie vagaba suelto y cadencioso
cual onda fugitiva que el sol dora,
o corría y corría bullicioso;
y su voz argentina
eco infantil y música divina
de un alma vibradora,
regocijaba el aura campesina.

Mas ¿a qué renovar tristes escenas?
Sí; que el mar ruja, que suspire el viento
y yo recuerde mis antiguas penas:
soñar, y no llorar, es lo que intento.

Fué mi imagen tranquila
la que primero se grabó en su pecho,
como el sol, al abrirse la pupila.
Mirábame anhelante de tal modo,
que de su amor en el raudal deshecho,
llegó a fundir el universo todo.

Enlazó con la suya mi existencia:
mi corazón se abría en su presencia:
yo formé parte del hermoso mundo
que contemplaba en óptica ilusoria
y conmigo soñó su amor profundo
disfrutar en la tierra y en la gloria.
Sin importarle el tiempo o la distancia,
su vida, cual la rosa su fragancia,
exhalábala toda en un instante;
su pasado, delante
de mí como una sombra se alejaba
y el porvenir que ansiaba
era una noche de efusión amante.
Confiaba en los hermosos esplendores
del campo que feraz nos sonreía
y en la oración que alegre dirigía
ante el altar, cubriéndolo de flores.
Por las gradas del templo
de la mano llevábame consigo,
igual que a un niño para darme ejemplo,
y su voz hechicera
me decía, al subir:—¡Reza conmigo,
porque no puedo concebir siquiera
lo que es el cielo, sin estar contigo!

Mas ¿a qué renovar tristes escenas?
Sí; que el mar ruja, que suspire el viento
y yo recuerde mis antiguas penas:
Soñar, y no llorar, es lo que intento.

¿Habéis visto un estanque de agua pura
como lago a través de la arboleda,
sin que lo rice el aura que murmura
ni el rojo sol evaporarlo pueda;
cuando en él baña el cuello de alabastro
un cisne que sereno se desliza
por el terso cristal, en donde el astro
con su reflejo temblador lo hechiza;
y después que alza el vuelo
hacia otra fuente y el raudal azota,
el agua se alborota,

de su empañada faz se borra el cielo,
espárcese el plumaje
que en blancos copos flota
como vestigios de alevosa muerte
causada por un águila salvaje,
y el lago azul su limpidez convierte
en arenoso y turbido oleaje?

Así aquel alma tímida y profunda,
estremeciéndose al irme: en un momento
se consumió su llama moribunda
y subió para siempre al firmamento.

No esperó una segunda
época de ilusión y bienandanza,
no vivió entre la duda y la esperanza,
no quiso ahorrarse un solo sufrimiento:
apuró de una vez, estremecida,
la copa de dolor hasta saciarse
y en su primera lágrima vertida,
todo su corazón sintió anegarse.

Después como la tórtola amorosa
que con el cuello bajo el ala duerme,
ella, siendo más cándida y hermosa,
se envolvió en su pesar, sin un reproche,
y se durmió también, cayendo inerme
¡ay! en el seno de la eterna noche.

Más ¿a qué renovar tristes escenas?
Sí; que el mar ruja, que suspire el viento.
y yo recuerde mis antiguas penas:
soñar, y no llorar, es lo que intento.

Quince años hace que en la tierra fría
duermen tranquilos sus despojos yertos
y nadie con su llanto los rocía:
el implacable olvido,
ese nuevo sudario de los muertos,
por la antigua vereda se ha extendido,
nadie allí gime o ruega
más que mi pensamiento cuando sube
del tiempo la corriente presurosa
y al corazón pregunta con anhelo

por cuantos seres a mi lado tuve:
yo, entoces, evocando
mi pasado feliz, busco en mi cielo
las estrellas que han ídose apagando.

Ella fué la primera y aún alumbra
con tibia luz la noche de mi duelo
donde el alma piadosa la vislumbra.

Más ¿a qué renovar tristes escenas?
Sí; que el mar ruja, que suspire el viento
y yo recuerde mis antiguas penas:
soñar, y no llorar, es lo que intento.

La tierra no le ha dado
más que un espino como pobre adorno:
mecido por la brisa del contorno
y por el sol tostado,
crece sin darle sombra, en tosca peña,
como recuerdo fúnebre arraigado
dentro de un corazón que sufre y sueña:
el polvo del camino
se extiende por su pálido follaje
y entra el diente dañino
de la cabra voraz en su ramaje:
una flor, al llegar la primavera,
como copo de nieve
sobre el arbusto flota un tiempo breve,
pues la brisa ligera
la deshoja enseguida
antes que exhale su perfume vago,
como, a veces, deshójase la vida,
sin ofrecer al corazón su halago:
cantando triste un pájaro se posa
sobre la débil rama que estremece...
¡Oh flor, tan pronto mustia en una fosal!
¿Dime, no existe una región hermosa,
en la cual otra vez todo florece?

¡Ah, pasad ante mí tristes escenas,
con las que el alma desahogar espero:
que yo recuerde mis antiguas penas:
mi corazón rebosa y llorar quiero!



LA ROSA Y LA TUMBA

(DE VICTOR HUGO)

Dijo la tumba a la rosa:

—¿Del llanto que el alba envía
que haces tú, flor amorosa?

—¿Y qué haces tú, fosa yerta,
de cuanto de noche y día
desciende a tu sima abierta?

Yo en mi caliz, tumba oscura,
del rocío que me anega
hago la esencia mas pura.

Yo en la sombra, flor sin consuelo,
del alma que hasta mi llega
hago un Angel para el cielo.

A UNA MUJER

(DE VICTOR HUGO)

Mujer, si fuese rey, mi patria entera
mi carroza, mi cetro, mi bandera,
mi áurea corona. mi nación postrada,
mis baños de alabastro y mi velera
flota que la mar lleva fatigada,
todo eso te lo diera
por sólo una mirada.

Si fuese Dios, la tierra, la onda fría,
el aire, las legiones que tendría
de angeles y demonios, el espeso
caos, la eternidad muda y sombría,
y los cielos y mundos, todo eso
feliz te ofrecería
tan solo por un beso.

(DE VICTOR HUGO)

¡Ah, no insultéis a la mujer caida!
¿Acaso adivináis bajo qué peso
su alma cedió? ¿Sabeis hasta que exceso
se ha visto por el hambre combatida?
Cuando el viento fatal de la desgracia
llega con esas pobres a ensañarse
¿quien no las vió luchar sin eficacia
y con débiles manos agarrarse,
cual la gota de lluvia cristalina
que al borde de la rama de una encina



donde refleja el cielo,
se agita estremecida y oscilante
y después que fué perla deslumbrante
truécase en fango al descender al suelo?

No, no son ellas sino tú el culpable
tú, oh rico. con tu oro:
aun conserva ese fango miserable
de agua limpia un tesoro;
y para hacer que surja todavía
brillando como perla inimitable
la gota de agua desde el polvo obscuro
tan solo faltará
un rayo de sol bello o de amor puro.

LA FLOR Y LA MARIPOSA

(DE VICTOR HUGO)

A la aurea mariposa dijo la flor un día;
—¡No vueles más!
¡Que suerte tan diversal Yo quedo en esta umbria
y tú te vás.

No obstante, aquí alejadas del mundo nos queremos,
cual plugo a Dios,
y al vernos casi iguales, creen muchos si seremos
flores las dos.

Más ¡ay! tú el aire cruzas y yo clavada al suelo,
¡oh suerte vill!
no puedo perfumarte la senda que en el cielo
trazas sutil.

Se bien que irás muy lejos buscando un goce breve
en otra flor,
en tanto que yo miro girar mi sombra leve
a mi alrededor.

Te vas, vuelves y giras, y al fin en otra parte
logras brillar
y así cuando amanece, cansada de esperarte,
me ves llorar.

Si siempre hemos de amarnos luciendo nuestras galas
en este edén,
conmigo echa raíces, o préstame tus alas,
¡mi dulce bien!



ACUÉRDATE DE MÍ

(DE A. DE MUSSET)

Acuérdate de mí cuando la aurora
al sol abra su espléndido palacio:
cuando tienda la noche soñadora
su argénteo velo en el azul espacio:
y apenas tu albo seno con vivo ardor palpíte
y al apacible sueño la obscuridad te invite,
oye en la selva umbría
mi voz que llega a tí
diciéndote: ¡Alma mía,
acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando el destino
separe de la tuya mi existencia;
cuando herido me sienta en mi camino
por la edad, los pesares y la ausencia:
sueña en mi amor entonces, piensa en mi adiós eterno
que el tiempo y la distancia harán más firme y tierno:
y oye de noche y día
mi voz que estará así
diciéndote: ¡Alma mía,
acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando sucumba
y duerma en paz bajo la tierra helada;
acuérdate mí cuando en mi tumba
crezca una pobre flor abandonada:
piensa, al no verme nunca, que mi alma, sin consuelo,
a conversar contigo descenderá del cielo:
y oye en la noche umbría
mi voz cerca de tí
diciéndote: ¡Alma mía,
acuérdate de mí!

ÚLTIMOS VERSOS

(DE A. DE MUSSET)

Año y medio hace ya que en torno mio
escucho de la muerte el aleteo
año y medio de insomnios y de hastío
que la siento a mi lado y que la veo.

Cuando mas me revelo, mayor fuerza
me causa el mal que a devorarme viene,
y si intento avanzar sobre la tierra
mi corazón de pronto se detiene.

Gasto las fuerzas que mi ser prodiga:
si descanso renuévase el combate;
y cual bridón rendido de fatiga,
mi ánimo tiembla y mi valor se abate.

EL POETA Y LA PLEBE

(DE TH GAUTIER)

Le dijo al valle la montaña un día:
—Nada te deja el viento en su combate.—
Y, oyendo del poeta la armonía,
dijo la plebe:—¿De qué sirves, vate?

Contestó al valle la montaña airada:
—Yo hago crecer tus mieses en el suelo,
templo del sol la atmósfera abrasada
y detengo las nubes en el cielo.

Yo fabrico los témpanos helados,
del ventisquero cuajo los cristales,
y de mi pecho en hilos argentados
se deslizan los fértiles raudales.

El vate luego constestó a la plebe:
—Deja que apoye mi cabeza en calma:
¿no ves por mi costado cómo bebe
el mundo entero el manantial del alma?

Septiembre, 1893.

EL PINO

(DE TH. GAUTIER)

Cuando se cruzan las inmensas Landas,
 cuyas arenas blandas
 ofrecen del desierto la tristeza,
 entre el césped mezquino,
 y en verdosas charcas se alza el pino
 presentando una herida en su corteza.

El hombre, ese famélico verdugo
 que del amargo jugo
 de sus víctimas vive y se aprovecha,
 hacia el árbol se inclina,
 y sus lágrimas puras de recina
 coge en su tronco, haciéndole una brecha.

La sangre se desliza gota a gota,
 y cuando ya se agota
 su bálsamo y su sabia, y queda inerte,
 sigue inmóvil y erguido
 en su región, como el soldado herido
 que aguarda en pie los besos de la muerte.

Así es el vate, mísero y fecundo
 en las Landas del mundo:
 guarda, no estando herido, su tesoro,
 y si golpes adversos
 rasgan su corazón, destila versos
 como divinas lágrimas de oro.

2 Octubre, 1893.

AQUI ABAJO

(DE SULLY PRUDHOMME)

Aquí las lilas se concluyen pronto,
 los pájaros cantores enmuducen
 y yo sueño, entre tanto, con canículas
 que duren siempre.

Aquí nunca al rozarse nuestros labios
 queda en su piel sedosa un rastro leve
 y yo sueño, a la vez, con dulces vínculos
 que duren siempre.

Aquí, para su mal, buscan los hombres
 la amistad grata y el amor alegre
 y yo, aquí, sueño con estrechos vínculos
 que duren siempre.

LA ALMOHADA DE UNA NIÑA

(DE M. DUBORDES-VALMORE)

¡Oh mi pequeña almohada,
tibia y rellena de pluma,
tan blanca como la espuma
y hecha sólo para mí

cuando el vendaval, el lobo
o el ronco trueno intimida,
oh mi almohada querida,
que bien duermo sobre tíl

¡Cuántos pobres huerfanitos
sin abrigo, ni morada
no tienen una almohada
en que poder dormir!

Siempre están faltos de sueño
y su desgracia infinita,
hacen, mi buena mamita,
que no deje de llorar.

Por esos pequeños ángeles,
sin almohada, a Dios ruego,
y a la mía abrazo luego
sintiendo inefable bien

y desde el nido en que, dulce,
a tus pies me das abrigo,
a la vez que te bendigo,
toco la tuya también.

Yo dormiré hasta que asome
la claridad matutina:
¡cuánta luz por mi cortina
azul se difundirá!

Voy a rezar mi plegaria
con mudo y santo embeleso;
déjame darte otro beso
y buenas noches, mamá.

PLEGARIA

¡Oh Dios de los niños, oye a una pequeña
cuyo pecho henchido de fervor está:
oigo hablar de huérfanos y mi fé se empeña
oh Dios, en que no haya más huérfanos ya!

Haz que un ángel venga y en la noche acalle
las débiles voces que se oyen gemir
y al niño que deja su madre en la calle
dale una almohada que lo haga dormir.

LA NUBE

(DE TH. GAUTIER)

Salió al jardín la sultana
a bañarse una mañana
y en desnudez hechicera
se puso a peinar ufana
su ondulante caballera.

El sultán, a verla, corre,
tras su ajimez, desnudarse,
y exclama:—¡Alláh me socorrel
Está el eunuco en su torre:
nadie ha de verla bañarse.

—Nadie, no; que estoy alerta—
dijo una nube posada
en la atmosfera desierta.
—Yo miro su tez rosada
de blancas perlas cubierta.

Pálido escucha, se irrita
y hunde el puñal damasquino
en la hermosa favorita,
mientras la nube se quita
del mismo modo que vino.

SONETOS DE J. M.^A HEREDIA

PUESTA DE SOL

La aulaga con que adornan los rocas su aspereza
brillando al sol poniente la cúspide perfuma;
el mar, allá a lo lejos, señala con su espuma
la linde en que la tierra concluye y él empieza.

Miro a mis pies la noche: se calla con tristeza
el ave: entra en su choza, que el horizonte ahuma,
el labrador, y el Angelus se pierde entre la bruma
formando con las olas un himno de grandeza.

Entonces de los sotos, laderas y carriles
suben, cual de un abismo, las voces pastoriles
que llaman a las cabras errantes por la sierra.

La sombra en el espacio se extiende soberana
y sobre un cielo rico y obscuro, el sol ya cierra
el varillaje de oro de su abanico grana.

EL LECHO

Ya muéstrese colgado de raso o tosca tela
grave como una tumba o alegre como un nido,
allí es donde uno nace, descansa y está unido,
infante, esposo, anciano, mujer virgen o abuela.

Nupcial o funerario, bendito hallarse anhela
rociando el Cristo de ébano o el azahar florido,
y todo en él comienza y en él queda extinguido
entre el fulgor de un alba y el de una triste vela.

Cerrado, humilde y rústico, o airoso abriendo al techo
su pabellón bordado de estrellas refulgentes,
de basta encina o de arce valioso lo hayan hecho,

feliz el que sin miedo, ni angustias delincuentes,
dormir puede en el sólido, paterno y santo lecho
donde han nacido y muerto sus nobles ascendientes.

LOS CONQUISTADORES

Saliendo como halcones del nido sanguinoso,
nautas y marineros, tras ímprobos faenas,
de Palos donde arrojan sus humillantes penas,
parten con heroísmo salvaje y ambicioso.

Lánzanse a la conquista del oro fabuloso
que guardan de Cipango las subterráneas venas
y los alíseos vientos les guían las antenas
hacia las playas vírgenes de un mundo misterioso.

Pensando por las noches en épicas auroras
el mar fosforescente del trópico remoto
llenaba de espejismos sus almas soñadoras:

O al ver las carabelas seguir su ruta en vano,
echados en la proa y en frente a un cielo ignoto
miraban astros nuevos subir del Oceano.

A UNA ESTATUA ROTA

Cerró piadoso el musgo sus ojos lastimeros,
 pues ya no ha de encantarlos, cruzando la espesura
 la virgen que regaba con vino y leche pura
 la tierra en que él ponía su nombre en los linderos.

El lúpulo y la hiedra que invade los senderos
 hoy ciñen ese trozo divino de escultura,
 sin ver si es de Silvano, Pan o Hermes la figura,
 en cuya frente cuelgan sus vástagos ligeros.

Mirad: un rayo oblicuo besando ese tesoro,
 pone en su faz borrosa dos órbitas de oro;
 la viña alegre rie cual boca pupurina;
 y él céfiro suave, la hierba floreciente,
 la sombra que se aleja y el sol cuando camina,
 de un marmol destrozado han hecho un dios viviente.

LAS VOCES

(DE P. VERLAIN)

Voz del Orgullo: toque de caracol sonoro;
 astros de sangre roja
 sobre corazas de oro;
 atmósfera en que el alma se asfixia y se acongoja
 mientras se extingue el eco del caracol sonoro.

Voz del Rencor: campana de mar ensordecida
 bajo la espesa nieve;
 un frío que intimida,
 y huyendo por la costa la bulliciosa plebe
 lejos de la campana de mar ensordecida.

Voz de la Carne: ruido de impúdica licencia;
 sujetos embriagados;
 contento en la apariencia;
 frases, miradas y acres perfumes condensados
 en ráfagas que apagan la impúdica licencia.

Voz del Extraño: brumas en lontananza; bodas;
 obstáculos y guerras;
 negocios mil, y todas
 las fiestas que en su circo la humanidad encierra,
 al son de los violones que tocan en las bodas.

Iras, angustias, duelos, nostalgias, tentaciones
que nos habeis querido
mecer en vuestros sonos,
dejándonos el casto silencio interrumpido;
iras, angustias, duelos, nostalgias, tentaciones:

Morid, pues sois efimeras, oh voces terrenales;
ciencia que el hombre crea,
metáforas triviales
y todas las argucias que el pecador emplea:
morid, pues sois efimeras, oh voces terrenales.

Jamás en perseguirnos podeis hallar provecho:
morid entre el murmullo
que eleva en nuestro pecho
la celestial palabra con su divino arrullo:
jamás en perseguirnos podeis hallar provecho.

Morid entre las voces que la oración despierta
volando hacia el Señor
y abriéndonos la puerta
sellada hasta que muere contrito el pecador:
morid entre las voces que la oración despierta,
¡morid entre las voces terribles del Amor!

LA PESADILLA DE UN ASCETA

(DE M. ROLLINAT)

Se alzó a mis pies la víbora afrentosa,
dejóme fascinado y sin resuello
y al primer salto se enroscó a mi cuello
silbando enardecida y ondulosa.

Sentí luego envolver su piel lustrosa
y sus anillos de vivaz destello
y erizárame al punto sentí el vello
con su frialdad intensa y pegajosa.

Mas de pronto aplacó su vista fiera,
tuvo senos y boca y cabellera
y dió abrazos con íntimo embeleso.

Sigue, infame beldad, siendo serpiente,
y en mí claven cien áspides su diente,
mas bien que darme una mujer un beso.

EL LABRADOR

(DE M. ROLLINAT)

Una mañana al verse agonizante
del mal que sufre resignado y bueno,
sentóse, a fin de restaurar su seno
bajo una encina verde y arrogante.

Mas, de improviso, como espectro errante,
va al establo en que mugen sobre el heno
sus dos bueyes, el Rubio y el Moreno,
que lo miran atónitos delante.

Ay! Sus dos compañeros de carreta
le consuelan el alma dolorida
pues ellos son su juventud completa.

El llanto corre de sus ojos tiernos
y les da su postrera despedida
pasándoles la mano por los cuernos.

RAFAEL

(DE A. BARBIER)

Salud ¡oh Rafael! genio lozano,
pintor lleno de gracia y de ternura
que harás por siempre a la belleza pura
amar tu nombre y bendecir tu mano.

Salud, pálido rostro que alza ufano
tu cuello envuelto en la melena oscura
ciséne que a dar su canto se apresura
al arte excelso y al amor humano.

¡Salud! aun cuando ocultes a la vista
tu dulce frente de sensible artista,
siempre tu imagen brilla y nos encanta.

y es ¡oh lirio de púdicos colores!
como un angel echado entre las flores,
o un nuevo Niño de la Virgen Santa.

MIGUEL ANGEL

(DE A. BARBIER)

¡Qué de penas refleja tu semblante,
oh sublime escultor! Tu faz no altera
el surco de una lágrima siquiera
y estás mudo a la risa como el Dante.

Tu ser nutrió una musa exuberante,
fué tu deidad la inspiración severa
y en tu triple y magnífica carrera
no halló tu genio un corazón amante.

¡Infeliz Miguel Angel! Tu alegría
fué dar al mármol majestad sombría
y aterrar, como Dios, con tu grandeza,

y al llegar de tu edad a los confines,
cual rendido león de blancas crines
mueres lleno de gloria y de tristeza.

SU CUERPO

(DE ARMAND SILVESTRE)

Quiero en dos copas modelar tu seno
para extasiarme ante su igual tamaño,
y allí beber el vino todo el año,
cual infante cogido a un pecho lleno.

Después formar con el perfil heleno
de tus amplias caderas un gran baño,
fantasía marmórea, idilio extraño
de hadas y flores en paisaje ameno.

Y de tu cuello que ornan bucles de oro,
un ánfora sacar: así se evita
que muera tu beldad que tanto adoro.

Y viendo el barro que tu forma imita,
dirá un vate mañana: Ese tesoro
¡es el molde del cuerpo de Afrodita!

ANHELOS AMOROSOS

(DE ARMANDO SILVESTRE)

Quisiera ¡oh niña! que fuese
 mi corazón una copa
 donde aplacasen tus labios
 su sed mas viva y recóndita;
 que mezclada en mis suspiros
 subiese mi sangre toda,
 para que tú la besaras
 como encendida corola,
 y que el aura fugitiva
 que se desliza entre rosas,
 mi aliento, al pasar llevase
 desde mi boca a tu boca.

Quisiera, oh niña, que fuese
 mi corazón verde grama,
 para extenderla a tu paso,
 como alfombra de esmeralda;
 para sentirlo en mi pecho
 temblar bajo tus pisadas,
 y cuando luego oprimidas
 se rompieran mis entrañas,
 poder, cual celeste lluvia
 que el suelo fértil empapa,
 con mi sangre, gota a gota,
 regar tus divinas plantas.

Quisiera, oh niña, que fuese
 mi corazón un racimo,
 para verlo destrozado
 por tus blancos dientecitos;
 y al recibir de tu boca
 los deliciosos mordiscos,
 saborear su frescura
 y gozarme en mi suplicio;
 quisiera que compendiase
 el mundo y fuera el recinto
 de cuanto nace a tu antojo
 y muere por tu capricho.



Retrato al carbón debido al lápiz de Belmonte Müller

DE CATULO MENDES

I

De una cañada en el hueco
entona un pastor su canto
y—¡Soy la voz!—dice el eco.

La lámpara que destella
su luz tras leve cortina,
dice al brillar: —¡Soy estrellal

Del lago en el claro espejo,
donde el rosal se retrata,
—¡Soy rosal!—dice el reflejo.

Así tu acento sonoro
es falso, mucho más falso,
al decirme: —¡Yo te adoro!

II

Yo linda joven te ofrecería
en tus dulces esponsales
un fresco aciano que cogería
de entre dorados maizales:
aunque esa flor de seguro
no colmará mis antojos,
pues no tiene el azul puro
de tus ojos.

Yo linda joven te ofrecería
en tus festejos nupciales
un clavel grana que imitaría
sangre de lides marciales:
aunque esa flor imagino
que tanto ardor no provoca
como el cáliz purpurino
de tu boca.

Yo linda joven te ofrecería
en tus tristes funerales
un lirio lánguido que buscaría
entre los secos zarzales:
aunque esa flor no mostrara

con una impresión tan fuerte
la palidez que a tu cara
dé la muerte.

III

Dice el abril a la nieve:
—¡Ojalá tu blanco lecho
fundan mis rayos en breve!—
y el amor le dice al pecho
lo que el abril a la nieve.

La abeja dice a las flores:
Yo quiero con ansia loca
embriagarme en tus olores!
y el beso dice a la boca
lo que la abeja a las flores.

Dice el lucero a la estrella:
¡Todo está obscuro y da enojos
si se eclipsa tu luz bella!
y al verse dicen los ojos
lo que el lucero a la estrella.

EL POZO

(DE V. LAPRADE)

De un hondo pozo en el brocal echados
viendo el cielo en el agua reflejarse
y su faz de aureola coronarse
se hallaban dos amantes extasiados.

Sonreían sus ojos animados
en el límpido espejo al contemplarse,
y juntaban sus dedos para darse
sus imágenes besos delicados.

Más aquel dulce idioma de repente
cortó un raudal que estremeció la fuente
borrando los visages allí impresos.

Y a fin de hablarse en la borrasca aquélla
uniéronse los rostros de él y de ella
y cesó el aire de llevar sus besos.

LA MUERTE DE LA ENCINA

Cuando el hacha te hirió del campesino,
reina gentil de la montaña enhiesta,
sentí en el alma el choque repentino
y ví el duelo extenderse en la floresta.

Suspiros y amenazas se sintieron
a través de sus sombras apacibles
y del hombre cobarde pretendieron
defenderla los genios invisibles.

Despobló el miedo su gentil ramaje
y sin nido los pájaros cantores
sobre tu copa alzaron su plumaje
ahogando con sus gritos los dolores.

Tembló el cristal de la serena fuente,
agitóse el pinar con ruido bronco,
el arroyo lloró con su corriente
y un mudo espectro semejó tu tronco.

EL PADRE

(DE F COPÉE)

Maltratando a su querida
ébrio llegaba a su albergue.
El vicio y el hambre unidos
forjaron con resistentes
eslabones, la cadena
que enlazó a tan viles seres.
Ella sufría por miedo
de dormir a la intemperie
y al pegarle él por las noches,
viendo su genio rebelde,
despertaba a los vecinos
con votos y ayes dolientes:
después reinaba un silencio
terrible como la muerte.
Un día en que eran más hondas,
con el frío de Diciembre,
de aquella infeliz pareja
las angustias y estrecheces,
la cuna recibió un niño
a quien dieron en la frente
amargo beso, aunque al mundo
vino puro, hermoso y fuerte.
Llegó el hombre, al otro día,
embriagado, como siempre,

y de su puerta entornada
en el umbral deteniéndose,
no alzó la mano a la esposa,
pues vió en ella solamente
la santidad de la madre
que su respeto merece.
Ella con dura mirada
y con palabras soeces
recibió al feroz cortejo,
y meciendo ásperamente
la cuna: gritóle airada:
—¡Pega ya! ¿Qué te detiene?
¿No sigue el invierno crudo?
¿No es caro el pan que se vende?
¿No llegas hoy a tu casa
tan borracho como sueles?
El padre quedó abatido
y cual si nada entendiese,
con estúpida fijeza
contempló al niño inocente,
y como un pobre acusado
que tímido se defiende,
murmuró, al fin:—¡Tengo miedo
de que mi hijo se despierte!

SED INSACIABLE

(DE J. RICHPIN)

Cuando yo alcance lo que finjo y veo;
cuando yo agote la virtud y el vicio;
cuando ningún placer me halle novicio
y de toda maldad me sienta reo;

Cuando nada me cause devaneo,
ni me ilusione, ni me quite el juicio,
cuando el azar se ponga a mi servicio,
¿no tendrá el corazón ningún deseo?

¡Ay! Aunque fuese la eternal potencia
que engendrara el placer sin resistencia,
y a la tierra mirase esclava mía.

Al conseguir mi mente caprichosa
todo lo que pretende se hastiaría
y sintiera igual sed por otra cosa.

LA TIENDA DE PAJAROS

(DE MILLEVOYE)

—Venid, jóvenes, que os conviene
mirar los pájaros estos
que se llaman los amores.
Compradme alguno. Aquí tengo
el Amor celoso y cerca
el Amor tímido. —Advierto
que están pasados de moda.
—He aquí el Amor descontento
—Que lo compren los casados.
—El amor tranquilo. Pienso
que de mi edad es impropio.
—Ved el Amor satisfecho.
—Siempre se encuentra dormido.
—Y el Amor constante ¿puedo
hallarlo en alguna jaula?
—¡Quizá! Se me murió de viejo.
—Pues el Amor inconstante,
sin pensarlo más, me llevo.

LA CARROÑA

(DE C. BAUDELAIRE)

Recuerda lo que vimos una hermosa
mañana, vida mía:
junto al camino, en tierra pedregosa
un cadáver yacía
con las piernas desnudas, cual ramera,
sudando acre veneno,
y con infecto olor dejando fuera
el impúdico seno.

El sol que ardía sobre tal horrura
iba a cocerla al punto
a fin de devolver a la natura
más que esta dióle junto.

Miraba el cielo el esqueleto abrirse
como una flor de Mayo
y tanta fetidez llegó a sentirse,
que te causó un desmayo.

Sobre el vientre las moscas se agitaban
y larvas en manojos
como espeso betún se deslizaban
por los yertos despojos.

Y al bajar y subir cual onda henchida
o revolar zumbando
parecía aquel cuerpo cobrar vida
e irse multiplicando.

Y una música alzaba esa ralea
como el agua y el viento
o el grano que en la criba se voltea
con raudo movimiento.

Perdió el cuerpo su forma transitoria
mostrándose a la vista
como un sueño que acaba de memoria
en el lienzo el artista.

Y tras cercana piedra un can inquieto
aguardaba, enojado,
poder asir de nuevo al esqueleto
el trozo abandonado.

¡Ay! cual ese montón, pestilencia
 tú serás, amor mío,
 luz de mis ojos, sol de mi existencia
 ángel de mi albedrío.

Así serás cuando entres, confesada,
 en tu sepulcro y sientas
 florecer sobre tí la grasa helada
 en medio de osamentas.

Dí entonces a las larvas, si percibes
 su asqueroso contacto
 que en cuerpo y alma en mi memoria vives,
 ¡Oh mi amor putrefacto!

LA POBREZA DE ROTSCCHILD

(DE F. DE BANVILLE)

Esperando la letra que le giran
 de Hannover cada mes,
 me decía, con lástima, en la calle:
 ¡Qué pobre Rotschild es!

Pegado a la pared cual Belisario,
 sin un céntimo ruín
 la pobreza de Rotschild lamentaba
 con un pesar sin fin.

¡El tiempo es oro! Ya lo sé, ¿qué importa?
 Yo, sin nada que hacer
 puedo entonar canción al dinero,
 la prensa no leer,
 cual buey que el sol calienta, en las estúpidas
 musarañas pensar,
 y decir que Corneille supera a Laya
 y a Legouvé y Ponsard:
 puedo hacer versos a mis nietos todos,
 y en dulce languidez
 besar a la Pereza cuanto guste
 un día y hasta diez.

Mío es París, desde el café de Rico,
 a donde siempre voy,
 al teatro en que Dupuis y Alfonsa cantan:
 por eso rico soy.

Pero Rotschild no entiende de sonido,
desdeña hasta el fumar
y nunca se le ve de su pupitre
la vista levantar.

Cuando el carro del sol abre cien puertas,
y canto con placer
al despertarme, sus manguitos verdes
él se empieza a poner.

Mientras yo toco celebrando a Cloris,
mi pífano o laúd,
él escribe guarismo tras guarismo
con febril inquietud.

Suma una cuenta ¡oh Dios! de mil millones,
que ni cabe soñar,
y si un céntimo falta, el pobre tiene
que volverla a empezar.

Oh Monselet! mientras que tú devoras
en casa de Bignón,
dice el cajero a Rotschild:—Tenéis cuentas
que echar, señor Barón.

¡Qué pobre es Rotschild! A Lagny no ha visto,
ni a él alegre lo ven:
sólo aquí es rico Glatigni el poeta
y Montjoye también.

Musa, ¡qué pobre es Rotschild! En el bosque
jamás el sol tomó,
por eso una limosna algunas veces
quisiera darle yo.



LA GRANJERA

(DE HEGESIPO MOREAU)

Amad a la granjera noble y gallarda
que aquí se aleja
del mundo y como un pájaro a la sombra
de la arboleda:
¡ojalá el huerfanito y el vagamundo,
cuando hambre sientan,
hallen en su camino la limpia granja
con la granjera.

El mendigo en un banco junto a la lumbre,
mustio se sienta,
y del fondo del arca se le socorre
con gran largueza:
con los pies empolvados también yo, un día
me senté, apenas,
pues mi adiós enseguida le dí a la granja
y a la granjera.

Morir debió en su aurora tan bello día,
por más que hoy sea
su plácido recuerdo dichoso encanto
de mi existencia;
y aunque al cerrar los ojos mirando siga
la luz risueña,
el cercado de flores y aquella granja
con su granjera.

Si es cierto, como el cura dice en sus pláticas,
que el Señor premia
hasta el bien ignorado, que yo le mire
pagar mi deuda
dando flores al valle, paz a la choza
que en él se encuentra,
y del viento y la lluvia libre a la granja
y a la granjera.

Que de noche los niños hilen el copo
de la ágil rueca,

como los blancos ángeles que de la Virgen
los hilos llevan
y sus manos conduzcan al hermanito
que a andar empieza,
brindando con sus juegos dicha a la granja
y a la granjera.

ENVÍO

Vuela tú, canción mía, por el espacio
cual pobre ofrenda:
el ruiseñor, en mayo, sabrá apagarte
con sus endechas
y lograr que del ave de los sepulcros
la voz funesta
no oigan en mucho tiempo la fértil granja,
ni la granjera.

DICHA COLMADA

A MI AMIGO R.

(DE ARVERS)

Era un hogar mi aspiración hermosa,
donde pudiese el corazón cansado,
cual viajero que llega al puerto ansiado,
hallar, al fin, la calma venturosa.

Conseguir, de mi edad, sencilla esposa,
dos niños que jugasen a su lado,
un círculo de amigos limitado
y en noches de calor charla sabrosa.

Dejé el amor al juvenil anhelo
y una amiga busqué por mi camino,
que fuera mi refugio y mi consuelo.

Y más que le pedí me dió el destino,
pues la amistad muy pronto alzó su vuelo
y el dulce amor, sin esperarlo, vino.

Estudio crítico sobre Belmonte Müller

Don Narciso Alonso Cortés, como hemos indicado al comienzo del capítulo de las traducciones francesas de Belmonte Müller, dió a luz en el «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», número uno de 1950, un estudio crítico sobre este poeta y sobre Campo-Arana, con el título «Poetas olvidados». Muy sinceramente le agradecemos su autorización para insertarlo en este número del BOLETIN de esta Academia, dedicado al centenario del nacimiento de Belmonte Müller.

«Aunque no esté tan olvidado como Campo-Arana, Guillermo Belmonte Müller merece una nueva y especial recordación.

Belmonte Müller fué cordobés. Vivió algunos años en Puerto Rico, con un cargo oficial, y allí cultivó la poesía con alguna asiduidad. Regresó a la Península en 1881, y siguió publicando en los periódicos composiciones poéticas. En muchas de ellas imitó a Selgas con demasiada sujeción, y es lástima, porque no lo necesitaba, y ello aminoró su propio valer. Por fortuna, más tarde prescindió de modelos y adquirió fisonomía propia. A más de los libros de versos que ahora citaré, publicó Belmonte Müller en prosa el titulado *Entre la Nochebuena y el Carnaval* (1904). Lleva el subtítulo, justificadísimo, de *Historias íntimas*, y se refiere principalmente a la estancia de Belmonte Müller en Madrid y en Puerto Rico. Contiene el relato de interesantes recuerdos, y es de sentir que el autor no cite los nombres de ciertas personas aludidas, aunque se pueda adivinar alguno, como el de Blanca de Gassó (la joven «alta, hermosa, rubia, de ojos de cielo y sonrisa de ángel», muerta en espantosa tragedia), y el de María del Pilar Sinués (la que «se embadurnaba el rostro con yeso y bermellón, para reanimar las rosas de su juventud»). Hizo además Belmonte Müller estas traducciones: *Goya*, de Laurencio Matheron (1927); *Cuentos*, de Teófilo Gautier (s. a.); *Luis de Corinto*, de Augusto Debay (s. a.).

Entrando en el particular que nos interesa, vemos que el primer libro de versos publicado por Belmonte Müller fué la traducción de *Las Noches*, de Alfredo de Musset. En esta traducción resplandecen así la expresión del contenido poético como la exactitud representativa. Ardua empresa era trasladar a otro idioma la emotividad de *Las Noches*, cualidad relevante de estos poemitas, y en la cual los

franceses hallan su mayor encanto. El traductor español, sin embargo, lo consigue.

Veamos *La noche de Mayo*, la más bella entre todas. Las instancias que la Musa dirige una y otra vez al poeta, incitándole a tomar el laúd y a sacudir el tedio, y a elevar cantos a la esperanza, o al dolor, o a la vida, aparecen trasladadas en toda su verdad. Con estas palabras de halagadora súplica comienza el poemita de Musset:

*Poète, prends ton luth, et me donne un baiser;
La fleur de l'églantier sent ses bourgeons éclore.
Le printemps naît ce soir; les vents vont s'embraser;
Et la bergeronnette, en attendant l'aurore,
Aux premiers buissons verts commence à se poser.
Poète, prends ton luth, et me donne un baiser.*

Y de este modo traduce Belmonte estos primeros versos:

*Toma el laúd, poeta, y dame un beso.
Ya los botones del rosal silvestre
Se van a abrir: hoy nace en este suelo
La primavera: inflámanse las brisas
Y va a posarse entre el follaje nuevo
La silvia roja a quien despierta el alba.
Toma el laúd, poeta, y dame un beso.*

Si por curiosidad comparamos estos versos, y aún la versión entera de *La noche de Mayo*, con la que Teodoro Llorente, el gran maestro de las traducciones poéticas hizo del mismo poema, veremos que en nada desmerece la de Belmonte, antes bien, en algunos conceptos se puede considerar preferible. Llorente presta más atención a la cadencia del verso y a la gala de la imagen; Belmonte se atiene más al texto del original y encierra el pensamiento en los términos precisos, sin menoscabo del ornato. Hasta en la clase de versos elegidos por uno y otro, y en su número y distribución, se observa que Belmonte procura seguir con más aproximación la norma del original.

La noche de Mayo tiende su poético cendal sobre toda la versión de Belmonte. Así oímos los ruegos persistentes de la Musa y las evasivas del poeta, que exalta a su adorada deidad, pero teme ceder a sus exhortaciones.

¿Es tu voz la que me llama,
 Pobre Musa? ¿Tu voz es?
 ¡Oh flor mía encanto eterno,
 Único ser puro y fiel
 Que me conserva cariño!
 ¡Oh, sí, eres tú; veo bien
 Que eres mi rubia, mi amante,
 Mi hermana, y siento a través
 De las sombras de la noche
 Bañar con su brillantez
 Los rayos de tu áureo traje,
 Mi corazón y mi ser!

La noche de Diciembre está, al comienzo y al fin, traducida en romance. bien que dividido en estrofas de seis versos, como son las del original. El resto, o sea, la deprecación del poeta a su *otro yo*, la Soledad, se desenvuelve en otra clase de estrofas, ajustadas en lo posible a las de nueve versos del texto francés. *La noche de Agosto*—la más breve de todas—, tiene trozos de gran inspiración. Pero donde Belmonte Müller logra insuperables aciertos es en *La noche de Octubre*. Más que traducidos parecen sus versos directamente imaginados e impregnados del propio sentimiento. Tal, por ejemplo, los del fragmento que en el original empieza *Jours de travail! seuls jours où j'ai vécu!*:

¡Oh días de trabajo en que he vivido,
 Apacible aislamiento!
 ¡Bendígame a Dios, que me ha traído
 A este antiguo aposento!...

Y más todavía aquellas cálidas palabras de la Musa (*Poète, c'est assez. Auprès d'une infidèle...*):

Basta: aunque la ilusión que te ofrecía
 Durase un día nada más, poeta,
 No ultrajes, recordándola, ese día:
 Si amado quieres ser, tu amor respeta.
 Y si es muy fuerte para el débil hombre
 que a otro perdone el mal que le ha traído,
 Evita el odio, torcedor sin nombre,
 Y a falta de perdón, venga el olvido.

*Como los muertos en la tierra leve,
Las penas hay que adormecer en calma,
Y nunca el polvo profanar se debe
De esos secos cadáveres del alma.*

*¿Por qué en tu historia de un dolor tan vivo
Ves sólo un sueño y un amor tronchado?
La Providencia no obra sin motivo:
¿Piensas que Dios te ha herido descuidado?*

*Dura ley, más suprema a un tiempo mismo,
Antigua como el mundo y como el hado,
Esa que del dolor nos da el bautismo,
Precio a que debe ser todo comprado.*

*Riego la espiga necesita, y brota;
Llantos el hombre, y vive entre su pena.
¡Ay! la alegría es una planta rota,
Bañada en lluvias y de flores llena...*

Años después de publicada la traducción de *Las Noches*, y en la misma colección de la *Biblioteca Universal* donde apareciera ésta, publicó Belmonte otra de *Poemas*, de Alfredo de Musset. Los en ella contenidos eran: *Rola, Namuna, El Sauce y Porcia*.

La traducción de *Rolla* es digna del poema original, uno de los más bellos, indudablemente, de Alfredo de Musset. No pierde nada de su aroma, ni decae un momento en la entonación ni en el ambiente ideológico. La historia, entre triste y licenciosa, que da asunto al poema, reaparece bajo los versos castellanos de Belmonte Müller, y guarda todo su valor la textura de jugosos pensamientos en que se mezclan los más suaves matices del sentimiento con las más hondas amarguras de la meditación. De la fogosa y arrebatada introducción, en que el poeta evoca los tiempos míticos y heroicos y la edad venturosa en que el cristianismo abrió el mundo a la verdad, son los siguientes versos, que quiero copiar aquí para que se aprecie hasta qué punto llega la fuerza expresiva y el aliento poético del traductor (son los que en el original comienzan: *Eh bien! qu'il soit permis d'en baiser la poussière | Au mois crédule enfant de ce siècle sans foi...*):

*Pues bien, dejad que intente
Besar el polvo el más indiferente
Que en este siglo de impiedad vió el día,
Y que riegue ¡oh Jesús! la tierra fría*

Que vive de tu muerte
 Y que lejos de ti se moriría.
 Mas ¡oh Dios! hay alguno, por ventura,
 Que a reanimarla acierte?
 Si antes la tecundó tu sangre pura,
 ¿Quién ¡oh Señor! te imitará de lejos?
 ¿Quién otra nueva juventud procura
 A los que, ayer nacidos, somos viejos?

Viejos como la fecha en que naciste,
 Hoy para todos la esperanza ha muerto,
 Y por segunda vez el mundo triste
 Ve que en su ancho sarcófago subsiste
 El cadáver de Lázaro, aun más yerto.
 ¿Dónde está el Salvador que abra las tumbas?
 ¿Dónde está San Pablo, cuyo idioma ignoto
 Roma escuchó como divino oráculo
 Asida al filo de su manto roto?
 ¿Dónde existe el Cenáculo?
 ¿Dónde las Catacumbas?
 ¿Qué frente baña con su luz serena
 La aureola que iba descubriendo el paso?
 ¿Qué pies la Magdalena
 Unge con los perfumes de su vaso?
 ¿Qué lengua celestial llega ha escucharse?
 ¿Quién de nosotros con su aliento escaso
 En Dios puede cambiarse?
 La tierra, vieja, degradada, inmunda,
 Mueve inquieta la frente y se exaspera
 Con el dolor de aquella moribunda
 Que al ver a Juan llegar a la ribera
 Y su palabra percibir distinta,
 La agitó el goce indefinible y hondo
 De la mujer encinta,
 Y un nuevo mundo palpité en su fondo.
 Llegó otra vez su turno
 A los días de Claudio y de Tiberio;
 Como al fin del Imperio,
 Todo sucumbe de vejez ahora,
 Y se bebe Saturno

*La sangre de sus hijos que devora;
Y la humana esperanza,
Esa madre que a tantos ha nutrido,
Con el seno exprimido,
Viéndose estéril, su reposo alcanza.*

No menos asimilación del original y conservación de esencias poéticas, hay en el traslado del cuadro en que, tras los momentos de crápula, Rolla queda absorto en sus pensamientos, y contempla con muda emoción a María, y lleva, en fin, a sus labios el mortífero veneno.

Namouna es acaso, entre todos los poemas de Musset, el de más difícil traducción, porque, más que poema en el sentido retórico de la palabra, es una serie de divagaciones *sui géneris*, que no ofrecen el sencillo apoyo de una ilación. Los alardes de humorismo de que salpicó Musset su poema, como lo hiciera Byron en *Beppo* y en *Don Juan*, que le sirvieron de modelo, y como habían de hacerlo Espronceda y Miguel de los Santos Alvarez, tomándolo a su vez de Musset, pueden perder, arrancados a su lengua original, todo su apresto y meollo. La intención y alcance de ciertas frases y expresiones, sólo en la lengua a que pertenecen son totalmente eficaces. Ni *Namouna*, por ese sistema de digresiones, es lírica pura, ni es tampoco un poema narrativo, ya que su escasísimo asunto sólo se muestra al principio y al fin, entre una variada sucesión de consideraciones, más o menos irónicas, que con aquél nada tienen que ver. Todo esto ha de oponer grandes obstáculos a una traducción fiel. Y, sin embargo, para que se vea cómo Belmonte Müller, aun en esos mismos circunloquios, sabía conservar el valor del original, voy a copiar dos de las estrofas, elegidas verdaderamente al azar:

*Ah! si la rêverie était toujours possible!
Et si le somnambule, en étendant la main,
Ne trouvait pas toujours la nature inflexible
Qui lui heurte le front contre un pilier d'airain!
Si l'on pouvait se faire une armure insensible!
Si l'on rassasiait l'amour comme la faim!*

*Pourquoi Manon Lescaut, dès la première scène,
Est-elle si vivante et si vraiment humaine,
Qu'il semble qu'on l'a vue, et que c'es un portrait?
Et pourquoi l'Héloïse est-elle une ombre vaine
Qu'on aime sans y croire, et que nul ne connaît?
Ah! rêveurs, ah! rêveurs, que vous avons-nous fait?*

*
**

¡Ay, si un sueño tenaz se consiguiera!
¡Si al tender el sonámbulo su mano
De improviso en la frente no se diera
Contra un pilar un golpe soberano!
¡Si hacer una armadura se pudiera
Impenetrable al sentimiento humano!
¡Si el amor viese alguno satisfecho
Igual que el hambre que devora el pecho!
¿Por qué Manon Lescaut se nos ofrece
Tan verdadera y de tan vivo trato
Desde el primer capítulo, y parece
Que se ha visto y se tiene su retrato?
Y Eloísa, ¿por qué se desvanece
Como sombra que adora un insensato,
Sin conocerla nadie? ¡Ah, soñadores?
¿Por qué nos presentáis esos amores?

No otra cosa cabe decir de las versiones de *El Sauce* y *Porcia*, contenidas en el mismo tomo. Después de leer estas traducciones de Belmonte Müller, se ocurre referir a ellas aquellas palabras que Ismael Enrique Arciniegas, el gran poeta colombiano, maestro también en punto a traducciones, puso en su prólogo a las de los sonetos de Heredia: «Contra la opinión de muchos, no soy partidario del traslado en prosa de poesías extranjeras. En prosa, aunque sea elegante, se pierde mucho de lo alado, de la música ideal de toda poesía. El que traduce debe formarse la idea, aunque sea presuntuosa, de que trata de hacer labor semejante, en forma, ritmo y música, a la del poeta que quiere interpretar. Las versiones en prosa serán útiles para quien estudia latín, griego o cualquier otra lengua, pero desvirtúan, en el dominio de la Belleza, lo que es esencial en la obra que se traduce, sobre todo si se trata de poesías modernas. ¿A qué quedarían reducidas, en prosa, poesías como *Booz dormido*, de Víctor Hugo, *El cinco de Mayo*, de Manzoni; *Las campanas* y *El cuervo*, de Poe, o *El lago*, de Lamartine? Y tratándose de composiciones muy conocidas, hasta el metro y la forma estrófica del original deben conservarse.»

En 1888, y también en uno de los modestos tomitos de la *Biblioteca Universal*, (t. 121), publicó Belmonte Müller su primera colección de poesías originales, *Acordes y disonancias*. Todavía se dejaba

llevar por ciertas imitaciones, incluso la de Musset, y ello le inclina a la preferencia de poesías dialogadas y a la elección de temas un tanto fútiles. Excelente es la composición que inicia el libro, *La poesía y los ciegos*. Los ciegos son aquellos ante quienes comparece la excelsa deidad sin que ellos adviertan su presencia. Ella, aérea y divina, surge doquiera y pretende ofrecer a todos sus inapreciables dones:

*Aquí estoy: en la cumbre, en la llanura,
 en el mar, en el pájaro, en la nube,
 en la aldea, en el viento, en la espesura,
 en la flor, en la estrella, en el querube.
 Por todas parte con misterio voy;
 cuando el hombre se baja, mi alma sube:
 mas yo del mundo y de la vida soy.
 ¡Aquí estoy!*

He aquí que el Seductor, el Guerrero, el Sabio y otros llegan ante la Poesía, y ninguno la ve. Llega al fin el Poeta, y el Poeta la saluda emocionado. Ella le tiende su mano y le promete un sinnúmero de venturas que ella sólo puede dar:

*Pídeme dichas, que podrás tenerlas;
 mi blanco seno sobre ti se inclina;
 cuando lloro, mis lágrimas son perlas;
 cuando río, la noche se ilumina.*

*Que otros persigan en contienda ruda
 los placeres que niega un mundo viejo.
 ¡Sólo el amor al corazón escuda,
 y yo el amor del corazón protejo!*

*Cuando palpíte el numen en tu mente,
 tú encontrarás, en voluptuosa calma,
 luceros por ideas en mi frente,
 éxtasis por suspiros en mi alma.*

Notas delicadas, sin llegar a la flojedad, se encuentran en poesías como *Adiós al piano*. Digna de nota es la titulada *Desencanto y Consuelo*, más que por su trival asunto, por su versificación. Bien que divididos de dos en dos, los versos que la forman son análogos a los de catorce sílabas, de ritmo impar, que por entonces todavía no había introducido la métrica modernista:

*Llora una hermosa sentada
del mar en la orilla;
pálida brilla la luz
moribunda del sol;
cruzan besando sus plantas
las ondas serenas,
y en leves arenas, muriendo,
les dicen: adiós.*

Interesante y sentida composición es la titulada *Bécquer y Pilar*. El poeta de las *Rimas*, su sombra más bien, agradece con emoción a la cantante que traduzca en célicas notas sus penas de amor, y descubre en ella la sensibilidad que una ingrata le negara:

*Como se arranca el hierro de una herida...
cantar te escucho, ¡oh pálida beldad!
Permite que mi sombra conmovida
tu voz venga a besar.
Sigue, sigue cantando. Tú no ignoras
cuán ancha herida esa mujer me abrió,
y me parece que cantando lloras
por mi funesto amor.*

La cantante pone a los pies del poeta, con su admiración, todas las emociones de su corazón apasionado:

*Poeta, siempre que el dolor me inspira
y te recita mi apagada voz,
no sé en tus versos lo que más me admira,
si es tu genio o tu amor.
Las diosas de la gloria y la fortuna
tal vez cubrieron con voluble afán
con sus alas de luz tu negra cuna,
haciéndote soñar.
Y viste en torno tuyo hecho ruinas
tu palacio quimérico, y tus pies
desgarrarse en las ásperas espinas
de tu engañoso edén,
.....
Así también mi voz estremecida
hoy te dice:—Poeta soñador:
mientras que en las borrascas de la vida
naufrague el corazón;*

*mientras de los sepulcros en el borde
 se aspire a descubrir el más allá;
 mientras la humana voz busque un acorde
 del arpa celestial;
 mientras un rayo de la blanca luna
 persiga el triste cual feliz visión;
 mientras las ilusiones una a una
 vayan del aire en pos;
 mientras el alma de placer sedienta
 sólo encuentre un amor con que llorar;
 mientras exista una mujer que sienta,
 ¡tus versos vivirán!*

Buena poesía es también la titulada *Variaciones sobre el amor*. En cuatro jóvenes aparecen simbolizados los matices de la pasión amorosa, y cuando el poeta cree haber encontrado el verdadero ideal, halla que su poseedora, es no ya una mujer, sino una sombra.

El poemita *Pigmalión y Galatea* reproduce la fábula mitológica con suma delicadeza. De este modo aparece el escultor:

*En su taller artístico, sembrado
 de estatuas, de cariátides y bustos,
 bellos y extraños seres
 de un mundo que su genio ha fabricado;
 con el rostro radiante
 y el cincel de la mano enardecida,
 Pigmalión anhelante
 ve modelarse una figura erguida
 que desde el fondo de su sueño arranca,
 apenas como un niño en una blanca
 abúrnea cuna la encontró dormida.*

Pone término el artista a su magnífica escultura; contéplala ensimismado, mientras un fuego abrasador circula por sus venas; cae a los pies de la estatua, y con apasionadas palabras pide a Venus que anime aquella creación que en su seno encierra «dormidos muchos sueños virginales»; amenaza, en fin, a Galatea con hacerla mil pedazos si no logra ver en sus labios el deseo de un beso:

*La estatua, entonces, tímida, se mueve;
 un invisible genio la colora,
 y su rostro se baña*

*con un celeste resplandor de aurora:
 su seno frío, palpitante ondula,
 como en abril un lago se deshiela,
 cuando la savia del amor circula;
 alza una mano y a su frente toca;
 la otra la lleva al corazón; se deja
 en sus brazos caer; posa su boca
 sobre la boca de su amante opreso,
 y exclama cual sonámbula, a su vista:
 —¡Yo te amo, gran artista!
 ¡Tu obra merece que te dé ese beso!*

En cambio el poema *Judit*, de bastante extensión, es no más que un aceptable relato novelesco. Ofrece reminiscencias románticas, y, por pura coincidencia, a no dudar, tiene un asunto parecido al de la *Historia de Tres Ave Marías*, de Zorrilla.

Después de *Acordes y disonancias*, publicó Belmonte Müller un tomito en octavo, *Guajiras, cantares y pensamientos*. Guajiras son efectivamente las que llevan aquél título, no sólo por estar compuestas en décimas, sino porque cada una de ellas conserva, dentro de un tema común, su independencia y sentido, y todas tienen el tono de los cantares antillanos en que se inspiran. El amor dicta todas ellas, y sin dar en el escollo de la monotonía que ofrecería una serie tan larga de décimas, siempre en aire de guajiras, ofrecen la más grata variedad, y hay muchas tan perfectas como las siguientes (de *Cucuyos de Puerto Rico*):

*Crucemos estos lugares
 poblados de tamarindos,
 donde abre estrechos tan lindos
 el agua de los manglares.
 Bosquecillos a millares
 tapizan los horizontes,
 no se ven cielos ni montes,
 y en esta barca podemos
 jugar, soltando los remos,
 entre coros de sinsontes.*

*Tarde alegre y voluptuosa
 que arrastras por el espacio
 nubes color de topacio
 y sueños color de rosa:*



Retrato al carbón debido al lápiz de Belmonte Müller

*envuélveme cariñosa
en tus ardientes vapores,
y cuando des a las flores
tu beso de despedida,
sobre mí deja encendida
la estrella de los amores.*

Hay una de las secciones de *Guajiras*, la titulada *Nuevo sol*, formada por doce décimas, que es sencillamente un primor. Para dar idea de su belleza sería necesario copiarla íntegra.

Los cantares de este librito no son en su mayor parte de carácter popular: pero hay algunos que rivalizan dignamente con los del pueblo, como estos:

*Ya sabes nuestro destino:
ir uno en busca del otro
sin encontrar el camino.*

*Te conocí en Jueves Santo,
oyéndote una saeta
que me dejó como un Cristo
clavado junto a tu puerta.*

*Te pareces a la tea,
que en unas partes alumbra
y en otras partes incendia.*

Publicó, por último, Belmonte Müller otro libro de versos: *Canarias*. Es un canto vehemente y simpático a las maravillosas islas Afortunadas. Ya desde la primera composición, *En frente de las Palmas*, se advierte cuáles son los cordiales acentos dominantes:

*Ya se ve la isleta
que al puerto resguarda;
crece la silueta
de su cumbre parda;
desgárrase el velo
de la noche muda;
brillan mar y cielo;
el sol nos saluda;
un júbilo tranco
penetra en las almas;
y aparece, vestida de blanco,
la rica y hermosa ciudad de las Palmas.*

Hay también en este libro *guajiras canarias*, por el estilo de las que ya había cultivado Belmonte y con el mismo sabor de la guajira popular; hay, bajo el título de *laguneras*, unos a modo de cantares muy lindos; hay composición en décimas perfectísimas, *La Orotava*, y todo ello, en fin, se cierra con una poesía esplendorosa, *Al Teide*, dedicada a Pérez Galdós. Empieza de este modo:

*Al tin llegué a tu solio, Sultán del Oceano.
Los cíclopes gigantes labraron tu escabel;
tu pétreo manto dora la luz del meridiano,
te cerca el paraíso del cielo mahometano
y lame tus sandalias el mar, como un lebrél.*

Y termina con estas magníficas estrofas:

*Si un ruego, antes que baje, tu gracia me permite,
te pediré que siempre tranquilo y mudo estés,
y que de tu ígneo pecho la horrenda furia evite
la imagen de esas perlas nacidas de Anfitrite
y ese jardín del mundo que tienes a tus pies.*

*Mas ¡ay! si en tus delirios de muerte no te engañas
y de la vil codicia tu suelo fuese imán,
al ver hacia tus costas venir gentes extrañas
recuerda que el infierno se esconde en tus entrañas
y arrójalo en pedazos, volviendo a ser volcán.*

Hállase al final del libro, bajo el título de *La entrevista* y en cincelado romance, la fantasía de un diálogo entre Fernández Lugo, primer adelantado de Canarias, y Bencomo, el Mencey guanche.

Belmonte Müller dejó inéditos dos tomos de poesías, uno titulado *Obeliscos y fosas* y otro *Espuma y cieno*, que, según testimonio autorizado de quien los conoce, son tal vez superiores a los ya publicados. Dejó también copiosas traducciones de los poetas franceses del siglo XIX y del polaco Mickiewicz, así como de las odas de Horacio y de los sonetos de Miguel Angel Buonarotti. Falleció Belmonte Müller el día 7 de marzo de 1929, a los setenta y ocho años de edad.

Narciso Alonso Cortés.

Dos cartas de Campoamor y una de Núñez de Arce

La correspondencia de Belmonte Müller con los escritores y poetas de su tiempo fué numerosa, Blasco Ibáñez, Jacinto Octavio Picón, Fernández Juncos, Arturo Reyes, Salvador Rueda, Narciso Díaz Escobar, Manuel Reina, Alcaide Zafra, Navarro Ledesma, Manuel Bueno, Dicenta, Zozaya y para qué citar más. De esas numerosas cartas solo publicamos las de Campoamor y Núñez de Arce, que eran las grandes figuras de aquel tiempo en que Belmonte Müller colaboraba de tarde en tarde en periódicos madrileños.

Sr. D. G. Belmonte Müller.

Puerto Rico.

Madrid, 13 Septiembre 1874.

Mi querido amigo: Si en algo he contribuido a que vaya V. a América me felicito por ello y felicito a los isleños que cuentan con un convecino del mérito de V.

Aparte de sus tareas oficiales, tiene V. ahí una gran misión que llenar.

Representante de la generación nueva, ha de consagrar sus esfuerzos a desenvolver ese germen de buen gusto que va desarrollándose en medio de las flores con que los asfixia Zorrilla.

Trabajen Vdes. por la verdadera poesía que ha de tener a V. por mantenedor de sus fueros y crea V. que si algo consigue en ese camino, merecerá más gratitud a la humanidad que despachando expedientes.

Agradezco a V. en el alma las cariñosas frases que me dedica, y crea V. que si las veladas que V. recuerda se renuevan, todos echarán a V. muy de menos.

No puedo mandar a V. hoy mi retrato por que ninguno tengo a mano, pero lo haré otro día para que recuerde V. a menudo a su amigo que le quiere,

R. DE CAMPOAMOR.

Recuerdos a Pesquera.

*
**

Señor D. Guillermo Belmonte.

Puerto Rico.

Madrid 30 de Noviembre de 1880.

Mi querido amigo: Con un verdadero placer he leído su grata carta del 10 de los corrientes y tengo una satisfacción vivísima en manifestarle que recomendaré al señor Ministro de Ultramar con la mayor eficacia su ascenso y traslación de V. a esta Corte. Lo quiero a V. mucho y si consigo que el Ministro me complazca en esta petición que le hago en favor de V. de una manera decidida, me proporcionará el mayor gusto.

Dadas sus naturales disposiciones y talento no dudo que si logramos vernos pronto aquí escriba V., como dice, la mar de poesías, dramas, novelas, etc.

La poesía a Cervantes, que ha tenido la fina atención de enviarme, es muy buena y me gusta sobre manera como todo lo de V. Creo por tanto que han sido justos al premiársela en el certamen celebrado en el teatro de esa Capital, por lo que le felicito al propio tiempo que le doy gracias por mandármela.

Esperando darle una agradable noticia y repitiéndome de V. para todo cuanto pueda serle útil, se despide como siempre suyo affmo, amigo que le quiere,

R. DE CAMPOAMOR.

*
**

Sr. D. G. Belmonte Müller.

Córdoba.

Madrid, 1 Mayo 1882.

Muy Sr. mío y distinguido amigo: La vida atareadísima que llevamos aquí los hombres públicos me han impedido contestar con mayor anticipación a su estimada carta; pero he leído con gusto sus poesías La Duda y la Desesperación y el Hierro y el fuego, que ha tenido la bondad de remitirme, las cuales encuentro muy hermosas por su entonación, por su brío y por el alto sentido que en ellas se observa. Espero leerle en lo sucesivo para tener la satisfacción de aplaudirle.

No he perdido la esperanza de mejorar su situación abriendo camino a sus deseos. Si lo consigo, como lo creo, el día que se presente una oportunidad, tendrá en ello una verdadera satisfacción su affmo. amigo s. s. q. e. s. m.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

Datos biográficos sobre Belmonte Müller

Fragmentos del trabajo leído por D. Vicente Orti Belmonte, en sesión extraordinaria de la Academia el 16 de Octubre de 1943. (1)

SU AMBIENTE FAMILIAR

Allá por los últimos años fernandinos de 1827, vino a Sevilla a establecerse en negocios de comercio y banca, Don Carlos Müller, natural de Londres y nacionalizado en Francia, donde había pertenecido con una alta graduación al ejército de Napoleón Bonaparte, y del que se había separado el año 14, cuando su caída, saliendo de Francia a pesar de que Luis XVIII le requirió para que continuara en el cuerpo y le nombra Caballero de la Flor de Lis y Jefe de la Guardia Nacional del Sena Inferior. Viene a Sevilla casado con Doña María Stone y trayendo dos hijas, Elisa, nacida en Ruen (Francia) y Ana, en París donde años después se casa con el Vizconde de Brenier de Montmorán. Elisa, casa en Sevilla en 1843 con D. Manuel Segundo Belmonte y Camacho, de la familia de los Belmontes cordobeses que allí había pasado unos años estudiando la carrera de Derecho. A poco el nuevo matrimonio se traslada a Córdoba, estableciendo su hogar en la casa de la calle de la Candelaria.

Aquella casa se abre entonces a la sociedad cordobesa. Todavía duraba en Francia la moda de los salones que hicieron célebres, los de Madame Recamier, Stáel y Chateaubriand, y sabido es que las costumbres francesas han acabado siempre por imitarse en nuestro país. Doña Elisa Müller de Belmonte, la francesa, como la llamaban en Córdoba, se había educado en Sevilla entre la alta sociedad, había frecuentado los salones del Marqués del Arco Hermoso, segundo esposo de la novelista Fernán Caballero, había tenido el honor de ser recibida en San Telmo por los Montpensier, y no quería prescindir en Córdoba de una vida de sociedad.

A las tertulias y veladas de la casa de la calle de la Candelaria, concurría cuanto en Córdoba representaba algo en las artes y en las letras, Don Francisco de Borja Pavón, los hermanos Valdelomar, los García Lovera, Romero Barros, Grilo que allí empezó a darse a conocer, y allí se hacía teatro, llegando hasta darse 29 representaciones

(1) Publicado en el «Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes», en su número 52 de Enero-Marzo 1945.

en el año de 1867, según notas en mi poder, con indicación de obras y repartos.

Doña Elisa Müller de Belmonte, era una consumada pianista que alcanzó el alto honor, cuando la visita de Lizt a Córdoba, de acompañarle al piano, y en su casa se cantaba ópera, entonces tan de moda y Rossini, Bellini y Donizzetti, eran interpretados por el matrimonio Belmonte, hasta el punto, que el Liceo Artístico y Literario del cual procede el Círculo de la Amistad, les nombró socios de Mérito.

¡Cuántas monteras de papel hicimos en nuestra ya lejana infancia, con aquellas partituras de ópera arrumbadas en el cuarto de los muebles viejos!

Conserva todavía mi memoria como las veladas tintas de un daguerretipo su imagen de anciana octogenaria, que una tarde se encerró en la sala estrado de calados entredoses de caoba y tapicería de rojo damasco, a tocar el piano, mientras yo sentado en la alfombra jugaba con unos bibelot que me había alcanzado. Nunca perdió esa pasión por la música, y ya anciana, se ocultaba para tocar, porque no quería que la viesan al piano, y sigo en estas notas el artículo necrológico que Don Francisco de Borja Pavón dedicó el 2 de Marzo de 1893 en el «Diario de Córdoba», a Don Manuel Segundo Belmonte, que ocupó en este Ayuntamiento repetidas veces los cargos de Regidor, Síndico, Teniente de Alcalde y Alcalde interino, y a partir del año 72 y casi hasta su muerte, el de Juez Municipal.

En aquella casa de la calle Candelaria se recibía siempre correspondencia del extranjero, periódicos franceses e ingleses, y sobre todo largas cartas de la hermana Ana, la Vizcondesa de Brenier, que desde varios sitios de Europa y de Asia contaba interesantes pormenores de aquellos lejanos países, a los que su marido llevaba la representación consular de Francia y muchas de las cuales han llegado a mí poder. En este ambiente de arte y de cultura que le ofrecía su hogar, raro en aquellos tiempos en poblaciones pequeñas como Córdoba y de vida exclusivamente agrícola, creció y se formó el poeta Guillermo Belmonte y Müller, único que sobrevivió a varios varones que tuvo el matrimonio. Su madre le enseñaba francés, inglés y música, cursó el bachillerato en el recién creado Instituto y pintura con Romero Barros, pues su primer propósito fué ser arquitecto y desde entonces viene esa entrañable amistad que tuvo siempre con la fa-

milia Romero de Torres, amistad y admiración que hizo patente en sus magistrales sonetos a Romero Barros, a Doña Rosario, a Rafael y a Julio.

SU VIDA DE POETA

Guillermito, como le llamaban familiarmente, terminó el bachillerato y le inclinaron por la carrera de Derecho, y entonces sus padres pensaron trasladarse a Madrid para acompañarlo durante sus estudios; pero la situación política era amenazadora y era preciso esperar. Surgió la revolución del 68 y él nos contaba los terrores de Córdoba la noche anterior a la batalla de Alcolea. Si vencía Novaliches la población, sería saqueada sin piedad. Su padre había partido para Alcolea acompañando al Duque de Hornachuelos que a su vez iba con el Estado Mayor del Duque de la Torre. Triunfó la democracia y el Guadalquivir arrastró en su corriente, la sangre de aquella lucha fratricida.

Pasados estos acontecimientos políticos, la familia se trasladó en Septiembre del 69 a Madrid y en el mismo día de su partida aparecieron en el «Diario» unas sentidas estrofas tituladas «Adiós a Córdoba». Sus padres que ignoraban que Guillermito hiciese versos, quedaron sorprendidos. El poeta comenzaba a pulsar la lira que ya no dejó hasta el mismo momento de su muerte. Ingresó en la Universidad, pero como sus gustos e inclinaciones le alejaban de la ciencia del Derecho, abandonaba estas cátedras por las de Castelar, Salmerón y otros maestros de doctrinas más literarias. (1)

En aquel entonces, Federico de Madrazo continuaba en Madrid la serie de sus magníficos retratos comenzada en plena época romántica, todavía la juventud respondía a los últimos ecos del romanticismo, aunque el pistoletazo de Larra sonara ya lejano y Zorrilla lo refrescase con sus estrofas:

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana,
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

.

(1) Se licenció en Derecho y a más del destino que desempeñó en la Delegación de Hacienda de Puerto Rico, tuvo otros cargos burocráticos, en Madrid en el Tribunal de Cuentas y en Córdoba en la Diputación Provincial, la plaza de Abogado Letrado.

Y los jóvenes todavía se enamoraban de la mano de nieve que había pulsado aquel arpa «del salón en el ángulo oscuro, silenciosa y cubierta de polvo», y de la mujer de piedra que ese mismo Becquer dibujaba a la indecisa luz de los pintados vidrios de una nave gótica. Era la época en que se representaba el «Trovador», de García Gutiérrez y la juventud leía con avidez el poema de los besos, de Arolas, y las leyendas de Zorrilla, y los arqueólogos comenzaban a estudiar nuestras catedrales románicas y góticas, al par que Villamil era admirado en sus paisajes de claros de luna y triunfaban Fortuny y Rosales.

Por aquellos años, fué fusilado en Cuba el poeta Zenea, el más grande cantor de aquella isla y la juventud literaria de Madrid (que se interesó por su indulto) le dedicó versos y artículos. Belmonte y Müller escribió una poesía que le valió ser detenido algunas horas. Es una de las menos conocidas y composición del estilo altisonante de aquella época y fué muy celebrada en aquel entonces. He aquí algunos fragmentos:

A LA MUERTE DE ZENEA

(FRAGMENTO)

¡Maldición!,... ¡Maldición!... sobre esa tierra
que flota en mitad del Océano,
donde en horrible y despiadada guerra
luchando están hermano contra hermano;

Sobre esa tierra hermosa, inimitable,
para trono de Dios aquí escogida,
como bandido, abyecto y miserable
acaba un genio de exhalar su vida.

No ha muerto el hombre cuya audacia tanta
estremece de horror el firmamento
y deja el suelo en que fijó su planta
salpicado de crímenes sin cuento.

Ha muerto el hombre de preclara historia
que ostentó cual diadema refulgente,
escrito el lema *libertad y gloria*
con espléndidos rayos en su frente.

El hombre que brillaba sin segundo
de laureles magníficos cubierto;
el sublime cantor del nuevo mundo,
el genio americano, es el que ha muerto!

Ya comenzaba a clarear el día
y él marchaba tranquilo, lentamente,
con esa majestad y sangre fría
del que espera morir y es inocente.

Aquel cielo, aquel campo, aquellas flores
donde voló su inspiración inquieta,
ostentaban más bellos sus colores
al ver pasar a su inmortal poeta.

Y va siguiendo sin rencor, ni saña,
y llega al borde del oscuro foso
de la desierta y lóbrega cabaña,
abismo de aquel crimen espantoso.

Murmuró una plegaria cariñosa
y dejó en su memoria siempre fijos,
un acento de paz para su esposa
y un suspiro de amor para sus hijos.

El cielo negras nubes va enlutando;
todo parece lúgubre y desierto:
—¡Ha muerto!—van las brisas suspirando
y las olas del mar dicen—¡Ha muerto!

Sobre el rudo vaivén de las pasiones
y la bárbara fuerza incontrastable,
quedará sobre pueblos y naciones
la justicia velando inexorable.

Doquier la voz de libertad se escucha,
y antes que sentir duras cadenas
¡darán los pueblos en sangrienta lucha
hasta la última gota de sus venas!

Pasó el antiguo despotismo inmundo;
huyó la esclavitud de odioso nombre;
Dios se hizo mártir por salvar el mundo,
y al morir exclamó:—¡Libre es el hombre!

Como veis, ni Quintana ha dicho más, ni mejor. En Madrid, presencié los acontecimientos políticos de aquella época, el asesinato de Prim, la entrada del Rey Amadeo, la primera República y su disolución por el ejército de Pavía, la proclamación de Alfonso XII por Martínez Campos, y de esa época son sus Odas «Alarico en Roma», «A Isabel la Católica», «A Rosales», que le valió en un Certamen un premio de seis onzas de oro, cantidad extraordinaria en aquella época, y la dedicada a Cervantes de la cual voy a leer unas estrofas.



A CERVANTES

POESÍA PREMIADA EN EL CERTAMEN LITERARIO DE EL BUSCAPIÉ

Desde mi infancia te admiré: anhelante
 mi crédula y fogosa fantasía
 volaba en pos del CABALLERO ANDANTE
 que el fiel escudero en compañía,
 llevado por su enjuto ROCINANTE
 sus fantásticos sueños perseguía.
 En lo interior de la encantada VENTA
 penetraba con él: le iba siguiendo
 en combates y encuentros y aventuras
 siempre el alma sedienta
 de fatigas y gloria, y siempre viendo
 disiparse el tropel de sus locuras,
 cual polvo que se aventa.

Al verte enfermo y pobre
 lanzarte osado en el feroz combate
 para que el alma su vigor recobre;
 luchar fiero y altivo
 con el hado cruel que no te abate;
 dar tu sangre en Lepanto;
 ser en Argel cautivo,
 y olvidado en tu patria morir luego;
 y al recorrer de tu inmortal MANCHEGO
 las páginas risueñas, se divisa
 con penoso quebranto
 que tras aquella inimitable risa
 está corriendo un manantal de llanto.

¿Quién no viajó encantado
 por el bello país de las quimeras;
 dió realidad a mágicas visiones,
 luchó desesperado
 con vanas sombras que ahuyentó ligeras;
 forjó castillos sin ningún cimiento,
 y convertise vió sus ilusiones
 en MOLINOS DE VIENTO?
 A tí, que entre miserias has escrito
 tu obra gigante, en el idioma hermoso

en que el hombre dichoso
 habla mejor a Dios y al Infinito;
 en el cual expresé con alegría
 mi primer pensamiento,
 recé, amé, suspiré, canté algún día
 la ilusión que dá aliento
 y el padecer que oprime;
 a tí que eres, en fin, eterno encanto
 del que te evoca, y creador sublime
 del magnífico idioma en que te canto.

Terminada su carrera de Derecho, quiso marchar al Nuevo-Mundo. La prosa de Chateaubriand cantando aquellas selvas vírgenes, donde su madre le había enseñado el francés, le incitaba como una obsesión y aprovechando la coyuntura de que en Puerto Rico desempeñaba el cargo de Intendente de Hacienda de aquellas islas su tío don Mariano Belmonte y de que el Ministro de Ultramar era su amigo el trovador catalán Víctor Balaguer, consiguió una credencial de aquellas nominales que se daban entonces como se dan en todos los tiempos. En Santander se despidió con esta filigrana poética.

DESVARÍOS

La brisa del *Sardinero*
 deja a través del sendero
 donde el pinar más descuella,
 un gemido lastimero:
 ¿será de ella?

En la playa rumorosa
 viene a romperse espumosa
 la onda más límpida y bella
 con una voz armoniosa:
 ¿será de ella?

Bajo un árbol arrogante,
 deteniéndome un instante,
 descubro la débil huella
 de un pié breve y elegante:
 ¿será de ella?

Una rama en él se agita
 y en mi frente deposita
 clara gota que destella
 como lágrima bendita:
 ¿será de ella?

Después, al salir temprano
 del puerto hacia el océano
 que me señala mi estrella,
 escucho un adiós lejano:
 ¿será de ella?

Y desde el buque, mi anhelo
 vé allí tender blanco velo
 la bruma que se atropella,
 cual si ondeara un pañuelo:
 ¿será de ella?

Y desembarcó en San Juan de Puerto Rico, en aquella isla que dicen que es uno de los lugares más amenos de la tierra. Puerto Rico, puerto hermoso / que ví al clarear el día, / como un edén que surgía / del seno del mar undoso, / nos dijo en sus guajiras, y en aquellas tierras pasó los años más hermosos de su vida porque su estro luminoso, se exaltó con aquellas suaves brisas que mueven las palmeras y los cocoteros y con la voluptuosa languidez de aquellas mujeres que amó tanto.

En su libro «Entre la Nochebuena y el Carnaval», nos describe con pluma maestra su vida en aquellas paradisiacas islas donde obtuvo tantos triunfos y gozó de una envidiable gloria literaria y a quienes dijo al partir para la Península: «Tanto os quisiera decir, que mi corazón se abruma, / mas aunque Dios me consuma, / diré con mi pobre aliento / que Él, que me dió el pensamiento, / no dá frases a mi pluma».

Oid la poesía en que describe aquel episodio tan tropical de aquella novia que le enviaba todas las mañanas su negrita con una carta y una rosa grana, que sigilosamente dejaba sobre la almohada de su lecho para que tuviese un delicioso despertar:

TU ROSA GRANA

De entre todas las flores
que coge del jardín tu mano bella,
y me entra con la carta que me envías
tu negrita gentil todos los días,
como un mensaje fiel de tus amores,
ninguna tan espléndida y lozana
como la rosa aquella
de olor de cielo y de matiz de grana.
Yo la llevé a mis labios muchas veces
con alegría loca,
como junto en las horas de embriagueces
mi boca con tu boca.
Por más que la besé con insistencia
no se colmó mi anhelo;
al aspirar la esencia
de sus hojas de suave terciopelo,
me figuré en la dulce soñolencia
con que tendido en voluptuosa calma
me encontraba en el lecho,

que el aliento aspiraba de tu pecho
y bebía la esencia de tu alma.
Hoy miro que esa flor sus hojas pliega
y mustia se consume:
mas conserva algún resto del perfume
que al corazón enamorado llega.
También nosotros alma mía,
tenemos que morir un día
como esa flor; pero será imposible
que en nosotros sucumba
este amor invencible,
esta pasión que es hoy nuestra alegría
y de la muerte escapará invisible.
¡Vivirá! De tu tumba y de mi tumba
sobre la rosa yerta
nuestro cariño quedará vagando,
como aún está a mi pecho perfumando
el suave aroma de tu rosa muerta.

El poeta Belmonte Müller en
su juventud.
(Dibujo al carbón por D. Rafael
García Guijo, tomado de
fotografía original)



Años después Belmonte y Müller regresó en 1881 a Madrid, volviendo a frecuentar la casa de Campoamor, trató a Núñez de Arce, figurando en las Redacciones de varios periódicos, sobre todo en la de la «Ilustración Española y Americana». En el año 93, recibió el telegrama fatal. Ese telegrama que todos los hijos cuando están lejos del hogar y sus padres son ancianos, tanto temen. Su padre había muerto, decidiendo entonces quedarse en Córdoba al lado de su madre, que residía ya en esta ciudad en la calle Rey Heredia, de donde salió el poeta para ese valle virgiliano de las sombras del que no se vuelve jamás.

Durante los años del 93 hasta el 7 de Mayo del 29 en que murió, no dejó de hacer viajes a París, a Londres, a casi toda España, a Portugal, a Italia que recorrió varias veces, a Canarias y en todas partes recogía impresiones que llevaba después a inspirados versos.

En la poesía titulada «Las Ondinas» se describen esos seres del mundo de la fantasía que de noche surgen de los lagos, y son estrofas de una belleza musical extraordinaria, teniendo toda la composición esa vaguedad, condición precisa de toda obra en verso, para sumir al oyente en una atmósfera espiritual de nieblas poéticas. Yo diría que esta poesía es la sinfonía poética de los lagos y la noche:

LAS ONDINAS

La noche vela. El cielo se retrata
en el cristal de límpida laguna
y se desliza con sus pies de plata
por la bóveda azul la blanca luna.

Parece una beldad pálida y triste
que sumida en deliquios soñadores,
de un fantástico velo se reviste
para echarse a dormir sobre las flores.

Diáfana nube en el sereno espacio
se mece al soplo del nocturno ambiente
y coloca en sus sienas de topacio
un cendal vaporoso y transparente.

¡Oh diosa virginal!. Tu faz destella
entre el encaje de la nube pura,
revelando que nunca fué tan bella
como a través de un velo la hermosura.

El bosque, en tanto, al resplandor dudoso
que la luna derrama entre el celaje,
se sumerge en un lánguido reposo
y el céfiro se duerme en el follaje.

Al compás de una muda sinfonía
se puebla nuestra mente de visiones,
y en la apacible claridad sombría
toman forma y color las ilusiones.

Murmura el lago con rumor sereno,
y se escucha una música ondulante
como el suspiro que agitando el seno
nos manda desde lejos una amante.

Son las ondinas que se van alzando
del lago azul en suave movimiento,
enlazadas las manos y cantando
al son del agua y al rumor del viento.

Sueltas atrás las cabelleras blondas
juegan y danzan ágiles y bellas,
y trazan al pasar sobre las ondas
sus nacarados pies, surcos de estrellas.

Ya flotan en las márgenes del lago
como cisnes envueltos en las brumas,
ya se columpian por el aire vago
como palomas de rizadas plumas.

Ya tejen en sus danzas cadenciosas
guirnaldas que deshojan desceñidas,
ya brillan como blancas mariposas
en las plantas acuáticas mecidas.

Y el agua al ver su dulce desvarío
y de sus cuerpos el gentil donaire,
salpicado de perlas y rocío
les teje un velo de vapor y aire.

Los silfos matinales con un beso
despiertan a las flores encantadas,
y las ondinas llenan de embeleso
las claras noches al dolor robadas.

Ellas ciñen de rosas al poeta
que recibe sus plácidos arrullos,
hasta que el sol sobre su frente inquieta
deshoja sus más vívidos capullos.

¡Vacíadnos, pues, cuando la luna brilla,
la frágil copa del placer risueño,
y del viviente mar junto a la orilla
que algo inmortal nos embellezca el sueño!

Más la aurora entre nubes purpurinas
vertiendo perlas por el cielo avanza
y el abismo sepulta las ondinas,
como traga la tumba la esperanza.

En los últimos días de su vida, cuando estaba con el pié en el estribo y con las ansias de la muerte, como decía el Príncipe de los Ingenios Españoles, pidió papel y lápiz y como últimas gotas de un manantial que cesa de correr, siempre límpidas y transparentes, fueron cayendo de su numen los versos de tres sonetos que tienen toda la frescura y serenidad de sus mejores producciones. Poeta había nacido y poeta murió.

I

Llegó Señor, el plazo de la Muerte:
sin pena dejo la gravosa carga
de mi triste existencia y sólo embarga
mi ser el ansia de llegar a verte.

Velé tu faz divina al ofenderte
bebiendo del placer la copa amarga
y de mi vida esteril, aunque larga
voy, a su último rayo, a conocerte.

Haz que el alma hacia tí, radiante y pura
suba al salir de su prisión obscura
y mire el sol con que el cautivo sueña,

Grandes fueron mis culpas y extravió
grande mi ultraje a la cristiana enseña,
pero es más grande tu piedad Dios mío.

II

Tú que al beber de tu pasión las hieles
diste tu sangre redentora al mundo,
toma cuanto te ofrece un moribundo
esperando de ti que le consueles.

¡Ay! Recibe mis ídolos infieles,
mis lentas horas de dolor profundo,



BELMONTE MÜLLER
Autorretrato al carbón

mis pasiones, mis goces de un segundo,
mi laúd y mis pálidos laureles.

No guardo ya de mi falaz tesoro
más que la fé, cual lámpara de oro,
y a su luz que en la Muerte se reanima,

¡Oh padre mio y salvador!, te pido
que de tu cuerpo sacrosanto herido
una gota de sangre me redima.

III

Ya te siento venir: dame la mano;
pues tu presencia mi ánimo no abate,
ni temo que en mis ojos se retrate
el miedo en frente del terrible arcano.

Sería el resistirte esfuerzo vano;
mi débil corazón apenas late,
y caigo de la vida en el combate
envuelto en mi bandera de cristiano;

Adios seres que unís los corazones
de mi lecho alrededor, cuando no llego
siquiera a distinguir vuestras facciones.

¡A Dios! y al cielo me encomiendo ahora;
a tí ¡oh Jesús! a quien el alma entrego
y a tí ¡oh Virgen! mi dulce intercesora.

Mayo 1929.

De toda la producción de Belmonte y Müller, su mejor obra «Espuma y cieno», no se ha publicado, y si ahora sale a luz, lo será fuera de los gustos de su tiempo y del sentido actual de la poesía, puesto que Belmonte y Müller es un poeta anterior a la gran y genial innovación que en la lírica castellana han introducido los grandes poetas americanos. Sucederá lo que sucedió con Becquer, Balart y Gabriel y Galán, que después de su muerte fué cuando alcanzaron celebridad. «Espuma y cieno» es la obra pasional de su edad viril y algunas de sus producciones tienen la amargura de un Byrón, la sensibilidad de un Becquer, la frase lapidaria de un Núñez de Arce, las imprecaciones de un Carduchi, la facilidad espontánea de un Zorrilla y todas están pulidas como un artístico marfil. Yo diría que Belmonte y Müller es el ático cordobés.

EPÍLOGO

Se desprende de las obras de artistas, de poetas que se dan por entero a su arte y vuelcan en él ingenuamente toda su vida y sentimientos, un hálito de verdad y de humana naturaleza. Ellos son los que nunca envejecen, porque la sinceridad es flor perenne que aroma todos los tiempos y todas las civilizaciones.

Llenas están las distintas artes de estas obras, Miguel Angel y Velázquez en las plásticas, un Beethoven y un Chopin en la música, en literatura y en el género de confesiones íntimas un San Agustín, un Rousseau y un Amiel; un Dante, un Shakespeare, un Cervantes, un San Juan de la Cruz, un Haine, un Becquer y un Amado Nervo en novelas, poesía y teatro. Las producciones de esos genios, como las de tantos otros en que la verdad impera, son para la humanidad manantiales de goces inefables.

En las páginas que anteceden dedicadas a Belmonte Müller, el lector encontrará un reflejo sincero de una vida dedicada a la poesía, y esa poesía interesa a todos porque es producto de emociones y sentimientos intensamente vividos y bellamente expresados.

En el momento actual, parece como si el arte no se hallara destinado a despertar sensaciones estéticas más que en un grupo de iniciados en teorías y escuelas, de cuyas obras son autores y casi su único público. Todos vemos salir a los concurrentes de muchas de las exposiciones de pintura y escultura con la sonrisa y el chiste en los labios.

Belmonte Müller es de los poetas mirados hoy con desdén por los seguidores de esas nuevas tendencias; pero tenemos la convicción de que la inmensa mayoría de los lectores, que son los neutrales en *ísmos*, se deleitarán con sus estrofas y leerán con avidez y verdadero gusto el amoroso episodio de *Camelia*, como se leen y se leerán siempre «*Atala*», de Chateaubriand; «*Pablo y Virginia*», de Saint-Pierre; «*Graciella*», de Lamartín; «*La Dama de las Camelias*», de Dumas; «*María*», de Jorge Isaacs, y «*La Amada Inmóvil*», de Amado Nervo.

Al hombre lo que más le interesa es el hombre y si hay que deshumanizar el arte ¿para qué clase de seres se destina? El arte tiene que ser para todos. Un arte para superhombres podrá triunfar cuando los hombres lleguen a ser superhombres.

Vicente Orti Belmonte.